

BOLSILIBROS



Selección

TERROR

extra



**Lou
Carrigan**

LOS NENÚFARES HAMBRIENTOS



Silvan Wallen se encuentra solo, rodeado de seis cadáveres, cinco mujeres y un hombre, con todo cubierto de sangre y un enorme cuchillo en la mano.

Los ha matado él... Bueno, él y otros seis amigos. Pero ahora ellos se han ido y lo han dejado solo con los cadáveres y la sangre. Incluso los propietarios de la casa se habían marchado...



Lou Carrigan

Los nenúfares hambrientos

Bolsilibros: Selección Terror extra - 014

ePub r1.3

Titivillus 04.08.16

Título original: *Los nenúfares hambrientos*
Lou Carrigan, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Bolsilibros

Alucinante

TODO eran salpicaduras de sangre a su alrededor.

Mirase donde mirase, todo era sangre.

Estaba tendido boca abajo sobre el cuerpo sin vida de una de las chicas. Alzó un poco la cabeza y pudo verle mejor el rostro: era Sheila Gannet, la bellísima pelirroja Sheila Gannet.

Es decir, había sido, bellísima. Ahora su rostro era como una máscara representando el espanto más genuino. Tenía los ojos desorbitados, brillantes como bolas de cristal, quietos, fijos, muertos. Su boca gordezuela estaba crispada en aquel gesto de espanto insoportable. La barbilla estaba manchada por parte de la sangre que había brotado impetuosamente del tremendo, horrendo tajo en la garganta.

Ahora, la sangre de Sheila estaba seca, tanto en su cuello tronchado como en su pecho y vientre, y en el suelo, alrededor de ella.

También estaban allí Rachel, Norah y Lilliam. Un poco más allá, Walter Morton y su preciosísima, apetitosísima novia Anne Masterson.

Por supuesto, todos muertos, todos acuchillados, todos sangrando o cubiertos de secos cuajarones de sangre.

En cuanto a los demás, los que no habían muerto, bien se podría decir que lo habían dejado solo.

Solo y rodeado de sangre.

Se puso en pie junto al cadáver de Sheila, con el cuchillo todavía en la mano. El enorme cuchillo.

Seguramente, cuando él contase que él y los otros habían hecho todo aquello nadie podría creerlo. Ni él mismo se lo creía, claro está. Pero allí estaba, con aquel enorme cuchillo en la mano, rodeado de sangre, de cinco cadáveres femeninos y uno masculino. Y los demás se habían marchado, dejándolo después de cometer la

masacre. Tendrían que creerle cuando lo explicase, porque no había más remedio: era imposible que una sola persona hubiera hecho todo aquello, así que tendrían que creerle cuando explicase lo que habían hecho entre él, Silvan Wallen, y sus amigos Dan Buchanan, Edgard Brooks, el matrimonio Davis (Barry y Caroline), Jefferson Howells y Albert Fisker.

Tenía la ropa manchada de sangre profusamente, pero no le importaba. Estaba como alucinado. Cuchillo en mano se fue paseando por entre los cadáveres. Al de Walter Morton, el riquísimo y petulante Walter, no le hizo mucho caso, pero sí a las chicas.

Le daban pena, auténtica pena.

¡Habían sido tan bonitas! Anne Masterson la que más, desde luego; por eso se la había agenciado el ricacho de Walter Morton. Luego le seguía Sheila. Después, habría sido muy difícil elegir entre Lilliam, Norah y Rachel, porque las tres habían sido bocados succulentos. Las cinco. Todas.

Y ahora, allá las tenía, convertidas en cadáveres horripilantes.

Y las había matado él, en compañía de los otros, que ahora le habían dejado solo. ¿Qué podían pretender dejándolo solo? Ah, eso ya sería cuestión de la policía.

Porque claro, después de lo que habían hecho, tenían que avisarla, si preferían esconderse, pues muy bien, pero él tenía que avisar a la policía. Aunque quizá, habida cuenta del lógico trauma que debía estar experimentando, lo más apropiado era llamar a la policía.

«Tengo que actuar con lógica», se dijo Silvan Wallen.

A nadie podría sorprenderle que ante un cuadro semejante le costase mucho reaccionar, coordinar. Se sentó en el borde de un sillón, siempre con el cuchillo en la mano. Las chicas estaban desnudas. Muertas y desnudas. Bien.

Le sorprendía estar tan sereno. O quizá él creía que estaba sereno y en realidad estaba desquiciado. ¿Cómo saberlo?

Sí, en realidad, un hombre como él solo podía hacer una cosa en tan terribles circunstancias.

Estaban muertas todas. ¡Qué bonitas habían sido! Normalmente, ni él ni los demás habrían hecho una cosa así, pero estaba de por medio el profesor Jebediah Chesterton. Este era el causante de todo, desde luego. Les había mentido, o bien algo le había salido mal al

preparar su droga. Les había dicho que era un formidable afrodisíaco, pero... ¿qué había pasado? Pues que aquella maldita droga del profesor Chesterton les había hecho perder la cabeza a todos, les había convertido en asesinos y violadores. Aunque claro, las hermosísimas chicas estaban violadas, todas, las cinco. Y degolladas. Y partidos sus pechos a cuchilladas...

Había un silencio terrible en la casa.

Es decir, que incluso sus propietarios, Barry y Caroline Davis, se habían marchado. Pero, claro, tendrían que volver. La policía comprendería que se habían asustado muchísimo al ver lo que habían hecho, y que habían escapado del lugar del horror, del lugar de la sangre. Pero tendrían que volver, claro que sí.

La droga del maldito profesor Chesterton. Una droga tal que él no recordaría lo que había hecho, ni que lo habían hecho exactamente los demás. Todos habían actuado fuera de sí, perdido el control mental y físico. Solo de este modo resultaría mínimamente admisible aquello.

Ahora, él tenía diversas opciones, pero debía escoger la más adecuada, la más propia. Y, desde luego, no era llamar a la policía. Nadie podría sorprenderse de que después de lo que había hecho tuviera miedo de la policía.

La lógica era irrefutable: ¿a quién acudir mejor que a su psiquiatra? Porque para haber hecho todo aquello había que estar loco, vamos. O estar sometido a efectos de una droga terrible. O ambas cosas. En cualquier caso, nadie se sorprendería de que, en definitiva, en un momento de lucidez, se hubiera decidido por su psiquiatra.

¡Dios, cómo había quedado todo perdido de sangre! Costaría mucho trabajo limpiarla, pero habría que hacerse, claro. ¿O quizá no valdría la pena molestarse, quizá era indiferente dejar la casa así? Bueno, no toda la casa, solo aquella sala donde había ocurrido todo. O casi todo.

¿En qué estaba pensando antes...?

¡Ah, sí! Su psiquiatra...

Capítulo primero

«YO sí que soy un caso para un psiquiatra», se dijo una vez más la doctora en psiquiatría Empire McKinley. Y en cierto modo tenía razón. Porque vamos, estar deseando abandonar su consultorio en el centro de la ciudad para llegar a casa y ponerse a mirar por el telescopio era digno de estudio, de un detenido estudio psiquiátrico; se insiste. Si hubiera utilizado el telescopio para mirar las estrellas, pues muy bien, nada que oponer, que para eso se fabrican los telescopios, aunque sean de aficionados, como era su caso.

Pero... ¿qué se dedicaba ella a mirar por el telescopio? Pues, se dedicaba a mirar al vecino de enfrente.

Aclaremos las posiciones. Ella tenía un precioso apartamento en North West Santanita Terrace, cerca de Hoyt Park y todavía más cerca del Washington Park, donde había aquellos hermosos jardines donde cultivaban rosas con las que se hacían cruces en busca de nuevas y bellísimas creaciones. Todo esto en la ciudad de Portland, Oregón, donde precisamente aquella primavera estaba haciendo todavía un frío que pelaba los huesos. Incluso, en algunos sitios cercanos a la ciudad, quedaban grandes manchas de nieve. El vecino de enfrente. Bien, el vecino de enfrente tenía su apartamento en North West Imperial Terrace, es decir, enfrente mismo de ella pero al otro lado de la manzana de casas que separaba ambas calles. Es decir, que si ella miraba desde la salita de su apartamento veía la salita del apartamento del vecino de enfrente. Y no solo la salita, sino el dormitorio, y la ventana de la cocina. ¿Posiciones aclaradas? Bien.

Naturalmente. Empire McKinley tenía al alcance de su telescopio muchas otras terrazas y ventanas de la parte interior de la manzana de encantadoras casas bajas, pero toda su atención se había concentrado en la del vecino de enfrente desde que se diera cuenta del asunto por primera vez y casualmente.

Sí, sí, casualmente. No era de las que se dedicaban a fisgar en las vidas de sus vecinos. De sus clientes, sí, que ese era su trabajo, para eso había estudiado hasta conseguir el título de doctora en psiquiatría. Pero de sus vecinos, ¡ni hablar!

Hasta que, de verdad casualmente, un día vio a su vecino de enfrente con el telescopio. Oh, por cierto, ya se había enterado muy bien de quién era el vecino y a qué se dedicaba. Y eso era precisamente lo que la tenía desconcertada y hasta un poco furiosa.

Porque vamos a ver: ¿cómo era posible que un abogado fuese un..., un crápula, un golfo, un libertino, un mujeriego, un..., un completísimo sinvergüenza como no había conocido otro la doctora McKinley?

Un poco de serenidad, señores, que un abogado no es un cualquiera y tiene que dar ejemplo, como mínimo, de honestidad y moralidad. Y eso era lo que tenía indignadísima a la doctora McKinley: la moralidad de su vecino, el tal Scott Maning, abogado. Mejor dicho, lo que tenía tan indignada a la doctora McKinley era la inmoralidad del susodicho sinvergüenza Scott Maning.

¿A qué se dedicaba el tal Maning en su apartamento? No a leer, ni a escuchar música, o a hacer llamadas telefónicas después de finalizada la jornada... ¡Nada de eso! Siempre llegaba a su apartamento con alguna chica. A veces, dos. En alguna ocasión, tres. O bien llegaban ellas cuando él ya estaba en batín, guapo cómo un vikingo el condenado.

Porque eso sí: Scott Maning podía ser un sinvergüenza, pero era guapo a rabiar. Y no de esos guapos de cromó postal, sino en plan hombre y a lo bestia. Rubio, alto, atlético, más bien parido que Apolo. Cuando se ponía en plan castigador con su batín, las piernas de la doctora McKinley se ponían a temblar. ¡Y qué decir de las chicas que llevaba al apartamento! Lo miraban como si se lo quisieran comer, parecían a punto de derretirse, y reían como malditas locas estúpidas, y se mostraban... ¡Vamos, se mostraban descaradamente asequibles! Todavía recordaba la doctora McKinley aquella noche en que una de las visitantes del abogado Inmoral se quitó de pronto el vestido y quedó, en cueros en medio de la salita.

Vamos, en cueros vivos.

¿Y qué hizo el abogado execrable? Pues se sentó a la chica en las rodillas, riendo, le dio unas palmaditas en todas partes, y continuó

hablando con ella, que al parecer quería comérsele una oreja. ¡Descarada!

Lo que ya tenía mosqueada definitivamente a la doctora McKinley era el desenlace de las visitas: siempre, cuando parecía que las cosas estaban al rojo vivo, el abogado Maning, sinvergüenza donde los haya, se llevaba a la chica hacia la puerta, apagaba la luz, y salía con ella del apartamento. Pero, claro, a ella no se la pegaba: lo que hacían era simular que ella o ambos se marchaban, pero luego, y ahora sin encender las luces del apartamento, debían regresar, y... ¡hala! Claro que esto no lo hacía siempre. A veces, simplemente, pasaban al dormitorio, se acostaban juntos... ¡y hala!

Porque claro, aunque con insospechado pudor el abogado cerrase entonces completamente las persianas, ella no necesitaba ver más para saber de qué iba el asunto, que ya era mayorcita.

Aunque no demasiado, no confundamos. La doctora McKinley tenía exactamente veintiocho años, y estaba en el principio de su apogeo como mujer. O sea, que empezaba a estar abrumadoramente impresionante. Menos cuando se ponía en plan serio, que entonces parecía otra cosa. Pero cuando se ponía sus cositas de estar por casa, o un bikini, o un vestido de noche, y cosas así, la doctora McKinley mataba de gusto de mirarla. Alta y delgada, sin exceso de curvas, pero sin carecer de nada y todo de primera calidad y del mejor dibujo. Tenía, sobre todo, el tremebundo impacto de sus ojos azules, grandes, una barbilla redonda y firme, y una boca de pasmo celestial tenían como marco una cabellera rubia y rebelde que solo conseguía domesticar la doctora cuando la maltrataba en plan moño intelectual.

En fin, que la doctora lo tenía todo: juventud, belleza una carrera con consultorio funcionando, dinero propio, que para eso su papá era un ricacho, un apartamento encantador un coche magnífico, amigos, admiradores, clientes... Pedir más habría sido pecado.

Pero... ¿acaso no somos todos unos pecadores?

La doctora McKinley quería más: quería tener el placer de decirle al abogado Scott Maning que era un sinvergüenza. ¡Y tarde o temprano se las arreglaría para conseguirlo!

Por el momento, ya casi las diez de la noche, tenía que conformarse con mirarlo por el telescopio. Estaba sentado en la

salita, en plan guapo solitario, fumando, ojeando un periódico. Vaya, a lo mejor aquella iba a ser una de las pocas noches que no tendría visita el muy...

Pues no. Aquella noche, como otras muchas noches, el abogado Maning tuvo visita. La doctora lo vio dirigirse hacia la puerta, y, enseguida, reaparecer acompañado de dos preciosas muchachas de aire desenvuelto y que ya estaban riendo como grandísimas tontas. Santo cielo: ¿es que aquel caradura solo trataba con bobas? Claro, cuanto más bobas mejor, así podía llevarlas a la cama más fácilmente... ¡Ahora les daba a ellas por besarle!

—¡Ya empezamos! —masculló la doctora McKinley.

Pero aquella noche las cosas iban a cambiar. Acontecimiento insólito en la vida de Empire McKinley, que no admitía visitas ni siquiera de sus amigos en su apartamento, pues allí solo quería descansar: llamaron a la puerta.

Empire pensó que era alguien que se equivocaba, y continuó mirando por el telescopio hábilmente camuflado entre las cortinas para no ser visto desde el exterior. El timbre volvió a sonar, y ahora con una impaciencia, con una exigencia, que soliviantó a la doctora, la cual dio la vuelta y se dirigió a paso de carga hacia la puerta. Quienquiera que fuese la iba a oír por su impertinencia y malos modales.

Abrió la puerta, frunció el ceño, abrió la boca..., y palideció intensamente.

Frente a ella, con la cara y las ropas manchadas de sangre, uno de sus clientes, el señor Silvan Wallen, la miraba fijamente, como queriendo devorarla con la mirada. No le dio tiempo a nada: la empujó, entró en el apartamento, y cerró la puerta. La doctora McKinley miraba horrorizada aquel rostro de expresión acosada, las manchas de sangre, las pupilas ardientes. Había olvidado súbita y completamente al abogado Scott Maning y sus chicas visitantes.

—¿Está usted sola? —jadeó Silvan Wallen.

—Dios... mío... —pudo alentar por fin Empire.

—¿Está sola? —casi gritó Wallen, asiéndola por la ropa del pecho, rudamente.

Empire respingó y se atragantó. Comenzó a decir que si con la cabeza, tan desorbitados sus ojos como los de Wallen que había descendido del rostro al escote de Empire. Esta llevaba una bata, y,

debajo, una diminuta camisita de dormir que a efectos de vestimenta prácticamente no servía de nada. Y como la bata, al ser tan rudamente agarrada por Wallen, se había abierto, el resultado era que los espléndidos senos de la doctora quedaban casi completamente a la vista de Silvan Wallen.

—¡No me engañe! —gritó este.

—No..., no le engaño, se... señor Wallen, es... estoy sola... ¡Estoy sola!

Este la contemplaba con terrible fijeza. Miró sus senos, de nuevo el rostro de Empire, otra vez los senos, de nuevo el rostro..., y, de pronto, para sobresalto de la doctora, comenzó a llorar.

Empire no sabía qué hacer. Tenía ante ella a uno de sus clientes más jóvenes, guapos y simpáticos que acudían a su consultorio en el centro de Portland, nada menos que en la céntrica West Burnside Street. Lo había recibido en el consultorio bastantes veces, había escuchado sus confidencias, y, para ella, el señor Wallen era una persona pacífica, prácticamente normal, recuperado de cualesquiera traumas que hubiera padecido tiempo atrás, y que, en definitiva, no habían tenido la mayor importancia. Seguro que había por ahí personas mucho más traumatizadas que Silvan Wallen y que vivían una vida normal y corriente. Seguro.

El llanto de Silvan Wallen era callado y copioso. Era un llanto insólito por abundante, impresionante, acongojable. Lloraba con los ojos abiertos y fijos en los de Empire, que comenzó a sentir cómo se le formaba un gordísimo nudo en la garganta.

Despacio y muy suavemente, Empire alzó sus dos manos, y las posó con un gesto cariñoso en la derecha de Wallen, que así su ropa rudamente y casi la tenía colocada de puntillas al tirar hacia arriba.

—Por favor, señor Wallen, suélteme. Y dígame en qué puedo ayudarle.

Silvan Wallen estuvo mirándola todavía casi medio minuto. Luego, muy despacio, soltó su presa, y lanzó una temerosa mirada alrededor. Empire le tomó su mano y lo llevó hacia el sofá de la salita, donde le ayudó a sentarse. Nunca recibía a nadie allí, nunca, en circunstancias normales, habría echado del apartamento a cualquiera. Pero no tenía más remedio que pensar que las circunstancias del señor Wallen no eran normales.

Reteniendo la mano de Wallen entre las suyas, la doctora McKinley murmuró:

—Ya sabe que yo no le mentiría, señor Wallen. Estoy sola, y sea lo que sea lo que ocurre confíe en mí. ¿De acuerdo?

—Sí —tragó saliva él—, sí, por eso he venido, sí la llamé a su consultorio, pero no estaba, y localicé su nombre en el listín. Al ver que vivía en esta parte de la ciudad me decidí a venir directamente.

—Muy bien —sonrió Empire—. No recibo aquí a nadie, pero usted será la excepción que confirme la regla. ¿Para qué me llamó al consultorio?

—La llamé desde la casa de ellos, pero me alegré de que no contestara... —Wallen se estaba limpiando las lágrimas con una manga—. ¡Me alegré mucho, porque usted no debe ver aquello!

—¿Qué es lo que no debo ver?

—Lo que he hecho... Lo que hemos hecho mis amigos y yo con otros amigos. Pero yo necesito su ayuda.

—Cuenta con ella —sonrió forzosamente Empire—, cuando sepa qué es lo que puedo hacer, claro está. Veamos: ¿qué es lo que ha hecho usted y sus amigos con otros amigos?

—Estábamos allí trece personas, trece amigos: siete hombres y seis mujeres. Claro, el problema era que sobraba un hombre o faltaba una mujer, pero Barry dijo que a él también le gustaba hacer de mirón de cuando en cuando, así que se dedicaría a eso, a mirarnos a los demás cómo hacíamos las cosas. No es de los que les importa mucho que su mujer lo haga con otros, ¿sabe?

—No sé si entiendo bien, señor Wallen —murmuró Empire.

—Sí, sí. Era una reunión sexual. Bueno, se trataba de probar un afrodisíaco preparado por el profesor Chesterton. La verdad es que nadie habíamos hecho caso de sus advertencias, nos lo habíamos tomado a broma... ¡Dios, necesito un trago de *whisky*!

Empire asintió, se puso en pie, y sirvió un *whisky* a Wallen, que parecía ir calmándose. Estaba aterrorizado, pero ya no parecía fuera de sí. Sin duda había pasado mucho miedo de ser visto en aquel estado, pero ahora se consideraba a salvo, en lugar seguro. Confiaba en ella, y Empire se dijo que ante todo debía mantener vigente aquella confianza de su cliente hacia ella.

Sentada de nuevo junto a Wallen, le miraba serenamente mientras él ingería los primeros sorbos de *whisky*. Tenía manchas de

sangre seca en todas partes. Wallen captó la mirada de ella, bajó la suya, y pareció no saber qué hacer con sus manos al ver en ellas las manchas de sangre.

De pronto, volvió a mirar a Empire a los ojos.

—Bueno, siete matamos a seis —jadeó.

—¿Qué? —se crispó la voz de Empire.

—Que siete matamos a seis. Los destrozamos a cuchilladas.

—Por el amor de Dios —palideció Empire.

—Ha sido algo..., algo incomprensible... ¡No sé cómo ha podido ocurrir! La verdad es que nos habíamos reunido para reírnos un poco del profesor Chesterton y de sus inventos. El profesor Chesterton es amigo de los Davis, que tienen una hermosa casa en Mayway Drive... ¿Sabe dónde está?

—No... No.

—Bueno, está al Norte de Sunset Hills Memorial Park, y hace cruce con South West Miller Road. Muy cerca de Sunset Hills, ya le digo, apenas a cien yardas. Mayway Drive es una calle tranquila. Apenas hay casas, y las que hay son hermosas quintas con jardines privados... Los Davis son muy ricos. Él se llama Barry y ella Caroline. Son un poco mayores que nosotros, pero forman parte del grupo. Buena gente, sí. Es decir, no sé... No sé.

—Serénese.

—Oh, ahora estoy sereno, de veras. Antes no, cuando vi lo que habíamos hecho... Ah, sí, debió ser por la droga. El profesor Chesterton les había dicho a los Davis que tenía un afrodisíaco muy especial, y entre bromas y veras los Davis le dijeron que ellos y unos amigos lo iban a probar. Bueno, nos reunimos todos allí, y probamos el afrodisíaco: Estábamos dispuestos a todo, ¿comprende?

—No estoy muy segura —murmuró Empire.

—Quiero decir que contando con la actitud pasiva de Barry, éramos seis hombres y seis mujeres. Por supuesto que Walter quería reservarse a Anne pero por lo demás, todos estábamos dispuestos a lo que fuese, a aceptar los..., los efectos del afrodisíaco... ¿Comprende ahora?

—Más bien sí. Digamos que ustedes estaban dispuestos a dejarse llevar por los efectos de la droga. Tanto los hombres como las mujeres estaban decididos a todo, aunque todo terminase en una orgía sexual.

—La verdad es que no creíamos que ese afrodisíaco diese resultado con la intensidad prevista, pero nos hacía gracia el experimento. A fin de cuentas, si nos hacía efecto pues... Bueno, habríamos pasado un rato agradable todos juntos.

—Son puntos de vista, señor Wallen.

—Sí, ya entiendo que usted no es partidaria de esas cosas. Bueno, de todos modos no pasó nada de eso. Es decir... Bien, no lo sé. Sí sé que las chicas fueron violadas... Quiero decir que no recuerdo haberlo hecho de buen grado por parte de ellas... No recuerdo nada, en realidad. Pero cuando desperté, tenía en la mano un cuchillo enorme ensangrentado, y las chicas y Walter Morton estaban allí destrozadas, y los demás se habían ido... ¡Todo estaba lleno de sangre por todas partes! ¡Dios mío, no he visto nada tan espantoso en mi vida!

—Tiene que serlo. ¿Dónde dice que sucedió exactamente?

—En el 18 de Mayway Drive. Es una quinta grande... Nos reunimos todos allí.

—¿Incluido ese profesor Chesterton?

—No, él no. Éramos trece... ¿Es usted supersticiosa?

—Vamos, señor Wallen, no sea infantil. Lo que pasó no tuvo nada que ver con el número de personas.

—Claro... Bueno, éramos trece, en cualquier caso. Estaban los Davis, o sea Barry y Caroline, dueños de la casa; y las otras cinco chicas amigas nuestras: Sheila Gannet, Norah Evans, Rachel Larson, Lilliam Kendall, y Anne Masterton; esta era la novia de Walter Morton, que también estaba allí, así como Dan Buchanan, Jefferson Howells, Edgar Brooks, Albert Fisker, y yo. Tomamos todos el afrodisíaco, y luego... ya no recuerdo nada más.

—Pero ¿está usted seguro de que esas seis personas están muertas?

—Por completo. Están destrozadas a cuchilladas. Y las chicas han sido violadas, están desnudas, maltratadas, bueno..., todo eso, ya sabe...

—¿Y eso lo hizo usted y los demás?

—¡Claro! ¿Quién, si no? ¡No había nadie más allí!

—Tranquílcese. ¿Ha venido aquí directamente?

—Sí... Pensé en avisar a la policía, pero pensé... Bueno, me dije que tal vez... me había vuelto loco, y que todo eran imaginaciones

mías...

—¿Lo son, señor Wallen?

—No. Usted sabe que estoy perfectamente. Lo sabe mejor que nadie, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto —suspiró Empire—. Una cosa así no puede ser... una fantasía.

—¿Qué puedo hacer? —se abatió Silvan Wallen—. Lo que hemos hecho es una atrocidad, lo sé, pero no sé cómo hemos podido hacerla. ¡Esa maldita droga debía estar estropeada, o algo parecido...! No me acuerdo de nada, solo que de pronto me encontré con un cuchillo en la mano, lleno de sangre, y estaba tendido sobre Sheila como..., como si todavía la..., la estuviese... Bueno, era algo tan horrible que tardé en reaccionar... ¡Usted sabe que yo no estoy loco, doctora, usted sabe que nunca habría podido hacer una cosa así estando en mis cabales, esto ha tenido que ser por causa de la droga de ese chiflado...!

—¿Dónde puedo llamar a ese profesor Chesterton?

—No sé, ni idea... ¡Pero los Davis sí lo saben! Solo que no los va a encontrar, los dos se han ido de su casa, se han ido todos... ¡ellos se fueron, y me dejaron allí rodeado de muertos y de sangre!

—Será mejor que se calme. Si vuelve a excitarse será peor.

—Sí, es verdad... Doctora, ¿qué hago? ¡Tengo que hacer algo, o me volveré loco de verdad!

—No está usted en condiciones de hacer nada. Es más, creo que voy a inyectarle un sedante para que descanse.

—¿Avisará a la policía? ¡Si la avisa yo quiero estar despierto cuando lleguen, no quiero dormirme...!

—Por favor, tranquilícese de una vez por todas. Haremos lo más conveniente, se lo aseguro. Pero tiene que confiar en mí, ¿de acuerdo? Está excitándose de nuevo, y en ese estado no puede recibir a la policía ni a nadie. Acompañeme a mi dormitorio.

Fueron los dos al dormitorio, y Silvan Wallen, como temeroso, se tendió en la cama, tras quitarse la ensangrentada chaqueta. Respiraba agitadamente, presa de los recuerdos, sin duda. Empire fue a su despachito-biblioteca, donde tenía la caja fuerte con algunas drogas para situaciones de emergencia, eligió una de ellas y una jeringuilla, y regresó al dormitorio. Desde la cama, Silvan Wallen la miró con los ojos muy abiertos mientras preparaba la

dosis.

—Súbase la manga —murmuró Empire.

—Doctora, por favor, quisiera...

—No se preocupe de nada. Mire, señor Wallen, está usted sometido a una tensión terrible, y no me atrevo ni a pensar en lo que puede pasar si no se relaja inmediatamente. Es inútil esperar eso de modo natural, así que no tengo más remedio que inyectarle. Y mientras usted descansa yo veré qué es lo mejor que se puede hacer. ¿De acuerdo? Wallen la estuvo mirando muy fijamente unos segundos. Por fin, cerró los ojos, se subió la manga de la camisa, y aspiró profundamente. Empire McKinley se acercó a él, y le inyectó la dosis de calmante. Luego, presenció la relajación en las facciones de Silvan Wallen, en todo su cuerpo. Se estremeció al verlo tan lleno de manchas de sangre.

¿Y bien? ¿Qué podía hacer? ¿Qué otra cosa podía hacer sino llamar a la policía para que investigara todo aquello? Lo sucedido era algo que ella no podía afrontar por sí sola, ni soñarlo, vamos. Era cosa de la policía, y no había nada más que pensar.

Aunque... dada las circunstancias, ¿por qué no recurrir antes a un abogado?

Capítulo II

SCOTT Maning estaba departiendo agradablemente con las dos llamativas, simpáticas, incluso complacientes muchachas que habían acudido invitadas a su apartamento, cuando sonó el teléfono. Haciendo un gesto de disculpa hacia las dos chicas, Scott descolgó el auricular, dispuesto, naturalmente, a solventar por la vía rápida la llamada y seguir con lo suyo, es decir, con las dos chicas, las cuales, de momento, se dedicaron a seguir bebiendo el champán con que las estaba obsequiando.

—¿Diga?

—¿...?

—Sí, soy yo. Diga, diga.

—...

—Ah. Una doctora... No la conozco, pero dígame qué se le ofrece.

—...

—¿Ahora? —exclamó Scott, mirando a las dos preciosidades que reían y le guiñaban el ojo a la vez.

—...

—Oiga, doctora... ¿Cómo ha dicho?

—...

—Eso. Mire, doctora McKinley —Scott echó un vistazo a su reloj de pulsera—, son más de las diez de la noche, he tenido un día muy duro, estoy muy cansado, y, finalmente, un abogado no es un médico, ¿comprende? Sea lo que sea que usted tenga entre manos puede esperar. No tiene objeto convertirme en un abogado de urgencia, ¿sabe?

—¡...!

Scott Maning se irguió vivamente, estuvo un instante silencioso, y acto seguido murmuró.

—¿Es una broma?

—¡...!

—Bien... Nada menos que seis, ¿eh? Escuche, es posible que usted sea una bromista, pero si es así y me hace salir de casa para divertirse a mi costa será mejor que en el futuro no se ponga ante mis narices, porque se quedaría sin las suyas, ¿comprende?

—¡...!

—De acuerdo, de acuerdo. Dígame su dirección.

—...

—Ah —Maning giró lentamente hacia el ventanal que daba frente al otro lado de la manzana—. Caramba, casi somos vecinos, ¿verdad?

—¡...!

—Tranquilícese, voy para allá enseguida.

Colgó, estuvo unos segundos con el ceño fruncido, y de pronto miró a las dos muchachas, que le contemplaban ahora en silencio y expectantes. El abogado encogió los hombros en un gesto de resignación.

—Lo siento, chicas, se terminó la fiesta por hoy.

—¡Oooooohhh...! —se lamentaron las dos a la vez.

—Cosas de la profesión —sonrió forzosamente Scott—. Ya sé que os hacéis cargo. Os volveré a llamar un día de estos.

—¿Tan importante era esa llamada? —preguntó una de ellas.

—Si no me están tomando la cabellera, sí. No sé, quizá se trate de alguna chiflada, pero de momento dice ser doctora de psiquiatría, nada menos. Apuesto a que es una vieja gorda con dos pechos grandes como calabazas, verrugas en la nariz, y bigote. Pero si lo que me ha dicho es cierto se va a liar.

—¿Y qué ha dicho la gorda?

Scott movió la cabeza, y señaló la puerta.

—Perdonadme, pero tengo que vestirme y todo eso.

—¿Podemos llevarnos la botella de champán?

—Claro que sí —sonrió Scott—. ¡Y hasta las copas!

—¡Eres un cielito! —rio chillando una de ellas.

Se abalanzaron hacia él y comenzaron a darle besitos, luego recogieron la botella y las dos copas, y, por fin, abandonaron el apartamento...

Empire McKinley vio reaparecer solo en la salita a Scott Maning, que se metió enseguida en el dormitorio, se quitó el batín, y tras quedar desnudo unos segundos ante los atónitos ojos de Empire, procedió a vestirse rápidamente, mientras la doctora, sofisticadísima, se reponía de su impresión, agitadaísima junto al telescopio, por el que dejó de mirar. ¡No podía caer tan bajo!

Sin embargo, a los pocos segundos volvió a mirar. Maning se vestía con una rapidez digna de un transformista.

«Oh, Dios mío —pensó Empire—, ¡tiene más músculos que Superman!».

Estaba tan embobada mirándolo que cuando vino a darse cuenta ya estaba vestido y salía a toda prisa del dormitorio. Lo vio aparecer en la sala, cruzar esta...

—¡Dios mío! —se irguió de nuevo Empire, sobresaltada—. ¡Ya viene hacia aquí!

La luz fue apagada en el apartamento de Scott Maning. Empire corrió a sentarse en el sofá, encendió un cigarrillo, y miró alrededor, buscando cualquier defecto. Todo estaba en orden. Fue al dormitorio, donde Silvan Wallen permanecía inmóvil, plácida la expresión ahora, y respirando profundamente, sin agitación. Bueno, tenía un hombre en la cama, claro, pero cualquiera se haría cargo de las circunstancias, de que no se trataba de ningún asunto de índole sexual, así que... Oh, qué tonterías estaba pensando. Además, por ella el señor Maning podía pensar lo que quisiera... después de escuchar la explicación completa, claro.

Parecía que todo estaba en orden. Sí, todo en orden.

Solo cuando, un par de minutos más tarde, sonó la llamada a la puerta del apartamento, cayó Empire en la cuenta de que, lo que no estaba bien allí era ella, que continuaba ataviada únicamente con la camisita de dormir y la bata. ¡Tanto tiempo que había tenido para vestirse, y hasta maquillarse un poco, y no había pensado en ello!

Pero ahora ya no había tiempo, no podía hacer esperar al señor Maning ante la puerta.

De modo que fue a abrir.

Scott Maning, que sobre el traje llevaba un grueso chaquetón de piel vuelta, tenía cara de pocos amigos, pero, nada más ver a Empire, su gesto cambió, pasando al pasmo admirativo, y acto seguido al desconcierto. Miró rápidamente el número de la puerta

de Empire, y de nuevo a la joven doctora.

—¿Doctora McKinley? —murmuró.

—Sí. Pase, por favor, señor Maning.

—Gracias —Scott entró, con ciertas precauciones—. Hace un frío que pela ahí fuera, se lo aseguro.

—Siento haberle hecho salir de su casa —se disculpó Empire, cerrando la puerta—, pero le aseguro que mi intención es buena para mi cliente..., y para usted.

—¿Para mí? —sonrió Scott.

—Bueno, tendrá un cliente más, ¿no?

—Ah... Sí, claro. Dígame: ¿cómo me localizó precisamente a mí? ¿Mi fama ha trascendido la profesión y ha llegado a la de usted?

—Encontré su nombre buscando en el listín —enrojeció Empire—. Buscaba un abogado que viviera cerca de aquí, y..., y vi su nombre y dirección...

—Entiendo. Bueno, hablemos con su cliente a ver qué...

—Ahora no podrá ser: está dormido.

—Está dormido —repitió Scott, mirando el escote de la bata de la doctora.

—Sí, yo..., yo le vi tan nervioso que le administré un calmante. Si desea verlo, está en mi cama.

De nuevo enrojeció Empire McKinley, ante la curiosidad de Scott, que la contemplaba con una expresión entre simpática y desconfiada.

—No he visto ni en el portal ni en su puerta ningún indicativo de su profesión, doctora —dijo amablemente.

—Oh, es que no tengo aquí mi consultorio, sino en el centro. En Burnside Street. Este es mi domicilio privado.

—Sí, eso es evidente —asintió Scott, lanzando una mirada alrededor y alzando las cejas un instante al ver el telescopio entre las cortinas—. Un lugar muy agradable. Digamos que ambos vivimos en una zona de la ciudad agradable y tranquila.

—Sí... Sí que lo es. Me estoy dando cuenta de su actitud desconfiada, señor Maning, así que le ruego que venga a ver a mi cliente y acto seguido escuche mi explicación. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto.

Empire llevó a Scott al dormitorio, y, apenas ver en la cama a Silvan Wallen, la expresión entre desconfiada, simpática y cínica del

abogado cambió totalmente. Se acercó rápidamente a la cama, y se quedó mirando a Wallen, manchado de sangre, blanco el rostro. Estuvo así unos segundos. Luego localizó la chaqueta de Wallen, de la que sacó la billetera para examinar la documentación del durmiente, al cual, finalmente, le examinó las pupilas tras alzarle los párpados.

Cuando de nuevo miró a Empire, esta murmuró:

—Comprendo que he debido llamar a la policía, pero este hombre confía en mí, y me ha parecido que debía... protegerlo de algún modo. Me pareció que debía buscar consejo de un abogado.

—Eso siempre va bien —asintió Scott—. Aunque si su cliente se ha cargado a seis personas no creo que yo pueda hacer gran cosa, francamente.

—¿Quiere decir qué debo llamar a la policía?

—Calma, calma, amiguita —gruñó Scott—. ¡Siempre se está a tiempo de llamar a la policía, cuando los hechos ya están consumados! Eso aparte, a mí me parece todo bastante increíble.

—Bueno, a mí también, pero...

—¿Tiene café?

—¿Café? Oh, sí claro.

—Pues invíteme. Tomemos café, y ya veremos qué hacemos. Mire, cuentos chinos espeluznantes ya he escuchado demasiados, ¿sabe? Pero, bueno, ¡qué voy a contarle usted, que también habrá escuchado historias de toda clase...! En cierto modo nuestras profesiones son afines, porque la gente viene a contarnos sus problemas. ¿Está de acuerdo?

—Pues... sí. Realmente, sí, tiene usted razón. Y también es cierto que me han contado cosas... sorprendentes, y no siempre ciertas, pero en el caso de Silvan Wallen... Bueno, quizá sea todo cierto.

—¿Quizá?

—En realidad yo estoy convencida de que lo es.

—Entonces, insisto: invíteme a un café, explíqueme lo sucedido con detalle, y ya veremos... ¡Y también me he dejado los cigarrillos!

—Encontrará en la salita. Preparo el café en un minuto.

—Ya será menos... digo más —sonrió Scott.

—Sea tan amable de esperarme en la salita, ¿quiere?

El abogado asintió, fue a la salita, encontró cigarrillos, y encendió uno. Se sentó en un sillón. ¡Vaya nidito acogedor tenía la

doctora! Porque de gorda, fea y vieja, nada. Estaba celestial, vamos. Bien mirado, estaba como los ángeles. Y tenía unos ojos que mataban al primer vistazo.

Scott volvió a mirar el telescopio, titubeó, y finalmente se puso en pie, se acercó, y encajó un ojo en el visor. Se quedó petrificado por el más absoluto pasmo. No estaba viendo ninguna estrella, sino su apartamento. No poco atónito, se irguió, miró directamente al otro lado de la manzana, y, en efecto, allá vio, entre otras cosas, su terraza. Volvió a mirar al telescopio, y se convenció: sí señor, estaba directamente enfocado, al parecer, a la ventana de su dormitorio. Al menos, era lo que quedaba más centrado...

El abogado regresó a su sillón a tiempo de evitar que la doctora McKinley le viera mirando por el telescopio. Ella entró con una bandeja con servicio para café, la colocó sobre la mesita, y sirvió. Scott la miraba con renovada atención ahora que ella se había vestido de calle. Estaba más así, claro, pero menos... sugestivamente íntima. Era y tenía clase, desde luego.

Empire le tendió una taza de café, que Scott tomó sonriendo con un gesto agradecido.

—Gracias. ¿Es usted aficionada a la astronomía?

—Así es. ¿Cómo lo...? ¡Oh! ¡Ha visto el telescopio!

—Mujer, claro —la miró sorprendido Scott—: está a la vista.

—Sí... Sí, es cierto.

—¿Ha visto algo interesante esta noche mirando por él?

El sofoco de Empire McKinley fue tremendo, alcanzó una intensidad del rojo sencillamente increíble, y que a Scott le pareció fascinante. De todos modos, el control verbal de la doctora fue perfecto:

—Siempre se ve algo interesante, señor Maning. Pero no vamos a hablar ahora de astronomía, supongo. Mientras se calentaba el café he escrito una lista de personas que según me dijo el señor Wallen estaban en la... fiesta sexual.

—¿Una fiesta sexual? —la miró vivamente Scott, tomando la hoja de papel que le tendía Empire.

—Esa era la intención. Creo que será mejor que empiece por el principio.

Empire empezó a explicar meticulosamente lo que antes le había explicado Silvan Wallen a ella. Scott la escuchaba con suma

atención, fumando y bebiendo café. Cuando Empire terminó estuvo unos segundos silencioso, como absorto, antes de mirar la lista de nombres que le había entregado la doctora:

- Silvan Wallen
- Sheila Gannet
- Rachel Larson
- Norah Evans
- Lilliam Kendall
- Anne Masterson
- Walter Norton
- Edgard Brooks
- Jefferson Howells
- Albert Fisher
- Dan Buchanan
- Barry Davis
- Caroline Davis

—Muy expresivo lo de las crucecitas —murmuró a Empire—. Es usted muy meticulosa; doctora McKinley.

—Es que se me ocurrió que sería buena idea llamar por teléfono a alguna de estas personas, así que anoté sus nombres para ir buscándolos en el listín telefónico.

—A mí se me ha ocurrido una idea que me parece mejor: ir allá, a la quinta de los Davis. Es posible que estos hayan regresado, en cuyo caso las cosas se simplificarán. Bueno, eso suponiendo que... todo sea cierto. Me parece demasiado fantástico.

—Tal vez quien podría ayudarnos sería el profesor Chesterton.

—Tal vez. Pero, mire, seamos sensatos: está bien que antes de avisar a la policía nos aseguremos de que todo eso ha sucedido, porque si no se iban a molestar un poco con nosotros, creyendo que pretendíamos tomarles el pelo. Pero, doctora, si vamos allá y encontramos ese montón de cadáveres lo que haremos inmediatamente será avisar a la policía. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. Usted manda, señor Maning. Para eso le he llamado, para que mande y aconseje.

—Ya. Bien, ¿nos vamos?

—¿Tengo que ir con usted? —exclamo Empire.

—¿Por qué no? Su amigo no corre ahora peligro alguno, está bien dormido y en un lugar tranquilo. En cuanto a mí, como soy muy sociable y me gusta conversar mientras conduzco. Y usted, doctora, es quien me ha metido en esto. Así que iremos los dos.

—Pero si yo ni siquiera sé dónde está la calle...

—Tengo en mi coche un plano de la ciudad, ya verá cómo localizamos fácilmente Mayway Drive.

* * *

Efectivamente, con la ayuda del plano no tuvieron dificultad alguna en localizar Mayway Drive, que estaba a tres millas de la zona donde vivían ellos, y que abandonaron circulando por West Burside Road, la cual abandonaron justo en la curva donde comenzaba a llamarse South West Barnes Road, para ascender por South West Miller. Apenas doscientas yardas más arriba, a la izquierda, estaba Mayway Drive. Encontrar el número dieciocho fue todavía más sencillo, naturalmente.

La entrada a la quinta estaba flanqueada por dos grandes columnas de piedra que sostenían las verjas de hierro forjado. De aquí arrancaba un amplio sendero en dirección a la gran casa, que se veía al fondo, blanca a la luz de las estrellas. Hacía un viento frío que estremeció a Scott Maning cuando este abandonó su coche con calefacción para acercarse a las verjas, a ver si desde allí veía algo interesante, y, al mismo tiempo, claro está, empujar las verjas para dejar expedito el camino hacia la casa.

Se encontró con la primera sorpresa. Es decir, a él le sorprendió que las verjas estuvieran cerradas. No era creíble que las hubiera cerrado Silvan Wallen al escapar de allí, así que...

Oh, bien, la explicación era mucho más sencilla: los Davis habían regresado.

Tanto mejor.

Había un timbre en una de las columnas. Scott lo pulsó repetidamente, y se metió de nuevo en el coche, bufando de frío. Lo colocó delante mismo de las verjas, y se frotó las manos.

—¡Demonios, qué frío hace! —exclamó.

—Lo siento —dijo Empire—: es por mi culpa.

—¿De veras? —la miró irónicamente Scott—. ¡Pues haga el

favor de suprimirlo!

—¿El qué? —se desconcertó ella.

—El frío. ¿No dice que usted es la causante? ¡Pues suprívalo ya!

—He querido decir que esté pasando usted frío por mi culpa, no que yo tenga la culpa de que haga frío.

—Aaaaah...

—De verdad lo siento. ¡Tan bien que lo estaría usted pasando con sus...!

Empire se calló. Scott esperó en vano, expectante.

—¿Con mis qué? —preguntó por fin.

—Bueno, con sus cosas, sus asuntos.

—Ya. ¿Cuál es su nombre de pila, doctora?

—Empire.

—¡Empire! ¡Qué me dice! Vaya, eso es todo un nombre, ¿eh?

—En eso le aseguro que no intervine yo... ¿Qué estamos esperando?

—Que alguien conteste mi llamada al timbre..., pero no parece que eso vaya a suceder. Sin embargo, las verjas están cerradas. ¿Las cerró Wallen, mencionó eso?

—No... ¡Se ha encendido una luz!

Scott miró hacia la casa. En efecto, se había encendido una luz en el pórtico. La puerta se abrió, dejando escapar un largo recuadro de luz desde el interior de la casa. Scott hizo señales con las luces del coche cuando, apareció un hombre envuelto en una gruesa bata.

—Si nos disparase con una escopeta estaría de acuerdo con él —gruñó el abogado—. ¡Estas no son horas de ir por las casas del prójimo!

El hombre llegó caminando rápidamente hasta las verjas, y se quedó allí. Scott comprendió que no pensaba abrir sin identificar a los visitantes, y tuvo que salir de nuevo del coche, acercándose al hombre, que le dirigió una más que enfurruñada mirada. Debía tener cerca de sesenta años, y sus cabellos eran ya escasos y grises.

—Buenas noches —saludó jovialmente Scott—. ¿Quiere abrir, por favor?

—¿Por quién pregunta usted, señor? —masculló el otro.

—Por los señores Davis, naturalmente.

—Los señores Davis están descansando, como es normal. ¿Puedo rogarle que vuelva usted mañana, señor, a una hora... digamos

hábil?

—Escuche —le miró fijamente Scott a las luces de su propio coche—: si usted no abre estas verjas yo voy a empezar a organizar aquí tal escándalo que no hará falta que llame a la policía por teléfono: vendrán al oírme. De modo que, o avisa usted a los Davis de que deseo hablar con ellos ahora, o las cosas van a complicarse. Se lo juro, amigo.

El criado estuvo unos segundos mirándolo dubitativo, terminó por convencerse de que aquel gigante rubio no estaba bromeando, y asintió con un gesto.

—Tendrán que esperar un momento aquí —murmuró—. ¿A quién anuncio, señor?

—Scott Maning, abogado.

El hombre asintió, y emprendió el regreso a la casa. Scott optó por regresar de nuevo al coche, cuyas luces apagó. El criado llegó al pórtico, entró en la casa, cerró la puerta. Toda la luz visible en la casa era ahora la del pórtico, que se esparcía suavemente por el jardín.

—No sé cómo será de día este lugar —murmuró Scott—, pero de noche no es precisamente maravilloso.

—Es muy tranquilo y solitario.

Scott asintió. Un poco más arriba de la avenida divisó otra casa, también con todas las luces apagadas. Su silueta era parecida a la de los Davis, y era la única que estaba relativamente cerca, sobre una pequeña elevación del terreno. Afuera se oía silbar el viento.

—Tengo... No sé, una impresión muy extraña —murmuró Empire.

La miró, frunció el ceño, y finalmente alzó una ceja y bajó la otra. Empire se había puesto un abrigo de pieles, y estaba preciosa. Se le veían las rodillas. Eran tan bonitas que Scott Maning no pudo resistir la tentación.

—Vaya, vaya, vaya —dijo dándole unas palmaditas en las rodillas—. Conque la nena se llama Empire nada menos, ¿eh?

—Pero... ¡qué hace usted! —exclamó la doctora.

—No he podido resistir la tentación de sus rodillas. Bajo su punto de vista tal vez haya hecho mal, pero espero de su magnanimidad que perdone las debilidades de este pobre mortal.

Empire McKinley no supo qué decir. Su boca se abrió, todavía en

el gesto de sobresalto y cólera, pero, en aquel momento, las verjas comenzaron a abrirse, y Scott las señaló.

—¿Qué le parece? Como era de suponer se abren desde la casa, y si las abren es que piensan recibirnos. Bueno —reflexionó un momento—, espero que no lo hagan cuchillo en mano.

Capítulo III

EL coche se detuvo ante la casa, tras circular por el sendero que se bifurcaba rodeando un amplio y redondo estanque en cuyo centro había un surtidor. De pasada, Scott Maning vio el brillo de la luz del pórtico sobre el agua y las grandes hojas que flotaban en esta; plantas acuáticas. Pensó que seguramente serían nenúfares. Pues bien. A la derecha estaba la otra cosa que había visto antes desde el coche. Parecía... una sombra tétrica, no se veía en ella ni una sola luz. El viento seguía silbando, a veces con fuerza que parecía rabiosa, agitando las ramas de los árboles. ¡Vaya nochecita!

El mismo hombre de antes apareció en la puerta cuando el coche se detuvo ante el pórtico, y se quedó esperando. Scott apagó el motor, pero dejó encendidas las luces de posición del coche. Cuando abrió la portezuela de su lado el viento pareció haber estado esperándolo para lanzarle a la cara un gélido gemido. Farfulló una maldición, y, cada vez más convencido de que estaba perdiendo el tiempo, rodeó el coche. Empire había salido ya, y le miró con los ojos desorbitados.

—¿Qué? —torció una sonrisa Scott—. Hace frío de veras, ¿eh?

Ella parecía querer envolverse en el abrigo de pieles, Scott le pasó un brazo por los hombros, subieron los tres escalones y entraron en la casa. El criado se apresuró a cerrar la puerta, diciendo:

—Sígame, por favor.

Los condujo a un salón, donde los dejó solos. Un salón fastuoso, con cuadros de firmas prestigiosas, alfombras de la más alta calidad, muebles de estilo, una araña sensacional en el techo... Una chimenea enorme, artesonada, conservaba el grato e inimitable calor del fuego de leña. Scott se acercó, y tendió las manos hacia los dos gruesos troncos que se consumían lentamente. Empire se colocó a su lado, y lo miró.

—No diga nada —movió la cabeza—: ya no vale la pena.

—Todavía no hemos visto a los Davis —murmuró ella.

—Pero los veremos.

Cierto, los vieron apenas tres minutos más tarde. Un hombre y una mujer, ambos hermosos y de edad no superior a los treinta y cinco él y treinta ella, aparecieron en el salón, ataviados con elegantes batas pero con cara de sueño. Scott los miró, y torció el gesto.

—¿Señor Maning? —se le acercó el hombre—. No creo tener el gusto de conocerle...

—No, señor. Le presento a la doctora McKinley, psiquiatra.

—Mucho gusto. Bien, yo soy Barry Davis, por supuesto, y ella es mi esposa. Imagino que tienen ustedes algo muy importante que resolver, para venir a estas horas de visita. Estábamos durmiendo, y espero que no les sorprenda.

—No, señor —masculló Scott—, no nos sorprende. Bueno, señor Davis, digamos que venimos de parte del señor Wallen, Silvan Wallen... ¿Lo conoce usted?

—Por supuesto. Es un antiguo amigo... ¿Le ha ocurrido algo a Silvan? —exclamó de pronto.

—Pues... Bueno, según él esta noche ha matado a seis personas en esta casa, señor Davis.

Barry Davis se quedó mirando alhelado a Scott, y lo mismo la atractiva señora Davis. Parecía que ninguno de los dos había entendido. De pronto, mientras Caroline lanzaba una exclamación, Barry reaccionó, también exclamando:

—¿Está usted loco?

—Yo no, se lo aseguro. En todo caso, el señor Wallen.

—Dios bendito —gimió Caroline Davis—. Pero ¿qué está diciendo este hombre?

—Señora Davis —intervino Empire—, le aseguro que el señor Wallen apareció en mi apartamento cubierto de sangre y diciendo que entre él, ustedes y otras personas habían matado a cinco mujeres y un hombre.

—Santo Dios —barbotó Barry Davis—. ¡Qué disparate, qué atrocidad! ¿Dónde está Silvan ahora?

—Le administré un sedante y quedó tranquilo en mi apartamento. No se preocupe por él, señor Davis.

—¿Preocuparme? Maldita sea, ¡le voy a romper la cara en cuanto le atrape! ¡Qué demonios se ha creído ese..., ese cretino del infierno...!

—Será mejor que te calmes, querido —aconsejó su esposa—. Creo que debemos tomarnos esto con serenidad, y escuchar las explicaciones del señor Maning y la doctora McKinley.

—¡No necesito ninguna explicación! ¡Esto es una idiotez de ese..., ese cretino retrasado mental! Y además, ¿qué huevos pintan ustedes dos en esto, puedo saberlo?

—La doctora McKinley es la psiquiatra del señor Wallen —explicó Scott—, yo soy casi su abogado. Mire, señor Davis, si no quiere escuchar las explicaciones que nos creemos obligados a darle y pedirle dejaremos que la policía...

—¡Un momento! ¿Ha dicho pedirme explicaciones ustedes a mí?

—Bueno, si el señor Wallen habló de seis muertos, y llegó lleno de sangre, sería por algo, ¿no?

—Pero ¡qué muertos ni qué...! ¡En esta casa no hay nadie muerto!

—Si avisamos a la policía ellos querrán asegurarse de eso. Vendrían inmediatamente.

—El señor Maning —sonrió Caroline Davis— está dándonos a entender muy claramente que si no le atendemos a él tendremos que vérnoslas con la policía y todas las molestias que eso acarrearía a estas horas de la noche. ¿No es así, señor Maning?

—Más o menos, señora —sonrió Scott.

—¡Usted es un..., un...! —empezó Barry Davis.

—Vamos a tomárnoslo con calma, querido —insistió Caroline—. Sentémonos, encendamos unos cigarrillos, y charlemos. ¿Les apetece tomar algo, doctora McKinley, señor Maning?

La tensión se relajó. Poco después, todos sentados y fumando, los Davis estaban al corriente del asunto, ya sin hacer aspavientos ni más protestas; incluso, el señor Davis, había dejado de insultar a Silvan Wallen.

Pero, naturalmente, ni Barry ni Caroline admitieron haber tomado parte en el juego como el explicado por Wallen a Empire, ni mucho menos haber visto a su amigo matando a nadie ni haberlo hecho ellos. Scott leyó los nombres de la lista que le había preparado Empire, y preguntó a los Davis si conocían a aquellas

personas.

—Por supuesto que sí —asintió Barry—. Todas ellas son amigas nuestras, como el propio Silvan.

—¿Y no han estado aquí esta noche?

—No. Es más, nosotros hemos estado fuera de la casa, así que mal podíamos haber invitado a nadie. Volvimos a eso de las diez y cuarto.

—¿Quiere decir que la casa estuvo sola hasta esa hora, no había nadie en ella?

—Estaba Henry, el criado que les ha recibido a ustedes. Tenemos dos criados más, una doncella y una cocinera, pero ambas tienen la noche libre. Es cuando también nosotros acostumbramos a salir. Y al día siguiente suele hacerlo Henry.

—O sea, que la casa no ha quedado sola en ningún momento.

—No. Escuche, señor Maning, nosotros no acostumbramos a celebrar orgías de ninguna clase, ¿comprende?

—¿Y sus amigos mencionados en la lista?

—Con nosotros se comportan normalmente. Si en otros ambientes se divierten de otro modo no lo sabemos.

—¿Y qué me dice del señor Wallen concretamente?

—Bueno, es un amigo como los demás... Aunque quizá ahora tengamos que admitir que no es tan igual. Estuvo un tiempo en un manicomio, y quizá...

—¿En un manicomio? —saltó Empire, palideciendo—. ¡No sabía eso!

—Vamos, querido, no seas tan exagerado —intervino Caroline Davis—. No es cierto que Silvan estuviese en un manicomio. Donde estuvo un par de meses fue en una clínica de reposo, eso sí, pero sin mayores consecuencias. Es un muchacho un tanto nervioso, y él mismo, cuando vio que se estaba excediendo en algunas reacciones, fue quien quiso tomarse una temporada de descanso en esa clínica.

—¿Qué clínica? —preguntó Empire.

—Pues no lo sabemos, la verdad. Bueno, Silvan fue un poco reservado al respecto.

—¿Qué ha querido decir usted, señora Davis, con eso de que el señor Wallen se estaba excediendo en sus reacciones? —preguntó Scott.

—Oh, esas cosas que a todos nos pasan cuando tenemos una

mala temporada: arranques de genio, alguna que otra reacción violenta contra objetos, discusiones absurdas por tonterías... Cosas sin importancia. Un poco molestas; eso sí.

—Escuchen —suspiró Barry—, a mí me han fastidiado ustedes el sueño, así que lo mismo me daría estar bailando hasta el amanecer, pero... ¿no les parece que quien mejor contestaría a sus preguntas es Silvan?

—Tal vez no —murmuró Empire—, porque si me engañó desde el principio podría seguir haciéndolo ahora. Quiero decir que debió informarme de sus antecedentes, de su estancia en la clínica de reposo..., todo eso. Quizá debí ser yo quien se interesara más por él, pero, francamente, el señor Wallen me pareció normal, salvo esas pequeñas manías que todos tenemos. No es, ni mucho menos, un cliente difícil, como otros.

—En cualquier caso, creo que nosotros ya no podemos ayudarles más —insistió Barry.

—Pues yo creo que sí podrían ayudarnos —lo miró Scott con la expresión de quien se disculpa por adelantado—. Me gustaría echar un vistazo por la casa, señor Davis.

—¿Buscando una habitación llena de cadáveres y manchas de sangre?

Scott no contestó. Barry Davis soltó un gruñido, y se puso en pie.

—De acuerdo, le enseñaré la casa.

—¿Y en cuanto al doctor Jebediah Chesterton, o profesor...? —preguntó Empire.

—Ni idea. Jamás hemos oído ese nombre. ¿Verdad, Caroline?

—Desde luego, querido.

—Y en cuanto al señor Wallen, claro está, no estuvo aquí esta tarde. —Tomó su turno de preguntar Scott.

—Si Silvan hubiera estado aquí Henry nos lo habría dicho cuando regresamos, o nos habría dejado una nota con el recado. Y si además de él hubiera habido una docena más de personas me imagino que Henry lo sabría, ¿no le parece, señor Maning?

Scott asintió, y se puso en pie cuando lo hizo Caroline. Desde el salón, iniciaron el recorrido de la casa, que les llevó poco más de cinco minutos entre la planta baja y el primer piso, todo este destinado a dormitorios. En parte alguna encontraron signos de violencia, ni manchas de sangre, ni cadáveres, y finalmente llegaron

todos al amplio vestíbulo, con lo que los Davis dejaron bien claro que consideraban terminada la visita. El criado, Henry Adams, se había retirado antes, por indicación de los Davis.

—Bien —dijo Scott—, espero que no nos guarden rencor por todo esto. Ustedes habrían hecho lo mismo, ¿no?

—Me parece que no —rechazó Barry—. Nosotros habríamos llamado a la policía, simplemente. Aunque a quien habrá que avisar es a los loqueros, en el caso de Silvan.

—Eso parece. Es decir, lo parecería si el señor Wallen no tuviera tanta sangre manchando sus ropas y sus manos.

—Tal vez mató un pavo para cenar —gruñó Barry Davis—. Escuche, señor Maning, ¿no le parece que hemos sido suficientemente pacientes con esto? Haga usted lo que quiera, avise a la policía, en fin, lo que se le ocurra, pero, por favor, ¿le importa que mi esposa y yo regresemos a nuestro lecho? Por la mañana nos interesaremos por el desenlace de asunto. ¿De acuerdo?

—Le dejaré mi tarjeta... por si necesita en alguna ocasión un abogado —sonrió ceñudamente Scott.

—No quisiera darle un disgusto con esto, pero ya había abogados antes de que usted se decidiera a serlo, señor Maning. Quiero decir que no hemos estado esperando su aparición para tener abogado.

—Eso quiere decir —casi rio Caroline— que ya tenemos abogado. De todos modos, nos quedaremos con su tarjeta.

—¿Y psiquiatra? —preguntó Scott—. ¿También tienen ya psiquiatra?

—No lo necesitamos.

—Eso nunca se sabe. ¿Verdad, doctora McKinley?

—Creo que será mejor que nos marchemos, señor Maning —murmuró Empire—. Su sentido del humor no encaja con la hora ni con las circunstancias.

—Si alguna vez necesito un psiquiatra recurriré a usted —dijo con entusiasmo Barry Davis—: tiene una gran visión, doctora, Buenas noches.

Tras las despedidas, Scott Maning y Empire McKinley se encontraron en el pórtico, cuya luz fue apagada en cuanto ellos estuvieron dentro del coche. Scott condujo hacia las verjas, rodeando el estanque circular ahora por el otro lado. El viento

rizaba la superficie acuática en la que flotaban las hojas, pero no veía nenúfar alguno.

—De noche deben estar cerrados, claro —dijo.

—¿Qué?

—Los nenúfares.

—Ah. Sí, claro —miró Empire hacia el estanque.

Este quedó rápidamente atrás. El coche salió de la quinta, y las verjas se cerraron. La luz se apagó en la planta baja de la casa. Luego, vieron cómo se iluminaban dos ventanas del piso de arriba, que correspondían al dormitorio de los Davis. Detenido a escasa distancia de las verjas, Scott encendió un cigarrillo, y se quedó con el cuello torcido, mirando hacia la casa.

—¿Qué esperamos? —preguntó Empire.

—Ah, perdone —sacó de nuevo Scott el paquete de cigarrillos—. ¿Quiere uno?

—No. Pregunto qué esperamos.

—Pues no lo sé. Bueno, evidentemente el señor Wallen tendrá que explicarnos cuál es la gracia del chiste, pero... ¿no le parece que es demasiado fantástico lo de los seis muertos a cuchilladas? Quiero decir que los mentirosos, por lo general, inventan cosas que puedan pasar por verdaderas. Y dudo mucho que el señor Wallen considere que su historia resista la más simple investigación.

—¿Quiere decir que puede haber dicho la verdad?

—O eso, o está como una cabra, desde luego. Pero sigo preguntando lo mismo: ¿de dónde salió la sangre que manchaba sus ropas y sus manos? Lo del pavo ha estado bien, pero hablemos en serio, ¿de acuerdo?

—Creo que tendremos que esperar a que el señor Wallen despierte para que nos aclare todo esto.

—Supongo que sí —suspiró Scott—, porque ciertamente no seré yo el que llame a la policía, de momento. Bien, ¿qué hacemos?

—¡Cómo que qué hacemos! ¡Pues volver a casa!

—¿A la suya o a la mía? Lo digo porque en su casa hay un hombre ocupando su cama, y usted no irá a acostarse con él, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa sugiere? —se quedó mirándolo fijamente Empire.

—La verdad es que no sé qué hacer. La invitaría a mi

apartamento, pero no sé... Últimamente tengo la impresión de que en alguna parte hay unos ojos siniestros que me observan. ¿No le parece curioso?

—No sé —enrojeció Empire, cosa imposible de ver en la oscuridad del interior del coche.

—Pero es una impresión preocupante, ¿no cree? Eso de que uno esté en su propia casa y se sienta observado es terrible. ¿Nunca le ha ocurrido algo semejante?

—No... No.

—¡Qué suerte! En fin, quizá lo mío sean efectos de la soledad, así que siempre estoy solo en mi apartamento. ¿Cree usted que eso podría ocasionarme una neurosis, o algo parecido?

Empire, que estaba indignada por el cinismo del abogado, consiguió mantenerse firme y normal.

—Si necesita consejo psiquiátrico, señor Maning, con gusto le atenderé en horas hábiles en mi consultorio.

—Oh, bueno, yo pensé que ya que estamos aquí y somos amigos...

—¡Usted y yo no somos amigos!

—¿Ah, no?

—¡Desde luego que no!

—Ya. En tal caso, doctora, está claro que si deseo su atención profesional deberé ir a su consultorio y pagar sus honorarios.

—¡Naturalmente!

—De acuerdo. Son trescientos dólares.

—¿Qué..., qué...?

—Escuche, nena —giró en el asiento Scott para quedar dando frente a Empire—, usted me sacó de casa con una historia de locos, y hace ya más de dos horas que me tiene en danza de un lado a otro. Yo soy abogado, suelo cobrar mis consultas, y usted dice que no somos amigos, ¿okay?

—Sí, pero...

—Trescientos machacantes, encanto. Y claro está, a cambio de ellos reciba mi consejo profesional: llame a la policía. ¿De acuerdo, virgo excelso?

—¡Oiga usted...!

—¿Qué le pasa? ¿No es usted virgen?

—¡Eso no le importa a usted!

—¿Y usted qué sabe si me importa o no?

—¡Es usted un sinvergüenza!

—Y usted una estirada, amiguita —gruñó Scott—. Maldita sea mi estampa, saca usted de su casa calentita a un hombre que ha estado todo el día trabajando duro, le priva de sus distracciones y su descanso, lo lleva de aquí para allá en busca de muertos que no aparecen por parte alguna porque todo es cosa de un chiflado o semichiflado..., y cuando pese a todo el hombre le deja entender que está usted muy buena y que la invita a una copa de relax final para hacerse buenos amiguetes, se las da de virgo excelso que hay que defender hasta la muerte. ¿Qué cree usted, que pretendo violarla? Además, no me venga con cosas del virgo, que eso es cosa de la infancia y ya jamás se recupera.

—¡Bestia! —gritó Empire—. ¡Salvaje!

—Bueno, de acuerdo, pero soy más normal que usted. Así que..., ¿qué? ¿Tomamos una copa juntos o no?

—¡Claro que no! ¡Ahora menos que nunca! ¡Bruto!

—Muy bien, yo soy un bruto, pero... ¿sabe lo que es usted? Se lo voy a decir: es una mirona, o sea, una frustrada de campeonato que se pasa el tiempo con su maldito periscopio fiseando las vidas ajenas en lugar de vivir la suya propia. ¿Se ha enterado, virgo excelso?

Empire McKinley, que estaba pálida de ira y vergüenza, y que parecía estar atragantándose, reaccionó por fin, propinando a Scott Maning un bofetón tremendo, pero que apenas movió la cabeza del abogado. Este se quedó mirándola con clara hostilidad, pero terminó por mover la cabeza, diciendo:

—Muy clásica su reacción, jovencita. Bueno, la voy a dejar en su casita, y mañana enviaré mi minuta. No parece que con usted se pueda hablar de nada más.

—¡Es usted odioso! —sollozó Empire.

—Tal vez, pero lo paso en grande sin necesidad de periscopios.

Scott Maning arranco. Esta vez pasó por delante mismo de la casa vecina, de los Davis, es decir, la más cercana, la que estaba sobre el leve promontorio. Le pareció fantasmal. Bueno, todo le parecía fantasmal y desagradable en aquella noche.

Se fue poniendo de tan mal humor a medida que recorrían el camino de regreso que cuando este finalizó y detuvo el coche ante

el edificio donde vivía Empire su gesto no podía ser más huraño. Estuvo casi un minuto sumido en sus pensamientos hasta darse cuenta de que la doctora no salía del coche, la miró entonces, y masculló:

—¿Qué espera? ¿Que salga a abrirle la puerta? ¡Hace demasiado frío!

—Yo no compré el periscopio para espiar a nadie —murmuró Empire.

—¿No? Bueno, como quiera, no tengo ganas de discutir. Mire, nena, lo nuestro no es ninguna historia de amor, ¿verdad?, así que vamos a dejarlo correr. Buenas noches. Y salude a su periscopio de mi parte.

Empire lanzó una exclamación de disgusto, titubeó, y, de pronto, con un gesto brusco, abrió la portezuela y salió del coche. La cerró con una fuerza que estremeció todo el vehículo, y se dirigió al portal. Maning la estuvo mirando hasta que desapareció, envuelta en su abrigo de pieles. Se la imaginó desnuda completamente bajo el abrigo, y soltó un bufido. Sí, señor, estos eran pensamientos agradables. A ver..., él llegaba al apartamento de ella, que le recibía con el abrigo de pieles puesto, y lanzándole una mirada de fuego inextinguible con sus hermosísimos ojos azules...

«Hola pimpollo —saludaba él—. ¿Llego pronto?».

«Llegas demasiado tarde —susurraba ella, con voz de hembra en plena marcha—. Casi estoy muerta de deseo esperándote, ladrón».

«Bueno, querube, tranquila, que ya llegó el malo de la película. ¿Cómo quieres morir?».

«Tú ya sabes... corazón de hiena: ¡en la cama!».

«¿Encargaste el féretro, ninfa enloquecida?».

«No me hagas esperar más, dragón —gemía ella—. ¡Dame tu fuego!».

Y nada, pues la doctora McKinley se quitaba el abrigo y allá estaba, desnuda como un huevo, más hermosa que mil soles, temblando de pasión...

Scott Maning sacudió la cabeza, soltó un bufido, y se dispuso a alejarse. Ya tenía suficiente con aquella noche para complicársela encima con sueños eróticos que solo conseguirían soliviantarlo... claro está. Arrancó suavemente, el coche se desplazó en silencio. Debía ser cerca de la una de la madrugada, seguro. Y por supuesto,

no se veía a nadie en la calle. Todo estaba como muerto, congelado, petrificado.

Por simple hábito echó un vistazo al retrovisor cuando comenzaba a girar para rodear la manzana. Le pareció ver a una persona apareciendo en la acera y echando a correr, en pos del coche. Una persona con abrigo de pieles. Frenó en seco, dio marcha atrás un par de metros, y volvió la cabeza, para mirar directamente a través del cristal zaguero. Vio ahora perfectamente a Empire McKinley corriendo hacia él, abriendo y cerrando la boca, los ojos abiertos al máximo, el rostro blanco...

Scott Maning apagó el motor, saltó del coche rápidamente, y acudió al encuentro de la doctora McKinley, que seguía llamándole a gritos. Ella llegó ante él, y se echó en sus brazos, tartamudeando y temblando, intentando darle una explicación que no lograba coordinar. Maning la apartó un poco, y le soltó una bofetada que tuvo la virtud de hacer enmudecer a la doctora, cuyos desorbitados ojos quedaron fijos en Scott.

—Le aseguro que no lo he hecho por venganza —masculló el abogado—. ¿Qué es lo que le ocurre?

—Oh, Dios mío —gimió Empire McKinley—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

—Será mejor que vayamos a ver.

Scott, la tomó de un brazo, y tiró de ella hacia el edificio que la doctora acababa de abandonar.

Capítulo IV

EMPIRE había dejado la puerta abierta de par en par, así que ya desde el pasillo, antes de entrar en el apartamento, se apreciaba parte de lo que había ocurrido allí dentro.

Lo primero que destacaba era el color rojo.

Rojo de sangre.

Salpicaba en todas partes: suelo, paredes, cuadros, muebles... Había manchas de sangre en todas partes, y todo se veía revuelto, algunas cosas destrozadas, libros y revistas por el suelo, lámparas tumbadas, sillones colocados al revés y con la tapicería rasgada y manchada de sangre... Era un cuadro escalofriante, sin lugar a dudas. Atónito y no poco impresionado, Scott reaccionó pronto, sin embargo, y se volvió hacia Empire, que se había detenido unos cuantos pasos detrás de él. Retrocedió, la tomó del brazo y la metió en el apartamento, cerrando la puerta. Ella se quedó allí, pegada a la pared, sobrecogida.

Scott fue directo al dormitorio.

La cama estaba vacía, Silvan Wallen ya no estaba en ella.

Tuvo la revelación de que era absurdo buscarlo en el resto del apartamento, pero lo hizo, en cuestión de segundos, ya que no era muy grande. Por todas partes habían manchas de sangre, en mayor o menor cantidad. Donde había más era precisamente en el dormitorio, que también estaba removido, medio destrozado.

Empire se había sentado en el desplazado sofá, y permanecía con las manos juntas en el regazo, sobre las pieles. Miró temerosamente a Scott cuando este, finalmente, se plantó ante ella.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, gracias.

—Desde luego debió llevarse un susto de narices —murmuró el abogado—. Esto es horrible. Y como comprenderá ya no podemos demorar el aviso a la policía. Bueno, espero que esté de acuerdo.

—Sí... Por supuesto que sí.

Scott titubeó antes de pregunta:

—Naturalmente, el señor Wallen no ha podido marcharse de aquí por su propio pie... Quiero decir que la dosis de calmante debió ser suficiente para que durmiese varias horas, ¿no?

—Sí, varias horas.

—O sea, que alguien ha venido aquí y se lo ha llevado... ¿Se le ocurre a usted otra explicación?

—No.

—Pero... ¿Quién podría saber que el señor Wallen estaba aquí, aparte de nosotros dos... y los Davis?

—No sé... No lo sé.

La sospecha se iba concentrando en la mente de Scott Maning. No hacía falta ser muy listo para sustentarla, ciertamente. Si solamente él, la doctora McKinley y los Davis sabían que Silvan Wallen estaba en el apartamento de la doctora, era evidente que cualquier información hacia otras personas tenía que haber partido de los Davis. Es decir, que en cuanto él y Empire se fueron de su casa ellos debieron avisar a alguien de lo que sucedía, utilizando el teléfono. Y ese alguien había ido al apartamento de la doctora McKinley, y...

¿Y qué? ¿Qué había ocurrido exactamente allí? ¿De quién era aquella sangre tan profusamente derramada por todas partes? En cuanto a los Davis, ¿realmente tenían la esperanza de que él no dedujera que habían sido ellos los que habían pasado la información respecto al paradero de Silvan Wallen?

Bueno, ciertamente él podía hacer muchas más cábalas, y hasta obtener interesantes conclusiones si se ponía a investigar, pero no era ese su trabajo. Además, las cosas se habían puesto al rojo vivo, porque la desaparición de Silvan Wallen podía implicar que, en efecto, con anterioridad sí habían sido asesinadas seis personas. ¿Acaso en un par de horas no se puede borrar todo rastro de sangre en una sala? Los Davis habían tenido tiempo sobrado de hacer esto en su casa después de que Wallen escapó. Pero si Wallen pudo escapar fue porque ellos no estaban... ¿Dónde estaban? ¿Por qué habían dejado a Silvan Wallen solo? ¿Dónde estaban los cadáveres, dónde estaban los vivos de la lista? ¿Acaso Wallen debía haber sido acuchillado también...?

El timbrazo del teléfono les sobresaltó a los dos, hasta el punto de que Empire se puso en pie de un salto y se abrazó crispadamente a Scott, que le tomó el rostro entre las manos.

—Tranquila —susurró—. Es solo el teléfono.

El aparato volvió a sonar. Lo miraron los dos. En el silencio el timbre parecía un sonido atronador capaz de llegar a miles de millas de allí.

¡Triiiiiinnnggg...!, seguía sonando el timbre.

—Será mejor que contestes —dijo Scott.

Ella estaba petrificada, mirando de uno a otro ojo del abogado, que seguía reteniendo entre sus manos el pálido y frío rostro femenino. El timbre volvió a sonar, ¡triiiiinnnggg!, y Scott soltó el rostro de Empire, le pasó un brazo por los hombros, y la llevó hacia el teléfono, colocado sobre la mesita que, milagrosamente, no había sido removida.

—Sea quien sea —dijo Scott—, corta pronto. Tenemos que avisar a la policía cuanto antes.

Empire asintió, y descolgó el auricular.

—¿Diga? —inquirió con voz fallecida, que podía parecer soñolienta.

—¿Es usted la dueña del apartamento, la doctora McKinley?

Empire tuvo la sensación de que aquella voz le arrancaba trozos de piel a cada sílaba. Se le pusieron los pelos de punta al oírla, despaciosa, áspera y susurrante, casi chirriante, como si brotase por entre hierros viejos, oxidados... Su estremecimiento fue tan fuerte que Scott lo percibió, la miró al rostro, y comprendió en el acto que la llamada no era normal, que no procedía de algún amigo o conocido de la doctora, que le miraba de nuevo con los ojos muy abiertos, estremecida. Scott acercó su oreja al auricular, y oyó la respiración lenta y fragorosa, como fatigosa, pesada. Empire no conseguía reaccionar.

—¿Me está oyendo? —jadeó la oxidada voz.

Scott Maning casi respingó al oírla. Miró a los ojos a Empire, que empezaba a parpadear, y le hizo señas para que hablase. Ella aspiró profundamente.

—Sí, le estoy oyendo —dijo con voz aguda, quebradiza.

—No avise a la policía o le enviaré el cadáver de Wallen, ¿me entiende? —la voz parecía retorcerse entre hierros viejos, era como

un susurro de viejo metal que proporcionaba notas siniestras—. ¿Me entiende? Si avisa a la policía mataré a Wallen, y también a usted. No se meta en esto, olvídelo ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. ¿Quién..., quién es usted?

—Mi nombre es Chesterton, pero no creo que eso le diga nada.

—¿El profesor Chesterton? —exclamó Empire.

Hubo un breve silencio al otro lado. Luego:

—¿De modo que Wallen le habló de mí? Bueno, tanto mejor... Métase bien esto en la cabeza: si usted avisa a la policía, o me causa problemas, lo lamentará tan amargamente que preferirá no haber nacido. Olvide todo esto, o las complicaciones serán mayores para muchas personas.

No le dio tiempo a Empire a contestar o a preguntar nada. Se oyó el «clic» característico al ser colgado el auricular. Empire quedó quieta, hasta que Scott le quitó el auricular y lo depositó en la horquilla. Ella le miró, abrió la boca, y él alzó una mano.

—Ya he oído —murmuró.

—Dios mío..., ¡qué voz tan..., tan horrible! Me daba la impresión de que..., de que era una sierra cortándome la carne, y cosas así...

—Desde luego no era una voz normal. O era fingida..., o a esa persona le pasa algo en la garganta, o en las cuerdas vocales.

—¿Qué vamos a hacer?

—Creo que debemos avisar a la policía.

—¡Pero ese hombre matará al señor Wallen entonces...!

—Eso no me preocupa demasiado —gruñó Scott—. Lo que sí me preocupa es qué tiene pensado hacerte a ti si le desobedeces, qué... ha ideado para hacerte lamentar amargamente haber nacido.

—Tengo miedo —tartamudeó Empire—. ¡Tengo más miedo del que jamás pensé que pudiera sentirse! Presiento... cosas extrañas y... y siniestras... ¡Tengo la sensación de que me está ocurriendo algo horrible!

Scott Maning asintió, y miró alrededor. Todo era inquietante, en especial las manchas de sangre. De pronto reparó en que el telescopio estaba caído en el suelo. Se acercó a él, lo puso sobre el trípode, y apuntó hacia su terraza, hasta convencerse de que lo dejaba tal como había estado. Empire le miraba, como esperando que él solucionase todo. Scott soltó un gruñido.

—Hay algo que hasta ahora ni siquiera se me ha ocurrido, pero que no tengo más remedio que preguntarte.

—¿El qué?

—Es respecto a Wallen... ¿Qué clase de relaciones eran las vuestras?

—Oh, muy buenas. Él es un... ¿Qué quieres decir? —exclamó de pronto Empire.

—Ya me has entendido.

—¡No existía esa clase de relación entre nosotros! —se encendió una vez más el rostro de Empire—. Él es un hombre amable y educado, así que nuestras relaciones eran... o son buenas, cordiales. ¡Pero de médico a paciente, por decirlo de algún modo!

—No tienes por qué irritarte —rezongó Scott—. ¿Tan sorprendente te parecería que hubierais llegado a otra clase de relación? Él es un hombre y tú una mujer, ¿sabes? Y las doctoras, aunque sean psiquiatras, acaban por acostarse con alguien, y hasta se casan, y tienen hijos, y todo eso.

—Está bien —titubeó la doctora McKinley—. Pero ya te he dicho qué clase de relación había entre el señor Wallen y yo.

—De acuerdo.

—¿Me crees?

Scott la miró asombrado.

—Mujer, claro. ¿Qué objeto tendría que me mintieras? Bien, estamos ante un pequeño dilema, ¿no es así? Tal como están las cosas en este momento deberíamos avisar a la policía, pero si lo hacemos el profesor Chesterton se enterará, por supuesto, y entonces... ¿qué intentará para vengarse? No de mí, sino de ti, de modo que... tú decides.

—Ya te he dicho que tengo miedo.

—Te comprendo, pero tienes que tomar una decisión. E insisto en recordarte que si lo que dijo Wallen parece una fantasía, lo que sí es cierto es que a él lo han secuestrado y quizá esté muerto ahora. Aunque... No sé, quizá no lo haya matado. Si quería matarlo no tenía necesidad de llevárselo de aquí, no se habría tomado tantas molestias.

—Entonces... ¿para qué lo quiere?

—Ni idea. Pero sí tengo idea respecto a lo que me gustaría hacer a mí. Me gustaría, por ejemplo, saber en qué centro de reposo

estuvo Wallen, y hacer allá algunas preguntas. Y me gustaría, y mucho, ponerme en contacto con las personas de la lista... si es posible.

—¿Por qué no?

—Porque según Wallen seis de esas personas están muertas. Y nosotros hemos visto la casa donde dice que las mató, hemos visto a los Davis tan campantes y asegurando que allí no ha pasado nada..., pero no hemos visto a esas seis personas. Y me gustaría verlas, porque entonces sí que sería definitivo que Wallen está como una cabra.

—¿Y para qué puede querer el profesor Chesterton a un loco? —murmuró Empire.

Scott Maning movió la cabeza, y luego señaló a su alrededor.

—Te espera un buen trabajo para limpiar todo esto, pues supongo que no contratarás a nadie para que venga a hacerlo. Creo que tendrás que empapelar de nuevo la sala y el dormitorio. ¿Sabes hacer esas cosas?

—Me las arreglaré.

—Eres una chica muy apañadita. Bueno, decídetes: ¿avisamos a la policía u obedecemos al profesor Chesterton?

—Yo... no quisiera que al señor Wallen le ocurriera nada malo. Ni a mí tampoco, claro.

—Entonces, no avisamos a la policía. Por la mañana creo que me dedicaré a hacer algunos contactos. Buenas noches, doctora.

—¿Te vas? —exclamó Empire sobresaltadísima.

—Naturalmente. ¡Yo no duermo en este apartamento ni aunque me paguen mil dólares el minuto de sueño!

—Pe... pero es que yo... ¡Tampoco quiero quedarme aquí! ¡Y mucho menos, sola!

Scott frunció el ceño y se rascó la nuca.

—Bueno, puedo llevarte a un hotel. Mete algunas cosas en una maleta... ¿O prefieres instalarte en tu consultorio del centro?

—¡No! ¡Allí tampoco!

—Tranquila, no te alborotes. Venga, vamos a recoger algunas cosas y te llevaré a un hotel.

—¿Qué tengo que recoger?

—¡Esta es buena! ¿Yo tengo que decirte que se mete en una maleta? Pues ropa de calle, de dormir, cepillo para los dientes, un

perfume, zapatos... Yo suelo llevar también la afeitadora eléctrica, y algún libro. Es que si no leo unos minutos en la cama me cuesta muchísimo dormirme... Bueno, vamos a hacer el equipaje.

La maleta estuvo llena en menos de cinco minutos, sin muchas contemplaciones. Luego, salieron del apartamento, Empire lo cerró con llave, y Scott probó que la puerta hubiera quedado bien cerrada.

Cuando salieron a la calle el coche de Scott estaba en el mismo sitio. Todo estaba tranquilo, y el frío iba en aumento, aunque allí no soplaba tanto viento como en la zona donde vivían los Davis. Scott puso la maleta en el asiento de atrás, y se sentó ante el volante, junto a Empire.

—También podría invitarte en casa de algún amigo —dijo—, pero no me parece prudente, pues tendrías que dar explicaciones, así que, realmente, lo mejor es un hotel. ¿Tienes preferencia por alguno?

—No conozco los hoteles de Portland —murmuró Empire.

—Es natural. Por lo general, los hoteles que menos conocemos son los de la ciudad donde vivimos. Me parece lógico. De todos modos, yo conozco algunos, pues he tenido que reservar plazas para amigos míos que venían a la ciudad. ¿Conoces el Purple Circle?

—No.

—Estarás muy bien allí. Es elegante, discreto, y cerca del centro ¿Llevas dinero? ¿Documentación?

—Sí.

—Okay.

Veinticinco minutos más tarde Scott Maning dejaba a Empire McKinley frente al hotel Purple Circle, sito en S.E. Sandy Boulevard, al otro lado del Willamette River, que dividía la ciudad, y el cual cruzaron por el Burnside Bridge.

—Ya sabes mi número de teléfono —dijo Scott—, así que si necesitas algo llámame. Y si después de descansar cambias de opinión respecto a la policía, también necesitarás un abogado. Por cierto, todavía me debes trescientos machacantes, nena.

—Te los pagaré mañana —dijo hoscamente Empire.

—Que no se te olvide. Buenas noches, virgo primoroso.

Scott partió antes de poder oír la respuesta de Empire, si es que se producía. De nuevo la vio por el retrovisor, iluminada por las

luces del hotel, envuelta en su abrigo de pieles, con la maleta junto a los pies y vuelta hacia él.

—¡Si serás frígida, so frustrada! —masculló el abogado Maning.

En cambio, la señora Davis parecía una mujer... cálida, acogedora, confortable. Exactamente: confortable. Tenía empaque, sentido del humor, y paciencia. Pero era una soplona, igual que su marido. Porque por más vueltas que le daba al asunto Scott no podía llegar a otra conclusión: solamente los Davis podían haber advertido al profesor Chesterton del lugar donde se encontraba Silvan Wallen; y eso, por mucho que negaran conocer al tal Chesterton.

Evidentemente, lo conocían. Es decir, que además de ser unos soplones le habían estado tomando el pelo antes, cuando lo negaron todo e hicieron comedia. Porque tenía que ser comedia. De un modo u otro, Silvan Wallen había dicho la verdad, aunque la casa de los Davis estuviese limpia de sangre y cadáveres.

Las ideas fueron ajustándose lentamente a medida que Scott se iba acercando a su apartamento.

Una de las ideas consistía en buscar en el directorio telefónico los nombres de todas las personas de la lista, y proceder a llamarlas por la mañana, empezando por los «muertos», es decir, las cinco mujeres y el sujeto llamado Walter Morton. Si contestaban esos, no valía la pena molestarse en llamar a nadie más, ni en hacer otra cosa que buscar a Silvan Wallen y al profesor Chesterton.

También podía empezar al revés, o sea, ir a visitar de nuevo a los Davis, agarrarles por el pescuezo a ambos, y decirles que la cosa iba en serio esta vez, y que quería saber dónde estaba el profesor Chesterton y qué se proponían hacer con Walter.

Sí, por misterios insondables, él llegaba a creer de nuevo a los Davis, en el sentido de que ellos no conocían a Chesterton y por tanto no sabían nada de los últimos acontecimientos en el apartamento de Empire McKinley, se ahorraría cuando menos el trabajo de buscar los números telefónicos de las personas de la lista, pues los Davis se los proporcionarían.

Perfecto. Todo apuntaba hacia la casa de los Davis; y ciertamente, el abogado Maning no tenía ni pizca de sueño.

Frío, sí. Fuera del coche parecía que se había acumulado todo el frío del mundo.

«—Caray —pensó Scott...—, si esto pasa aquí, y empezando ya la primavera, ¿qué clase, de frío hará en Siberia, Alaska o la Patagonia?».

Capítulo V

HABÍA algo especialmente siniestro en el ambiente cuando Scott Maning se apeó del coche delante de las verjas de la casa de los Davis en Mayway Drive.

Encogido dentro de su chaquetón de piel vuelta, oyendo silbar el viento que parecía morderle las orejas, Scott corrió hacia la columna donde estaba el timbre. Le importaba bien poco que los Davis se pusieran hechos unos basiliscos con él. Si estaban ocurriendo cosas extrañas todos tendrían que afrontarlas, así de sencillo.

Estaba ya a punto de pulsar el timbre cuando se dio cuenta de que las verjas no estaban cerradas. Estaban ajustadas, pero no del todo. Así que no podían estar cerradas. Se quedó mirándolas entre incrédulo y desconcertado. Sabía que los Davis las habían cerrado electrónicamente desde la casa cuando se fueron antes él y Empire.

Si ahora estaban abiertas significaba que alguien había entrado o salido de la quinta. Y, posiblemente, que pensaba volver. O bien, que alguien había forzado la cerradura y... Soltó un gruñido que dio por zanjadas las elucubraciones. Mirar para saber, y punto.

Vaciló entre meterse de nuevo en el coche o llegar a pie a la casa. Optó por esto último, así que se metió en el coche, apagó el motor y las luces, se metió las llaves en un bolsillo del chaquetón, y cerró suavemente la portezuela al salir.

A su derecha, como una mancha de negrísima tinta china, estaba la casa vecina de los Davis. El viento agitaba las ramas de los árboles, y las estrellas parecían trozos de hielo azul. No había luz en ninguna de las dos casas, ni se veía en las casas más alejadas de la zona.

Las verjas chirriaron al ser empujadas a mano por Scott, que se sintió íntimamente decepcionado. Pensó que se estaba comportando mentalmente de un modo un tanto frívolo. A fin de cuentas, los

chirridos siempre son augurio de algo siniestro. ¿O no? O sea, que si no había chirridos, pues todo estaba bien, todo estaba normal.

Normal.

Siguiendo el sendero llegó ante el estanque de los nenúfares que antes había rodeado primero por la derecha y luego por la izquierda; al otro lado, el sendero se unificaba de nuevo, y terminaba en la casa, es decir, ante el pórtico, que se quedó mirando detenido ante el estanque, cuyas aguas seguían rizándose al viento. Vio las grandes hojas redondas, y le pareció distinguir la forma de los nenúfares cerrados. Hacían bien en cerrarse, con aquel frío del demonio.

Normal.

Todo normal.

Continuó caminando hacia la casa, se detuvo ante el pórtico, y se quedó mirando la puerta entreabierta. O quizá se lo parecía debido a las sombras que creaban las luces estelares y las de Mayway Drive, que llegaban allí como a brochazos por entre los árboles.

Subió al pórtico.

Comenzó a sentir un lento repeluzno que se inició en la nuca y llegó, como si fuese una gota de agua helada, hasta sus pies. La puerta, en efecto, estaba entreabierta, y mucho más visiblemente que las verjas. Era como si alguien la retuviese al otro lado, dispuesto a salir de un momento a otro.

Scott Maning dio dos pasos, tocó la puerta con un dedo, y empujó terminando lentamente de abrirla. El vestíbulo tenía una iluminación grisazulada, procedente de las amplias ventanas de la fachada a ambos lados de la puerta, y parecía una caja inhóspita, fría. Scott buscó el interruptor de la luz, y lo accionó. Suspiró cuando la araña del techo se encendió. Cerró la puerta tras él, y miró la escalinata que ascendía al primer piso, al destinado a dormitorios.

Optó por recurrir en primer lugar al criado, el tal Henry, que lógicamente debía tener su aposento en la planta baja, camino de la cocina. El pasillo que conducía a esta estaba a la izquierda del vestíbulo, y Scott se metió por él, accionando otro interruptor de luz. Bueno, las cosas no parecían tan siniestras a plena luz, menos mal.

Efectivamente, a la derecha del pasillo que terminaba en la puerta de la cocina había tres puertas. Scott empujó una, encendió la luz de aquel cuarto, y se retiró enseguida, pues estaba vacío. Debía ser el de una de las empleadas de los Davis. Pensó que el siguiente también sería de una mujer, así que no empujó la segunda, y sí la tercera.

Las manchas de sangre por todas partes le parecieron rojos ojos siniestros que se fijaron en él.

Eran como ojos, o como estrellas rojas.

Había manchas en todas partes, y el dormitorio de Henry estaba revuelto, bien visibles los numerosos destrozos producidos; era como si una fiera enloquecida hubiera pasado por allí.

Y el criado no estaba en la habitación.

Scott Maning tenía la sensación de que sus pies eran de plomo, que pesaba una tonelada cada uno de ellos. Su sobresaltada mirada iba de uno a otro lado, buscando no sabía qué. Todo estaba igual, todo era horrendo, siniestro, espeluznante.

De pronto, Scott reaccionó, dio la vuelta, y salió corriendo del cuarto del criado Henry Adams. Llegó al vestíbulo, y se lanzó escaleras arriba. Llegó como disparado, y se fue directo al dormitorio de los Davis, que conocía de antes, cuando habían recorrido la casa y había visto la cama matrimonial abierta, esperando a sus propietarios.

Llegó ante la puerta del dormitorio, que estaba cerrada, y la abrió de golpe, sin contemplaciones. Localizó enseguida el interruptor, y encendió la luz...

—Dios bendito —jadeó.

Lo mismo. Todo estaba revuelto, rasgado, destrozado. Y manchado de sangre, por supuesto. De grandes estrellas de sangre, de grandes rojos ojos que parecían mirar siniestramente.

Scott retrocedió, y salió de espaldas del dormitorio.

—¡Señor Davis! —llamó—: ¡Señora Davis!

Se dio cuenta de qué su voz había brotado chillona. Se la aclaró, y volvió a llamar a los Davis, con voz más alta, más potente.

—¡Señor Davis! ¡SEÑOR DAVIS!

Era como si las palabras retumbasen en el fondo de una gigantesca tumba.

Bueno, ya era suficiente, pensó Scott Maning. Sintiéndolo

mucho, y le gustase o no a la doctora McKinley o al profesor Chesterton, él iba a llamar a la policía. Presentía algo maligno en todo aquello, sabía que no estaba ante un asunto vulgar, sino que formaba parte de algo retorcido y siniestro. Ni hablar de seguir adelante él solo con aquello. ¡Ni hablar!

Entró de nuevo en el dormitorio, vio el teléfono sobre una de las mesitas de noche, y se acercó. Descolgó el auricular, se lo llevó al oído, y se dispuso a marcar el número de la policía de Portland, que conocía perfectamente. Entonces se dio cuenta de que el auricular estaba «muerto»; no emitía señal para marcar, ni sonido alguno. Pulsó varias veces el auricular, pero nada cambió.

No funcionaba el teléfono. Pero no podía ser por una avería casual, estaba seguro de eso. Simplemente la línea había sido cortada.

La luz se apagó en ese momento.

Scott Maning tuvo la impresión pavorosa de que era engullido por la oscuridad como si esta fuese un monstruo de súbita aparición y enormes fauces que acababa de cerrar sobre él. Pasar tan bruscamente de la luz a la oscuridad fue todo un trauma para el abogado Maning, que hasta entonces se las había dado de «fortachón, valentón y muy decidido». Y simpático, jovial, inteligente, culto...

La inteligencia se sobrepuso al resto de las cualidades de Scott Maning. Alguien había apagado la luz y había cortado el teléfono. Ergo, alguien estaba en la casa de los Davis. ¿Los Davis? ¿El criado? ¿O... el profesor Chesterton? Pero si los Davis eran amigos de Chesterton, como parecía al haberle indicado antes dónde se hallaba Silvan Wallen... ¿qué estaba ocurriendo allí? ¿Los había atacado el profesor Chesterton? ¿O el ataque provenía de otra u otras personas?

En un negro silencio que parecía de muerte, Scott Maning permanecía inmóvil, creyendo oír el rumor de sus propios pensamientos; era como si cada idea, cada pensamiento, se deslizara por entre los mecanismos de su mente produciendo un suave y bien engrasado sonido; su inteligencia estaba dominando la situación, la estaba controlando, es decir, le mantenía sereno e inmóvil. Intuía que eso era lo que debía hacer: nada.

Absolutamente nada.

Durante un minuto todo continuó igual. Las ideas, los pensamientos, continuaban deslizándose; parecían cosas alegres deslizándose por un tobogán. ¡Qué sensación tan curiosa!

Lógicamente, debía haber visto alguna luz en la ventana del dormitorio, procedente de Mayway Drive, aunque estuviese esta bastante alejada. Pero las cortinas, las gruesas cortinas que antes había visto, debían estar corridas, claro.

Dios, ¡qué oscuridad, qué cosa tan horrible!

De pronto, le pareció oír que alguien lloraba y que, enseguida, alguien reía. De no supo dónde, le llegó una voz suplicante, y enseguida la risa aguda y chirriante.

Muy despacio, Scott Maning movió la mano izquierda en busca del teléfono, lo localizó, y acto seguido, igualmente despacio y con todas las precauciones para no hacer ruido, colocó el auricular en la horquilla. Produjo un levísimo ruido que le pareció estrepitoso.

Volvió a oír el llanto, la risa, la súplica, la risa aguda y chirriante.

Ni por un momento se le ocurrió que aquella risa procediera de uno de los Davis o de su criado. ¿Y el llanto? ¿Y las voces suplicantes? Estuvo escuchando con toda atención no menos de dos minutos, pero no oyó nada más. Comenzó a moverse, despacio, girando hacia la puerta. Dio un paso, otro, otro... Estaba, seguro de que se hallaba en la dirección correcta.

Tenía que salir de aquel dormitorio, de la casa. Simplemente debía alejarse de allí a llamar a la policía.

Extendió los brazos para asegurarse que no iba a tropezar con nada o darse de narices contra la pared. Todo iba bien. Seguro que estaba caminando hacia la puerta.

Entonces su mano derecha tocó algo. Algo tierno y frío.

Y móvil.

Esta vez sí, el sobresalto del abogado Maning fue tremendo. Lanzó un grito entrecortado, mientras retiraba vivamente la mano, que le pareció súbitamente helada por aquel contacto. El corazón de Scott Maning se disparó, no propiamente de miedo, sino debido al gran sobresalto, al tremendo susto de encontrar una cara, una cabeza, donde solo esperaba encontrar la vacía oscuridad.

Oyó un sonido no identificaba ante él, y enseguida un rumor de algo que se movía rápidamente. Le pareció que cientos de pies

corrían a su alrededor.

Y acto seguido tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una enorme traca violentísima que produjo miles de luces. Estas se apagaron enseguida, y Scott Maning dejó de existir conscientemente.

* * *

La consciencia había ido regresando lentamente, pero él la experimentó de pronto.

De pronto, estuvo despierto y lúcido. Estuvo vivo.

Sus ojos quedaron abiertos de par en par, fija la mirada en las estrellas.

Sentía frío. Un frío tan horrible que no lo recordaba igual en toda su vida. Ni siquiera cuando él y tres compañeros de excursión estuvieron cuatro días perdidos en la nieve en la Cordillera de las Cascadas, cerca del Diamond Peak. Era un frío que penetraba hasta las entrañas, que parecía devorar sus huesos, convertir en hielo su carne. Un frío total y espantoso en todo el cuerpo.

Un frío tal que incluso tenía la impresión de que congelaba sus pensamientos, de que estos iban quedando paralizados lentamente. Intuyó que de seguir así pronto dejaría incluso de pensar, porque los pensamientos se habrían congelado, como se estaba congelando su cuerpo.

Y seguía viendo las estrellas sobre él. Parpadeó, y sintió dolor en los ojos. Cerca de él, algo hizo un ruido que le recordó el agua. Como si alguien hubiera tirado un guijarro al agua, o quizá como si una rana hubiera efectuado una buena zambullida. Algo así.

¿Alguien tiraba piedras?

¿O había ranas allí?

Agua, ranas, charca, balsa, estanque. Las piezas iban encajando. Era como un test, en el que había que encontrar relaciones entre objetos, formas, números. Sucesión de relaciones: rana, agua, charca, mar, río, estanque, balsa. No, mar no; en el mar no hay ranas. Hay miles de formas de vida, pero no ranas, qué se le va a hacer. Las ranas están en las charcas de los ríos, en las balsas, en los estanques con musgo.

En los estanques.

En un estanque.

El estanque.

Los pensamientos eran lentos, lentos, lentos. Él conocía un estanque, pero no había ranas. No, seguro que no había, porque de haberlas las habría oído las dos veces que pasó cerca del estanque. Aunque quién sabe, quizá las ranas no croan en las noches de frío. ¿Dónde demonios se meten las ranas durante las noches, sea en invierno o en verano? Bueno, seguro que duermen preferentemente en la superficie, sobre musgo, o sobre ova... Sí, ova. O sobre las hojas de las plantas acuáticas.

Como por ejemplo los nenúfares.

El estanque de los nenúfares.

«Dios mío —pensó—: estoy dentro del estanque».

Fue un pensamiento neto, claro, exacto, preciso: estaba dentro del estanque de la casa de los Davis.

Movió la cabeza, y vio el agua entonces casi a nivel de su ojo. Se quedó mirando el agua que se rizaba. Seguía soplando el viento. Estaba metido en el estanque, hundido todo menos el rostro, que había quedado hacia arriba. Si hubiera quedado hacia abajo seguramente se habría ahogado.

Veía el agua a nivel de su ojo, pero no reaccionaba. Sentía que no podía moverse. O sea, estaba flotando en las aguas del estanque, boca arriba. «Voilà,

c'est

tout» como le dijo aquella ramera francesa cuando terminó de contarle su vida. De modo que eso era todo, en efecto. O salía del estanque o terminaba por morirse congelado en las aguas enfriadas por la baja temperatura de la noche y el viento. «Voilà,

c'est

tout!».

Su mente envió la orden a sus piernas: tenían que moverse, buscar fondo, asentarse en este, soportar el peso de su cuerpo, y sacarlo del estanque. El agua se agitó en torno a su cara, comenzaron a formarse círculos. La cara se elevó. No sentía las piernas, pero ahora la cara estaba por lo menos dos palmos más arriba que antes. El frío impactó en sus hombros, pecho y cuello

como si estuviera formado por miles de agujas. Era curioso: no sentía las piernas, pero estaba en pie. Ahora estaba viendo la casa. La casa de los Davis, eso era.

Bien.

Muy bien.

Estaba rodeado de agua. Cerca de él vio ahora perfectamente hojas de nenúfares, y las flores, cerradas. El borde del estanque estaba apenas a un metro. Allí mismo, vamos. ¿Qué es un metro? Nada. ¡Bah, un metro...! Cuando comenzó a desplazarse en el agua todo el cuerpo le dolió como si la carne se estuviera rompiendo. Todo un trémolo violentísimo, que hizo entrechocar sus mandíbulas. Por el amor de Dios, ¡qué frío tan espantoso!

Llegó al borde del estanque, sacó los brazos del agua, gritó al sentir en las manos el dolor del frío. En la casa no había luz alguna. No se veía nada, no se oía nada, salvo el viento. Por entre los árboles vio la casa vecina.

Para salir del estanque tuvo que echarse sobre el borde y luego rodar hacia afuera. Rodó por el sendero, dolorido, mordiéndose los labios para no volver a gritar. Se daba cuenta ahora que le dolía la cabeza. Le dolía mucho y de modo especial; quiso alzar un brazo hacia ella, pero no pudo. Tenía que llamar a la policía. Pero no podría hacerlo desde la casa de los Davis. Tenía que buscar un teléfono. Y quitarse la ropa mojada, completamente empapada.

Comenzó a ofrecerse alternativas para salir con bien de aquella situación.

Una de las alternativas era ir de nuevo a la casa de los Davis. La otra era alejarse de allí lo más rápidamente posible para evitarse males mayores. Y puestos a alejarse, ¿adónde ir mejor que a su apartamento? No solo estaría a salvo, sino que dispondría de teléfono. Claro que la casa de los Davis estaba más cerca, y podía quitarse la ropa mojada enseguida y envolverse en una manta..., pero no había teléfono. Además, podía estar en su apartamento en siete minutos como máximo, pues la circulación a aquella hora debía ser nula.

Y en su apartamento tenía teléfono, ropa seca, mantas... ¡Tenía de todo! Y con la calefacción del coche puesta a toda potencia seguramente reaccionaría.

O sea, que tenía que regresar a su apartamento.

Con el viento silbando en sus orejas, como cortándola con finas cuchillas, Scott Maning rodeó el estanque y enfiló el sendero hacia las verjas.

¿Y los Davis? ¿Y el criado? ¿Habían sido secuestrados, como Silvan Wallen? ¿O tanto este como aquellos habían sido asesinados? Porque si no habían sido asesinados... ¿qué significado tenían las manchas de sangre donde debían estar ellos?

Su coche no estaba frente a las verjas, donde lo había dejado. Pero a través de las verjas lo vio unos metros más allá, con la parte de atrás saliendo a la calzada. Como si alguien lo hubiera empujado para apartarlo de la salida sin importarle adonde fuese a parar.

«Ahora nada más falta que las verjas estén cerradas», pensó.

Pero no estaban cerradas. Estaban ajustadas, como antes. Salió, las ajustó de nuevo, y, temblando violentamente, se encaminó hacia su coche. Las ropas parecían envolturas hechas con hielo. Cuando intentó quitarse el chaquetón se dio cuenta de que apenas podía mover los brazos, tan aterido estaba. Las manos le dolían cada vez más, y apenas podía mover los dedos. Estuvo hurgando en el bolsillo del chaquetón en busca de las llaves, las localizó, pero los dedos no le obedecían, no podía cogerlas.

A través del parabrisas, su mirada fue hacia la casa vecina de los Davis. ¿Y si fuese allá a pedir ayuda? Pero la casa seguía a oscuras, seguía pareciendo una mancha de tinta china, algo quieto, como un decorado.

Consiguió sacar las llaves del bolsillo, las puso en la ranura, y dio el encendido. El motor respondió en el acto, y al sonreír ante tan vulgar pero conveniente hecho, le dolió todo el rostro.

«Tengo que conducir durante tres millas nada más —se dijo—. Si no consigo hacer una cosa tan sencilla merezco diñarla. ¡Animo, Scott!».

Los dedos no conseguían agarrar el volante. Comenzó a abrirlos con fuerza, soportando el dolor. Si permanecía quieto se iba a helar de una vez en el asiento, empezó a gritar a voces, a frotarse las manos. Parecía un loco de remate, pero dos minutos más tarde los dedos pudieron asir el volante.

El coche partió alejándose de Mayway Drive.

Capítulo VI

EMPIRE McKinley oyó el sonido de la puerta del apartamento al cerrarse, y se sentó en la cama, sofocada pero sonriente.

Estaba completamente desnuda, pero sentía el cuerpo calentito y dispuesto a todo. Tal vez por costumbre, subió la ropa de cama hacia el pecho ocultándolo parcialmente.

Oyó los pasos masculinos, y supuso que era él, naturalmente. Solo podía ser él. A fin de cuentas estaba en su apartamento, ¿no? ¡Eso sí que no debía esperárselo Scott Maning! Podía esperarse cualquier cosa menos encontrarse a la doctora McKinley esperándole en su cama, desnudita, calentita y dispuesta a todo.

A todo.

Oyó los pasos de él acercándose al dormitorio, y se imaginó su sorpresa al ver la luz encendida. ¡Anda que cuando la viese en la cama...! Claro, primero se quedaría atónito, sin comprender, pero ella no le diría nada. Dejaría las explicaciones para el día siguiente, después de... Pues eso. Ahora lo que deseaba era gozar viendo la sorpresa en el rostro de él. Y las explicaciones, al día siguiente. Porque ahora, seguro, en cuanto reaccionase de la sorpresa él no le daría tiempo a hablar.

¿Y para qué hablar, realmente? ¿Acaso no estaría todo explicado con su presencia en la cama de él? Claro, él podía preguntarle cómo había entrado. Pues bueno, había entrado con la llave de él, que como todos los solterones solía dejar debajo del felpudo o en el tiesto más cercano a la puerta. En el caso de Scott Maning la llave solía estar en el tiesto del pasillo más cercano a la puerta. Así que ella había llegado, había llamado, y al no recibir respuesta pensó que él se había entretenido por el camino, buscó la llave bajo el felpudo, y luego en el tiesto.

¿Y si no la hubiera encontrado? Pues habría esperado a Scott sentada ante la puerta del apartamento, ¡qué remedio!

Pero, como había encontrado la llave, allá estaba, en la cama de él, comenzando a temblar de impaciencia y emoción. Y de pronto una terrible idea cruzó por la mente de Empire McKinley: ¿y si Scott Maning la rechazaba? ¡Oh, cielos!

Aunque seguramente no, porque era todo un sinvergüenza al que le gustaban demasiado las mujeres. ¡Si debían gustarle que las llevaba a pares a su apartamento! Pero eso se había acabado. Bueno, ella tenía que conseguirlo como fuese, tenía que apartarlo de tanta golfita divertida. ¡Ya basta de espiarlo con el telescopio desde su ventana! A ver: ¿acaso no lo había llamado por lo de Silvan Wallen aprovechando esto como pretexto? Sí, se había apresurado a aprovechar la ocasión, y luego se había comportado como una tonta, cuando ya lo tenía a su alcance.

Cuando él le tocó las rodillas de aquel modo tan confianzudo y simpático, ¿acaso no debió ella de aceptarlo..., y además sonreírle? Y entonces ya se habría puesto todo en marcha. ¡Qué estúpida había sido! Y todavía más estúpida cuando aceptó que él la llevara a un hotel, teniendo al otro lado de la manzana su confortable apartamento.

Pero así son las cosas. Solo cuando, de pronto, se encontró sola en la acera frente al hotel, se dio cuenta de que estaba dispuesta a todo con tal de no alejarse de Scott Maning. Es decir, ya lo barruntaba desde que había empezado a espiarle y a pensar cómo podía hacer contacto con él, pero justo al quedarse allí sola lo admitió de una vez por todas. Así que, ¡al demonio las actitudes de pacotilla! Ni siquiera llegó a entrar en el hotel: llamó un taxi, y se hizo llevar a North West Imperial Terrace, al apartamento de él.

¡Y allí estaba! ¡Y él estaba a punto de entrar en el dormitorio, verla, y...!

Scott Maning apareció en la puerta del dormitorio.

La sofocada sonrisa se congeló en el rostro de Empire McKinley. Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió, sus manos soltaron la ropa de la cama de modo que sus bellísimos senos quedaron totalmente a la vista. Frente a ella, a pocos pasos, Scott Maning la miraba mortecinamente; sus dientes emitieron un chasquido múltiple al entrechocar sus mandíbulas con súbito trémolo.

Empire McKinley reaccionó, dando un brinco en la cama y exclamando:

—¡Scott! Él comenzó a decir algo, pero ella no le entendió. Saltó de la cama y corrió hacia Scott, cuyos dientes volvían a oírse. Tenía el rostro amoratado, los rubios cabellos como paja helada, las ropas retorcidas, arrugadas. Un hálito de frío llegó al desnudo cuerpo de Empire cuando se detuvo ante el abogado, que seguía diciendo algo que no entendía.

—Dios mío... ¿Qué te ha pasado?

—... liente... nera... liente... agaaga...

—¿Qué dices?

—¡Bañera con agua caliente! —aulló Scott, con entrechocar de mandíbulas que pareció un arpegio musical.

—Sí... Sí, en seguida... ¡En seguida!

Sin recordar que estaba desnuda, Empire corrió al cuarto de baño, taponó la bañera, y abrió el grifo del agua caliente. Luego, regresó corriendo al dormitorio. Scott se había sentado en el borde de la cama, y estaba intentando quitarse un zapato. Ella le quitó los dos. Los calcetines estaban helados, y los pies de Scott parecían de hielo.

Tras descalzarlo le ayudó a ponerse a pie, y le quitó el chaquetón. Poco después, Scott Maning estaba completamente desnudo..., y justo en ese momento sonó el teléfono en la sala, en la cocina, y en el supletorio de la mesita de noche.

Tanto Scott como Empire se quedaron mirándolo incrédulamente. Eran cerca de las dos de la madrugada. Scott dijo algo señalando el teléfono. Empire no entendió las palabras, pero sí el gesto, de modo que atendió la llamada.

—¿Diga?

—¿...?

La doctora se irguió, palideciendo, abriendo mucho los ojos. Volvió la cabeza hacia Scott, que la miraba como si sus párpados fuesen de hielo.

—Es para ti —jadeó Empire—. ¡Es él, Scott! ¡Es el profesor Chesterton! ¡Quiere hablar contigo!

El gesto helado de Scott Maning se nubló. Se acercó a la mesita de noche caminando como un zombi, y tomó con las manos el auricular.

—¡Nñññ...! —gruñó.

—Señor Maning: ¿es la doctora McKinley la persona que ha

contestado esta llamada? —chirrió la inconfundible, oxidada voz de Chesterton.

—Gm.

—Lástima no haber sabido esto antes: usted ya no habría regresado a su apartamento. Pero todo se andará. Ahora solo le llamaba para saber cómo le ha sentado el baño y encontrarse con que la calefacción de su coche no funcionaba. Espero que después de esto deje de intervenir usted, señor Maning. ¿Me ha entendido?

Scott Maning aspiró hondo, hizo un esfuerzo, y aulló:

—¡Hijoputaaaa...!

Clic, cortó la comunicación el profesor Chesterton.

Scott dejó caer el auricular, y Empire reaccionó para recogerlo y colgarlo en su sitio. Alargó una mano hacia Scott, diciendo:

—Ven, te acomp...

—¡No me toques!

—Pero Scott...

—¡Estoy helado!

Se dirigió hacia el cuarto de baño y consiguió meterse él solo en la bañera, dándose algunos golpes, mientras Empire hacía gestos para ayudarle, que eran violentamente rechazados. La bañera estaba llena, pero ya se desprendía de ella un considerable calor. Scott Maning comenzó a temblar con ritmo, como siguiendo un compás.

Pasados dos minutos, dijo:

—Destapa la bañera, que se vaya esta agua: ya está fría. Y tráeme la botella de *whisky* del bar.

—¿No sería mejor café?

—¡Tráeme el *whiskyyyyyy*...!

—Sí, sí, ¡ya voy!

Empire regresó a los pocos segundos con la botella de *whisky*, de la que Scott echó un buen trago directamente, estremeciéndose. Empire tapó de nuevo la bañera, que volvió a llenarse de agua caliente. Y entonces se dio cuenta de que por entre la húmeda y ahora humeante cabellera de Scott brotaba la sangre.

—¿Qué te ha ocurrido? —exclamó.

—Me caí en el estanque.

—Scott, ¡tienes sangre en la cabeza!

—Ahí debió golpearme con la barra de hierro o algo parecido.

¡Por mi madre, qué frío tengo!

—¡Te está saliendo mucha sangre!

—Claro: ahora no la tengo congelada... Mira en ese armario, a ver si encuentras gasas y esparadrapo, cosas de esas. ¿Sabrás hacerme una cura de urgencia o prefieres llamar a un médico?

—Me las arreglaré.

—Bueno.

—Pero cuando salgas de la bañera, y estés seco. Ahora déjame ver la herida y limpiarla bien con agua y jabón. ¡Y no bebas más *whisky*, o vas a emborracharte!

—¡Qué sabrás tú de esto! —rezongó Scott, bebiendo otro trago.

—¡No bebas más, Scott!

—¡Que te calles coñ... lines! —bramó el abogado.

—Está bien, allá tú.

—Eso, allá yo —y Scott Maning bebió otro trago.

Quince minutos más tarde, la situación había variado considerablemente. Scott Maning, ya seco, envuelto en una manta, y con un apósito en la herida de la parte posterior de la cabeza, seguía con la botella de *whisky* en la mano, estaba sentado en el borde de la bañera, y de cuando en cuando se estremecía en un cómico trémolo. Casi no quedaba *whisky* en la botella.

Empire apareció en la puerta del cuarto de baño, cubierta ahora con el abrigo de pieles.

—Ya está puesta la manta eléctrica —dijo—. La cama va a parecer un horno, Scott.

Este asintió, complacido, y miró con expresión más bien turbia a la bella doctora.

—¿Y se puede saber qué hacías tú en mi apartamento? —gruñó.

—Me pareció mejor que un hotel.

—Ah. Pero estabas desnuda, ¿no?

—Sí.

—Ah. Y en mi cama, ¿eh?

—Si, en tu cama.

—Ah. ¿Debo entender lo que entiendo o se trata de alguna exótica virguería por tu parte?

—Será mejor que te acuestes —rio Empire, sofocada—. ¡Estás borracho, Scott!

—¿Borracho yo? ¡Está sí que es buena!

Se puso en pie..., y en el acto le pareció que el piso era la cubierta de un barco en la tormenta. Tendió los brazos hacia delante en el acto con gesto desesperado. Empire le quitó la botella, la dejó en el borde de la bañera, y se metió bajo uno de los brazos de Scott.

—Te llevaré a la cama —dijo.

—Es... tu... pendo ¡El mundo al revés! ¡En lugar de llevarte yo a ti a la cama me llevas tú a mí! ¡Hurra! ¡Viva yo! ¡Y viva la madre que me parió!

Empire movió la cabeza, y sacó como pudo a Scott del cuarto de baño. Consiguió llevarlo a trompezones hasta el dormitorio, lo colocó junto a la cama, y dijo:

—Despréndete de la manta y acuéstate. Pronto estarás bien del todo.

—Ya lo creo que voy a estar bien —masculó el abogado Maning—. ¡Los dos vamos a estar de rechupete dentro de unos minutos, porque te voy a meter más polvos que a un desierto!

Empire hizo un gesto de resignación, y le quitó la manta a Scott, que tras lanzar unos cuantos manotazos al vacío, ordenó:

—¡Venga, ahora quítate tú el abrigo!

—Oh, Scott, por favor, pero si no podrías ni...

—¡Que te lo quites, que es uno de mis sueños hermosos! ¡Y vas a ver lo que te espera...! ¡Que te lo quites!

—Está bien —suspiró Empire.

Se quitó el abrigo. Debajo, como ya sabía Scott, no llevaba nada. Se quedó mirando con los ojos muy abiertos el espléndido cuerpo terso, tenso, sedoso, tibio... Miró luego los resplandecientes ojos de la doctora McKinley, y dijo:

—Te..., te voy a... te voy...

Cerró los ojos, terminó de tartamudear, y quedó inmóvil. Empire le puso un dedo en el pecho, lo empujó, y el gigantesco Scott Maning cayó de espaldas cruzado sobre la cama. Empire se las arregló para colocarlo adecuadamente, lo cubrió con la ropa y la manta eléctrica, y se quedó mirándolo.

El abogado Maning emitió un ronquido mientras todo su cuerpo se estremecía de pies a cabeza en un largo escalofrío.

—¿Y esto que es? —gruñó.

—Café —sonrió Empire, cubierta con el abrigo de pieles—, pero si quieres te traigo *whisky*.

—¡Muy graciosa! ¿Qué pasó anoche?

—¿De verdad quieres que te lo diga?

Scott reflexionó unos segundos antes de mover negativamente la cabeza.

—Mejor que no. Si no recuerdo mal me emborraché como un cerdo, y supongo que luego me perdí la oportunidad de mi vida. ¡Qué calor hace aquí...! ¿Cómo puedes estar con el abrigo puesto?

—No tengo tanto calor como tú, porque yo no estoy bajo la manta eléctrica, pero si realmente lo deseas me quitaré el abrigo.

—¿Dónde has dormido?

—¡Vaya pregunta! ¡En la cama, naturalmente!

—¿Conmigo?

—Con lo que quedaba de ti —rio Empire—. ¿Cómo está tu cabeza? ¿Te duele?

Scott la sacudió como si fuese un sonajero.

—No. Noto el dolor en la herida, pero no me duele por dentro, que es lo que más me fastidia. Debo tener un buen ojal.

—Y una inflamación tremenda. Quizá sería conveniente que te viera un médico. Desde luego, no podrás llevar sombrero en bastantes días.

—Bueno, me compraré uno de esos gorros de piel tipo bolchevique, ya sabes, de esos que llevan los rusos de las películas: siempre me han hecho ilusión.

—¿Y por qué no te has comprado uno?

—Es que nunca llevo nada en la cabeza. Ni sombrero... ¿Verdad que estás preparando un desayuno formidable?

—Sí.

—Vaya... De modo que eres una chica hasta que sabe cocinar... ¡Qué maravilla!

—No es tan difícil preparar un desayuno. En cualquier caso, estoy segura de que ninguna de tus amiguitas sabría hacerlo mejor que yo.

—¿Es un desafío?

—Sí.

—Bueno, se lo diré a ellas. Así que te dedicabas a espiarme.

—Sí. ¡Dios mío, nunca he visto a nadie más mujeriego que tú, Scott!

—No lo sabes bien. ¿De modo que hemos dormido juntos?

—Dormido, sí.

—Ya. ¿Y por qué me espiabas?

—Estaba loca por ti, y me comía la rabia y los celos.

—Mala cosa, los celos. Tengo hambre.

—El desayuno estará listo en cinco minutos. Scott: ¿qué pasó?

Scott Maning se quedó mirando la taza de café con la que calentaba sus manos. Luego, bebió un sorbo. Y acto seguido procedió a explicar a la doctora McKinley lo que sucedió en la casa de los Davis. Cuando terminó, Empire le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres decir que él sabía que irías a tu coche, y que estropeó la calefacción a propósito?

—Por supuesto, bien claro lo dijo cuándo me llamó aquí. Y otra cosa quedó bien clara: el profesor Chesterton se interesa por ti.

—¡Pero si no me conoce!

—No le conoces tú a él, qué no es lo mismo. Él sí te conoce, y evidentemente si hubiera sospechado que estabas esperando aquí me habría matado. Pero como no sabía eso todo lo que hizo fue divertirse conmigo. Claro está, si me hubiera muerto de frío en el estanque le habría dado lo mismo, pero sabía que podía recuperarme. Y para acabar de fastidiarme, estropeó la calefacción de mi coche. Lo que no entiendo... Bien, ¿qué ha hecho con los Davis y con el criado, el tal Henry?

—Lo mismo que con el señor Wallen, ¿no?

—Muy bien, ¿y qué ha hecho con el señor Wallen?

—No lo sé. Pero esto ya se está complicando demasiado... ¿Vas a avisar a la policía?

Scott le dirigió una mirada casi siniestra.

—No.

—¿No? ¡Pero si ayer decías...!

—Ayer no me había dado un baño, en un estanque, ni un chiflado me había estado tomando el pelo en una casa a oscuras y sin teléfono. No lo interpretes en plan fanfarrón, nena, pero conmigo no juega nadie.

—¿Qué piensas hacer?

—Desayunar.

—¿Y luego?

De nuevo quedó reflexivo Scott Maning durante varios segundos, antes de murmurar:

—Tampoco se trata de que quiera dárme las de héroe ni pasarme de la raya; simplemente, antes de llamar a la policía quiero asegurarme de algunas cosas. Por ejemplo, quiero asegurarme de que Silvan Wallen no aparece por parte alguna, ni tampoco los Davis, ni su criado... ¡Los criados! ¡Los habíamos olvidado por completo! Me refiero a las dos criadas de la casa de los Davis: ayer tenían el día libre, pero esta mañana habrán vuelto a la casa, o estarán a punto de volver... ¡Y cuando vean lo que hay allí avisarán a la policía!

—Tal vez sea lo mejor, Scott. Y creo que deberíamos decirles todo lo que sabemos.

—Quizá lo haga —asintió Maning—. Pero antes vamos a dedicarnos tú y yo a una cosa que ya debimos hacer ayer.

—¿Crees que estás en condiciones... y que es el momento? —se sofocó deliciosamente Empire.

—Ya lo creó que sí. ¡Tráeme el listín telefónico!

—¿Para qué lo necesitas? —se pasmó la doctora.

—Para peinarme, si te parece. Oye, ¿qué has pensado?

—Pues... Bueno, como anoche no... ¿Qué has pensado tú?

—Yo, buscar en el listín los nombres de las cinco chicas «muertas» y del tipo también «muerto» que mencionó Wallen. Y si realmente ninguna de esas seis personas contesta al teléfono me parece que sí será conveniente avisar a la policía. Eso he pensado. ¿Y tú?

—Oh, lo mismo, lo mismo —replicó desabridamente Empire, alejándose acto seguido hacia la cocina.

Hora y media más tarde, es decir, casi a las once de la mañana, la situación estaba del siguiente modo: habían localizado los teléfonos de cuatro de las chicas y del tal Walter Morton, y ninguno de los cinco localizados contestaba a las repetidas llamadas. La chica no localizada era Norah Evans, que quizá era la única que no tenía teléfono o bien estaba a nombre de sus padres; pero había demasiados Evans en el listín para ir llamando uno por uno preguntando por Norah, así que desistieron de localizarla.

Lo «vivos» de la lista eran cuatro hombres: Dan Buchanan, Edgard Brooks, Jefferson Howels y Albert Fisker. El procedimiento seguido con ellos una vez localizados sus números de teléfono y, consecuentemente, en el mismo listín, la dirección, fue el siguiente: Empire llamaba, pedía por el de turno, y cuando lo tenía al aparato insistía:

—¿Señor Buchanan?

—Sí, sí, diga.

—¿Señor Daniel Buchanan?

—Que sí. Diga. ¿Quién es usted?

Entonces, Empire colgaba. Por este procedimiento supieron que los cuatro hombres arriba mencionados estaban vivos y, por el momento, en sus domicilios.

Quedaban, finalmente, los Davis. Cuando llamaron a la quinta de estos el teléfono, simplemente, no sonó. Es decir, que la línea continuaba cortada.

—Tenemos, pues, un montón de alternativas —murmuró Scott—. La primera de ellas, por supuesto la más razonable y la más cómoda, es llamar a la policía. Las demás, implican una investigación en los domicilios de los «muertos» o en acercarnos a los «vivos» a ver qué dicen. Pero, sobre todo, hay algo, que me gustaría mucho muchísimo: encontrar personalmente al doctor Chesterton, o profesor, lo que sea.

—Ya lo hemos buscado en el listín y no hay ningún profesor Chesterton. Es más, no hay ningún Jebediah Chesterton. Pero eso no significa nada: ese hombre puede estar en Portland ocasionalmente.

—Tal vez. Pero se me está ocurriendo que si encontrásemos la clínica de reposo donde estuvo Silvan Wallen encontraríamos al profesor Chesterton.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso? —se sorprendió Empire.

—Pues del mismo modo que se me ocurren otras cosas: pensando. Bien, debemos decidirnos de una vez por todas. Y te diré lo que creo que debemos hacer... Mientras tú intentas localizar esa clínica de reposo y al profesor Chesterton, yo intentaré conversar con los cuatro «vivos», uno a uno. A las cinco de la tarde nos encontraremos en el centro, por ejemplo en la entrada a la biblioteca pública, y, según lo que hayamos conseguido tomamos

una u otra decisión final. ¿Qué te parece?

—No me hace mucha gracia ir sola por ahí interesándome por el profesor Chesterton, pero está bien, lo haremos así. ¿Te vas a comprar el gorro de bolchevique?

—Claro que no.

—Es que se te nota bastante la hinchazón, y además, claro, se ve el apósito muchísimo.

—Pues tendré que comprarme el gorro —gruñó el abogado Maning.

Capítulo VII

LE molestaba el gorro, y estuvo tentado de quitárselo cuando le abrió la puerta la hermosa muchacha morena de grandes ojos oscuros, pero le pareció que la chica era demasiado simpática para fijarse en tan tontos detalles.

—¿Sí? —le sonrió.

Estaba en bata, desgañada y tremenda. Tenía un tamaño pectoral digno de un museo. Estaba de muerte, vamos. Scott no miró de nuevo el número de la casa porque se había asegurado bien: Edgard Brooks vivía allí, en el 128 de Marine Drive, acerca de Delta Park, en un bonito chalé rodeado de jardín. De todos modos, no debía haberle costado demasiado, porque estaba cerca del aeropuerto de Portland, y los aviones debían pasar por encima de su cabeza cada pocos minutos.

—Buenos días —sonrió también Scott—. ¿Sería posible que el señor Brooks me recibiera?

—¿Ahora?

—Nunca mejor —amplió su sonrisa de seductor Scott Maning.

—Es que está en la cama.

—¿Está enfermo?

La muchacha le miró atónita; de pronto, se echó a reír.

—¡No precisamente! —exclamó—. ¡Está conmigo!

—Entonces no puede estar enfermo. Es más: yo diría que si el señor Brooks se hubiera muerto resucitaría al ponerlo en la misma cama que usted.

—¡Pase! —rio de mejor gana todavía la tremenda morena—. ¡Convenceré a Ed para que reciba a un muchacho tan simpático como usted! Pero no me lo entretenga demasiado: es que todavía nos dura la luna de miel, ¿comprende?

Scott dejó seria y quieta la mirada sobre la muchacha.

—¿Es usted la señora Brooks? —murmuró.

—Claro —mostró ella el anillo, riendo—. ¿Qué había creído?

—Bueno —recuperó hipócritamente la sonrisa Scott—, pensé que el señor Brooks podía ser tan sinvergüenza como yo, que me llevo las chicas a la cama sin casarme antes con ellas.

—Ya veo que todos son iguales —rio de nuevo la señora Brooks—. ¡Pero tarde o temprano todos caen en la misma trampa del matrimonio!

—Con chicas como usted eso tiene sentido. Dígame una cosa: ¿su marido es celoso?

—Lo razonable. ¿Por qué?

—Porque si seguimos aquí de palique puede molestarse y venir a por mí dispuesto a interrumpir tan agradables relaciones.

—No se preocupe, no tenemos armas en casa. ¡Usted es simpático! Oiga, no habrá venido a vender nada a Ed, supongo.

—Le aseguro que no.

—De acuerdo, entonces. Bien, ¿a quién anuncio?

—Creo que el anuncio más adecuado para usted sería el del jabón que usan nueve de cada diez estrellas. En la bañera debe estar usted maravillosa, señora Brooks.

Tal vez Scott fuese simpático, pero quien sí lo era sin lugar a la menor duda era la señora Brooks, que no cesaba de reír. Scott pensó que estar en la cama con semejante criatura debía ser más estimulante que el elixir de la eterna juventud.

—¡Lo anunciaré cuando sea estrella de cine! —exclamó la joven—. En serio ahora: ¿quién es usted? ¿Algún amigo de Ed?

—No me conoce —negó con la cabeza Scott—. Dígame que está aquí Scott Maning, abogado. Vengo a demandarlo de parte del resto de la humanidad por llevarse la mejor chica del mundo.

La señora Brooks sonrió, pero mirando con cierta preocupación al abogado.

—¿Es por algo serio? —murmuró.

—¿Le parece a usted que un tipo como yo puede hacer algo serio?

—Ya lo creo que sí. No hay más que mirarle detenidamente a los ojos, señor Maning.

—No se lo aconsejo. ¿Y si la hipnotizo y...?

—¿Qué demonios pasa aquí? —se oyó farfullante la voz—. ¿A qué viene tanto parloteo? ¿Quién es ese tipo?

Los dos estaban mirando ya a Edgar Brooks, que había aparecido en el vestíbulo arrastrando unas zapatillas y terminando de anudarse el cordón de la bata. Tenía la cabellera revuelta y estaba sin afeitarse, pero era un hombre de gran atractivo, de mirada directa.

—Se llama Scott Maning y es abogado —dijo la señora Brooks—. Tiene algo urgente que tratar contigo, cariño.

—Muy bien —asintió plácidamente Brooks—. Y ya que el señor Maning nos ha sacado de la cama, ¿qué te parece si nos pusiéramos en marcha en el día de hoy? ¡No solo de amor vive el hombre!

—Pues es una lástima —dijo Scott.

—Es simpático, de veras —sonrió la señora Brooks—. Bueno, voy a preparar algo para almorzar. Ha sido un placer conocerle, señor Maning.

—Yo he tenido más placer que usted.

—Pues mejor para usted. Adiós.

—Adiós, señora Brooks. Que la luna de miel le sea eterna.

Todavía rio ella otra vez antes de dejarlos solos. Edgar Brooks contemplaba con gesto afable, pero al mismo tiempo penetrante, curioso, a su visitante. Con una seña, lo encaminó hacia la salita, donde entraron los dos. Brooks encendió un cigarrillo, se pasó las manos por el cabello, y suspiró.

—Usted dirá, señor Maning.

—¿Conoce usted a Silvan Wallen?

—Desde luego. Es un buen amigo.

—¿Y a Walter Morton?

—También. Otro buen amigo, aunque Walter es más... estirado. Pero un gran muchacho.

—Seguramente conoce también a la novia de Morton, la señorita Anne Masterson.

—Por supuesto —Brooks parpadeaba rápidamente—. Oiga, ¿qué es lo que pasa?

—¿Conoce usted también a Sheila Gannet, Dan Buchanan, Rachel Larson, Norah Evans, Lilliam Kendall, Caroline y Barry Davis, Jefferson Howels y Albert Finsker?

—Sí; sí —estaba ya visiblemente inquieto Brooks—. ¿Qué ocurre?

—Bueno, señor Brooks, usted ya sabe.

—¿Yo? No sé nada. Ni siquiera le entiendo. ¿A qué viene esto?

—Usted ya sabe. Me refiero a lo de ayer tarde con todo aquel grupo que he mencionado.

—¿Lo de ayer tarde? No sé de qué me habla: hace días que no veo a los amigos que me ha mencionado.

—¿No estuvo ayer tarde con ellos?

—Ya le he dicho que no.

—¿Estuvo aquí, con su esposa?

—Oiga, me está usted fastidiando y preocupando, señor Maning. Y me pregunto si tiene derecho a meterse en mi casa para hacerme preguntas... Y otra cosa —entornó los párpados—: ¿no tendrá usted algo que ver con cierta llamada telefónica de antes preguntando por mí?

—¿Estuvo usted aquí toda la tarde de ayer, señor Brooks?

—No. Tuve que salir unas tres horas, para hacer algunas diligencias pendientes. Hace poco más de un mes me casé, he estado fuera, y al regresar hace una semana me encontré trabajo acumulado. Sin embargo, no resulta fácil desistir de la luna de miel con Candy, así que salgo por las tardes para hacer lo que puedo. A fin de cuentas, soy el dueño del negocio, ¿comprende?

—Comprendo. Lo que no comprendo es que usted niegue haber estado ayer tarde en la casa de los Davis con las demás personas que he mencionado.

—Bueno, si no lo comprende lo siento por usted, pero no se lo puedo decir más claramente.

—¿Su esposa le acompañó al trabajo?

—¿Ayer tarde? Claro que no. Se quedó en casa poniendo un poco de orden.

—Durante esas tres horas... ¿estuvo usted con alguien?

—No. Estuve solo, revolviendo asuntos y firmando pápeles.

—¿Alguno de sus asuntos le relaciona con el profesor Chesterton?

—No conozco a ese profesor.

—¡Vamos, señor Brooks...!

—Escuche usted —comenzó a mosquearse Edgard Brooks, cuyo buen carácter era más que evidente—: ya me estoy hartando, ¿sabe? Y le voy a decir una cosa, amiguito: por muy abogado que sea usted no voy a contestarle ninguna pregunta más. Incluso voy a llamar a mi abogado para que venga aquí a entendérselas con usted. No sé

qué demonios pretende, pero sea lo que sea tendrá que vérselas con mi abogado. ¿Ha comprendido esto?

—Comprendo su reacción, señor Brooks, pero alguien me dijo que ayer por la tarde usted estuvo con las personas que he mencionado en casa de los Davis, y participando en una orgía sexual tras ingerir un nuevo afrodisíaco inventado por el profesor Chesterton.

—Atiza —se pasmó Brooks—. ¡Ha entrado un loco en mi casa!

—¿No estuvo usted allí, señor Brooks?

—Ni voy a molestarle en contestarle. Créame, amigo, usted está como una cabra. Y aunque parece tan fuerte como yo será mejor que se largue si no quiere que los dos nos compliquemos la vida. Venga, venga, largo de aquí, chiflado.

Agarró a Scott de un brazo y lo sacó de nuevo al recibidor, sin que el abogado opusiera resistencia alguna. Brooks abrió la puerta de la casa, y señaló hacia el exterior con gesto teatral pero resuelto.

—Largo de aquí —exigió.

—¿De modo que no estuvo usted allí?

—Escuche, si usted no fuera ciego o tonto ya habría llegado a la conclusión de que teniendo una mujer como la mía no necesito más, al menos por el momento. Pero ¡maldita sea!, ¿de dónde ha sacado usted esa historia?

—Adiós, señor Brooks.

—No crea que esto va a quedar así. Mi abogado se las entenderá con usted.

—Salude a su esposa —sonrió Scott—. Y dígame que ella y su marido me caen muy bien. Adiós.

Se alejó, dejando desconcertado y cavilante a Edgard Brooks, que finalmente cerró la puerta, cuando ya Scott se metía en su coche. Sentado ante el volante y pensando que todo aquel asunto carecía de pies y cabeza.

Al menos, aparentemente.

Pero, en alguna parte, debían estar los pies y la cabeza, en alguna parte debían estar ocurriendo cosas con sentido que aclarasen finalmente lo que estaba sucediendo...

Por fin, en alguna parte de la impenetrable oscuridad que los rodeaba, oyeron un sonido ajeno a ellos mismos.

Hacía horas y horas que estaban inmersos en la oscuridad y el miedo. Sabían que estaban en una habitación no demasiado grande cuya puerta y ventanas debían estar herméticamente cerradas. Sabían que él estaba atado a una cama y ella a otra, muy cerca. Una habitación con dos camas, la oscuridad, el silencio. Y todo ello desde hacía horas y horas... ¿O días?

—¿Has oído eso? —susurró Barry Davis.

—Sí,—susurró su esposa Caroline desde la cama contigua.

Ambos contuvieron la respiración, para no estorbarse a sí mismos en la percepción de nuevos sonidos que les sirvieran de revelación respecto al lugar, a su situación, a los acontecimientos que no comprendían... Pero que, de un modo u otro, relacionaban con la visita del abogado Maning y la doctora McKinley. Intuían la relación, pero no entendían nada, no comprendían nada.

La noche anterior, después que se fueron Maning y la doctora McKinley, ellos habían regresado al lecho, y, ya satisfechos por sus expansiones amorosas de antes, y cansados, decidieron dormir... Caroline no recordaba nada más al respecto, salvo que cuando despertó ya estaba en este lugar oscuro y atada a una cama. Barry sí tenía otros recuerdos. Y dolorosos; en determinado momento había oído un ruido, cuando ya casi estaba dormido, y había abierto los ojos. La luz estaba apagada, pero llegaba el resplandor de Mayway Drive desde las ventanas. A ese resplandor, le pareció ver una figura humana que se movía junto a Caroline, al otro lado de la cama.

El sobresalto fue tremendo..., pero ya no tuvo tiempo de nada más.

La figura humana que estaba junto a Caroline se abalanzó sobre él; oyó como un rugido, luego sintió el golpe en la cabeza, sintió el terrible dolor..., y ya nada más, hasta el despertar en la oscuridad, en alguna parte de la cual comenzó al poco de oír otra respiración, muy cerca. Respiración que había resultado ser la de Caroline, y ambos se habían identificado muy pronto el uno al otro.

Pero de eso hacía tiempo y tiempo y tiempo... O se lo parecía a ellos.

Y por fin, en aquella oscuridad habían oído algo, un sonido que no procedía de ellos, un sonido indefinible.

Aunque tal vez se habían equivocado, porque por más que aguzaron el oído no volvieron a oírlo. De nuevo el silencio total. De nuevo aquella oscuridad total, aquel miedo. Barry Davis estaba en pijama todavía, y su esposa en camisa. Casi tenían frío. Solo casi, porque aunque a baja temperatura había calefacción en aquel lugar.

—Ya no se oye nada —dijo Caroline.

—No...

Se habían explicado uno al otro lo que sabían de lo sucedido. Es decir, nada Caroline, y la existencia o presencia de aquella figura humana en su dormitorio Barry. Habían hecho cábalas. Habían hablado de miedos y esperanzas, Y sobre todo, se habían mostrado de acuerdo en que no entendían nada de nada ninguno de los dos.

—Creo que he vuelto a oírlo —dijo Caroline.

—No... No se oye nada.

—Creo que sí.

Barry Davis no dijo nada más. Él no oía nada. Y creía que Caroline hablaba por hablar, por oír su propia voz y la de él, para romper aquel silencio que parecía hecho como de piedra húmeda. No podía censurar a su esposa que tuviera miedo cuando él también lo tenía. Presentía algo malo, algo horrible.

—Ya vuelvo a oírlo —insistió Caroline.

—Esta vez era cierto; Barry también lo había oído. Era un ruido como deslizante. Sí, algo que se arrastraba brevemente. Un sonido deslizante y rítmico que se iba acercando. Podía ser de los pies de alguien que caminase con dificultad, arrastrándolos. Sí, podían ser pasos.

Pasos que se detuvieron en alguna parte. Luego, el sonido ambiente de la habitación cambió, el silencio fue de otro modo, y comprendieron que la puerta había sido abierta. La oyeron cerrarse, y el ambiente al que estaban acostumbrándose regresó.

Ahora oyeron con mucha más claridad los pasos deslizantes. No podía ser otra cosa: pasos de una persona.

Los oyeron detenerse entre las dos camas, a los pies de estas. El silencio de nuevo. Hasta que ambos comenzaron a oír la poderosa y lenta respiración del ser que tenían tan cerca en la oscuridad. Era una respiración como de gran fuelle, poderosa, un poco silbante. Como un jadeo caliente.

Barry tragó saliva, y murmuró.

—¿Quién hay ahí? Sea quien sea, le pagaremos lo que nos pida... Por favor, terminemos con esto, mi esposa está muy asustada...

Oyeron una risa baja, gutural, extraña, inquietante. Barry Davis tuvo la certidumbre de que no se trataba de un rapto vulgar, de que había algo tan siniestro en todo aquello que jamás lograría entenderlo. Pero sí entendía que no podía perder la serenidad, o entonces no tendrían la menor oportunidad de salir con bien de la situación.

—Escuche —insistió con voz aguda—, tenemos bastante dinero, así que podremos entendernos. Solo díganos qué quiere, y se lo daremos.

De nuevo oyeron la risa. Caroline sentía estremecimientos de puro terror oyendo aquella respiración, que ahora estaba desplazándose, estaba acercándose a ella por un lado de la cama. Contuvo la suya..., pero lanzó un grito incontenible cuando notó una mano en su cara.

—¡Caroline! —gritó Barry—. ¡Caroline!, ¿qué te pasa?

—¡Me está tocando, me está tocando...! —chilló Caroline con principios de histeria.

—¡Déjela! —gritó también Barry—. ¡Deje a mi esposa, ya le he dicho que le daremos lo que nos pida! Caroline..., Caroline, ¿estás bien?

Barry no recibió respuesta. Se tensó, dio tirones a las cuerdas, pero estas eran delgadas y fortísimas, de nylon; sabía que nunca podría romperlas con su simple esfuerzo humano.

—¿Caroline? —insistió Barry.

Oyó de nuevo la risa gutural. Luego, lo que le pareció un gemido de Caroline, y enseguida su voz, muy tenue, como confidencial para alguien que tenía muy cerca.

—No, por favor —gemía—. No me haga eso, no... No, por favor...

—¡Caroline! —aulló Barry, dando nuevos tirones que tuvieron como consecuencia la laceración de la carne de sus brazos y piernas.

Caroline lanzó un grito agudísimo de definitiva histeria. Comenzó a suplicar que no le hiciera aquello, aquello no, por favor, por favor, no me haga eso, no, no, no, por favor, no... Su voz tenía

trémolos de espanto, de histeria, de horror.

Barry dejó de dar tirones, y escuchó cuando, de pronto, se hizo de nuevo el silencio. Escuchó por si oía algo, porque no había nada concreto que escuchar ahora. Estaba sudando y al mismo tiempo sentía frío. El frío de los estremecimientos que sacudían su cuerpo. Oyó el rasgar de la ropa, y el gemido de su mujer, ahogado, contenido. Luego, oyó el susurro de su voz. Caroline estaba conversando en voz bajísima con alguien. Barry oía su voz como si fuesen sonidos de cristal. No entendía las palabras, solo oía la voz susurrante de su esposa, tan confidencial, tan recogida, tan íntima.

—Caroline —jadeó—: ¿qué..., qué estáis hablando?

Hubo un breve silencio. Luego, la risita aquella que ponía los pelos de punta. Y acto seguido, de nuevo la voz de Caroline, siempre en susurros de cristal. Parecía que le decía a quien fuese cosas de las que no quería que se enterase su marido.

—Caroline, ¿qué estás diciendo?

Le pareció que su mujer ahogaba un grito, y luego oyó perfectamente unos sollozos contenidos, y de nuevo las súplicas:

—No, por favor, eso no... Eso no, no, no...

Barry Davis lanzó un fortísimo aullido, y de nuevo comenzó a dar tirones de las cuerdas, sintiendo cómo su carne se abría, cómo la sangre se deslizaba por sus brazos y piernas. Estaba anegado en sudor y sangre, pero seguía dando tirones, hasta que el dolor fue tal que no pudo soportarlo, y entonces se quedó inmóvil, jadeante, desorbitados los ojos perdidos en la oscuridad.

Estuvo así casi un minuto oyendo solamente su jadeo. Lo contuvo de pronto, para escuchar los sonidos de la cama vecina, y otra vez oyó la voz susurrante de Caroline, confidencial, íntima, privadísima. La oyó suspirar fuertemente, y, de pronto, ella lanzó un alarido que pareció de cristal rompiéndose en mil pedazos.

—¡Caroline! —vociferó descompuesto Barry—, ¡Caroline, Caroline...!

Ahora no se oía nada en la cama contigua... Pero sí, sí se oía algo, era como... un movimiento rítmico y continuado, energético, poderoso; Y un resuello fuerte, vigoroso. Todos los músculos de Barry Davis se tensaron al comprender lo que significaba aquel ruido, aquel ritmo, aquel resuello fuerte, vigoroso. Cerró los ojos. Le latía todo el cuerpo con violencia terrible, le dolía la cabeza, sentía

estremecimientos gélidos... Y Caroline ya no protestaba, ya no decía nada, ni siquiera gemía mientras la estaba... ¡Oh, Dios!

Y de pronto, de nuevo, aquel alarido de insoportable sufrimiento.

Barry Davis no pudo soportarlo más: su tensión era tal que, de repente, tuvo la sensación de que se partía en mil pedazos y que dejaba de existir.

Capítulo VIII

TAL como habían convenido, a las cinco Empire y. Scott se encontraron frente a la biblioteca pública, en la S. W. Yamhill Street. Ella estaba esperando, y en cuanto Scott llegó lo vio y acudió enseguida, metiéndose en el coche.

Se quedaron mirándose, hasta que de pronto Scott sonrió y le dio unas palmaditas en las rodillas.

—¿Qué tal, doctora McKinley? —se interesó.

—Muy bien —sonrió luminosamente Empire—. ¿Y usted, abogado Maning?

—Espléndidamente, gracias. Observo que es usted de las que aprenden rápidamente las lecciones.

—Las que me convienen, sí —Empire se abrazó a él y lo besó en los labios—... Espero que esta noche no te emborraches.

Scott estuvo unos segundos mirando fijamente los hermosos ojos femeninos; despacio, introdujo la mano izquierda bajo el abrigo de pieles, la pasó por la cintura de Empire, y la atrajo más, para, acto seguido, subir la mano y deslizarla sobre los senos de la doctora por encima del jersey, pero en franca y sensual caricia.

Ella, que también le miraba a los ojos, sonrió maliciosamente.

—Si estás poniéndome a prueba a ver si me escandalizo y te digo alguna cosa desagradable sobre tus manos, pues no. Es más, me gusta lo que estás haciendo.

—Entonces estamos perdidos —sonrió Scott.

—Yo más bien diría que nos hemos encontrado.

—Perdone: ¿es usted la doctora McKinley de ayer?

Empire volvió a besarle en la boca, y dijo:

—He estado ocupadísima, pero he conseguido varias cosas. Bueno, he contratado una agencia que ha enviado a alguien a limpiar y ordenar mi apartamento, he sabido dónde vive Silvan Wallen..., y he sabido en qué clínica de reposo estuvo.

—Buen trabajo —aprobó Scott—. Yo también he aprovechado bien el día. Y me temo que...

—¿Por qué dejas de acariciarme? —protestó Empire.

—Vamos, nena, ha sido una broma, una... prueba, como tú bien has dicho —masculló Scott, terminando de retirar la mano, que ella había tratado de retener—. Por lo demás, está muy feo hacer cosas así en público.

—No estamos en público, estamos dentro de un coche.

—Pero nos ven.

—No me importa. Yo puedo hacer lo que haga cualquiera de tus amiguitas, y ser tan desvergonzada como ellas.

—¡Lo dudo! —se echó a reír Scott de buena gana—. Pero ya solucionaremos esa cuestión en otro momento. Ahora vamos a ir a casa de los Davis, a ver cómo están las cosas allí. Me temo que tu cliente te mintió, cariño.

—¿El señor Wallen? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Esa es una buena pregunta —masculló Scott, poniendo el coche en marcha—. Bueno, lo cierto es que he visitado a Brooks, Buchanan; Howels y Fisker, y los cuatro han negado haber estado ayer tarde en casa de los Davis con el grupo. Nada de orgías, nada de conocer al profesor Chesterton..., nada de nada. El más tratable ha sido Brooks. Fisker incluso quería partirme la cara. Les he preguntado: bueno, ¿entonces dónde están sus amigas Sheila, Norah, Anne, Lilliam y Rachel, que no contestan a mis llamadas telefónicas? ¡Y Fisker fue el que me dio la respuesta más contundente!, donde les dé la gana estar, tío entrometido; ¿a usted qué le importa? Bueno, me parece que aunque Brooks es muy educado y hasta amable me va a enviar a su abogado para qué le dé algunas explicaciones satisfactorias:

—Pero entre colegas os entenderéis bien, ¿no?

—Hum. Ya veremos. Empire, esto no tiene sentido..., a menos que Silvan Wallen te mintiera a ti, que se lo inventara todo. Y por otra parte, está lo de las manchas de sangre en tu apartamento y en casa de los Davis, y la desaparición de estos y su criado y de Silvan Wallen.

—Es posible que el señor Wallen me mintiera —murmuró Empire—, ¿cómo podría saberlo? Pero se me hace muy difícil imaginar que se inventara semejante historia. En cambio, tiene

sentido que las personas que has visitado nieguen haber tomado parte en una orgía a la que una droga afrodisíaca nueva puso un final espantoso.

—Yo no creo que haya mentido.

—Pues a mí tampoco me pareció qué me mintiera el señor Wallen. Y el hecho cierto es que las personas que el señor Wallen dijo haber encontrado muertas a cuchilladas, al parecer por él mismo, no aparecen en parte alguna. Y ya me explicarás qué interés podía sentir el señor Wallen por venir a declararse autor de seis muertes.

—Sí, es cierto —masculló de nuevo Scott—. En fin, nos queda ese profesor Chesterton que no aparece por parte alguna. Tal vez lo encontremos en esa clínica donde estuvo Wallen una temporada. ¿Qué clínica es esa?

—Su nombre es, Center Sun. Parece que es un lugar muy agradable, al Norte de Vancouver, cerca de Walnut Grove.

—Por un momento he creído que te referías a la Vancouver de Canadá.

—No. Me refiero a la Vancouver que tenemos frente a Portland, Oregón, al otro lado del Columbia River, a un tiro de piedra de aquí.

—Ya. Bueno, ¿llamaste preguntando por el profesor Chesterton?

—No, no. Me pareció mejor esperar a cambiar impresiones contigo.

—Buena idea. Hay una cosa que me tiene preocupado, Empire, y es lo que finalmente me impulsa a contárselo todo a la policía. Fíjate bien que después de las seis muertes de que te habló Silvan Wallen los Davis desaparecieron. Así que me he preguntado si no les irá a ocurrir algo también a los demás que hemos localizado.

—¿Y quieres avisar a la policía para que los proteja?

—Bueno, más o menos. Creo que debo hacerlo, ¿no?

—Tal vez sí —asintió Empire McKinley—, pero a fin de cuentas no sabemos qué es lo que ocurrió realmente con los Davis.

* * *

Barry Davis parpadeó, protegiendo sus pupilas de la luz. Estuvo así tres o cuatro segundos hasta que, de pronto, cayó en la cuenta de lo

insólito que era aquello: ¡había luz! ¡En aquel lugar oscuro y silencioso donde habían sido encerrados Caroline y él había luz...!

¡Caroline!

El recuerdo de sus vivencias anteriores le hizo respingar fuertemente, mientras volvía la cabeza hacia el lado donde estaba la otra cama, la que ocupaba Caroline, mientras temía las miles de cosas que hubieran podido ocurrir durante el tiempo, el breve tiempo, que él había estado inconsciente.

Y, ciertamente, habían ocurrido cosas.

Caroline estaba allí, en la cama, a menos de un metro de la suya.

La vio como rebozada en sangre y en los harapos sangrientos en que había quedado convertida su camisita de dormir. Tenía los ojos abiertos, casi fuera de las órbitas, y en su rostro hermoso había una expresión de espantoso sufrimiento que había quedado grabada para siempre, como sobre cera. Había angustia en la expresión de Caroline, había tal horror en el cuadro que ofrecía su sangrienta desnudez, que durante unos segundos Barry Davis no acertó a reaccionar en modo alguno.

Como alelado, contemplaba el lívido cadáver de su esposa, cuyos destrozos abdominales veía ahora sin creer, sin comprender. Oía, pero como algo ajeno a él y a ella, la voz de Caroline diciendo: «no, eso no, por favor», y sus susurros confidenciales con el ser de la respiración siniestra; susurros confidenciales que parecían contener ultraje hacia el cercano marido, pero que solo podían ser inspirados en Caroline por el terror a ser maltratada, por el deseo de congraciarse con el ser de la respiración siniestra...

Miraba Barry Davis sin comprender, sin admitir su mente aquel horror, cuando la puerta de la habitación se abrió. La mirada de Barry se desplazó enseguida, se posó sobre aquel personaje de alucinación. Tampoco ahora reaccionó; era como si su facultad de reacción, de asimilación, hubiera quedado anulada.

Miraba con estupefacción al ser que entró en la habitación llevando un cubo en una mano; un cubo dentro del cual había un gran cuchillo. El ser caminó hasta quedar a los pies de la cama de Caroline, y se quedó mirando desde allí, con sus blancos ojos, a Barry Davis. O tal vez parecía mirarle pero no le veía, pues sus ojos parecían dos piedras blancas sin vida. Era alto, pero muy inclinado hacia delante, jorobado, y sus cabellos parecían un montón de

sucios cordeles cayendo sobre el rostro y las retorcidas orejas. De pronto, el jorobado sonrió, mostrando las muelas y dientes negros.

—Hola, señor Davis —dijo con una voz chirriante, como oxidada—. Supongo que se acuerda de mí: soy el profesor Chesterton.

Todo lo que pudo hacer Barry Davis fue tragar saliva. ¿Acordarse de él? ¡Jamás en su vida lo había visto! No le conocía de nada.

La mirada de Davis saltó hacia su esposa, y luego de nuevo hacia el jorobado, que emitió una de aquellas risitas guturales, bajas, lóbregas, que ya conocía de antes Barry.

—He gozado mucho con su esposa, señor Davis —chirrió la voz—. Ha sido muy satisfactorio hacer el amor con ella, aunque algunas cosas no le hacían demasiada gracia. Pero con tal de no sufrir accedí a todo... ¡Ha sido todo formidablemente maravilloso, enloquecedoramente sexual! ¡Cómo se retorció intentando escapar de las cuerdas cuando la...!

Barry Davis se las arregló para cerrar los oídos además de los ojos. Estaba tan asustado, tan asqueado, tan horrorizado, que sentía el amargor de las náuseas en su boca. Había dentro de su cabeza como un silbido agudísimo que parecía hecho de hielo, pero prefería escuchar aquel sonido que la voz del jorobado profesor Chesterton.

Lanzó un grito al sentir el punzante dolor en un costado. Chesterton estaba junto a él, y acababa de pincharle con el gran cuchillo en un costado, del que bruscamente irradió un lacerante dolor hacia todo el cuerpo. Barry Davis sintió que la mirada se le iba, y la voz de Chesterton le llegó de muy lejos:

—No te duermas, bribón: todavía no he terminado con tu esposa. Además de disfrutarla sexualmente quiero algo más de ella, mucho más. Y de ti también. De todos, todos me obsequiaréis con lo mismo, al final. Mira, ¡no te pierdas esto! Observa qué voy a quedarme de tu mujer como recuerdo, observa cómo le abro el tórax, y le arranco el corazón...

Barry Davis se quedó mirando con un gesto puramente idiota al jorobado, cuyos blancos ojos estaban vueltos hacia él. Durante unos segundos así estuvo Barry, mirando al profesor Chesterton. Luego, lentamente, sus ojos se lanzaron hacia el techo, y quedaron fijos en este, inexpresivos, como si fuesen de cristal blanco y sucio.

El profesor Chesterton se colocó junto a él, vio la expresión de sus ojos, y comprendió que Barry Davis ya no se recuperaría jamás del *shock*. Tal vez pudiese llegar a vivir cien años, pero no saldría de aquel estado de estupefacto terror, de espanto total; sería como un vegetal.

—Es una lástima que no puedas entender lo que quizá veas —dijo con voz tensa y vibrante el jorobado—. Pero no, ni siquiera verás... ¡Con lo que me habría gustado que vieras lo que voy a hacer con tu mujer! Pero como no vas a verlo, ya no me sirves de nada, y además todavía tengo muchas cosas que hacer por ahí...

El jorobado alzó el enorme cuchillo, lo asió con ambas manos una apretando sobre la otra, y lo bajó, de punta, sobre el abdomen de Barry Davis, con una potencia escalofriante.

Barry Davis ni siquiera gritó.

* * *

El agente de uniforme hizo señas al coche para que se detuviera, y acto seguido se acercó a la ventanilla, inclinándose para ver mejor el rostro del conductor.

—No puede entrar en la quinta de momento, señor —dijo el agente.

—¿Quién está al mando de esto? —preguntó Scott.

—El teniente Prentiss.

—Dígale que si quiere ahorrarse tiempo y molestias hará bien en recibirme en la casa. Soy Scott Maning, abogado, y puedo facilitarle mucha información sobre esta casa.

El agente parpadeó, miró a Empire, miró a Scott, y asintió.

—Espere un minuto, por favor.

El agente habló con otro agente. Este entró en el recinto enverjado, y habló con un hombre de paisano, el cual se dirigió hacia la casa. Medio minuto después regresaba de esta, y se dirigía directamente hacia el coche de Scott, a, cuya ventanilla se asomó también.

—Señor Maning, el teniente Prentiss le está esperando en la casa.

—Gracias.

Scott cruzó las verjas. Había agentes uniformados en varios

puntos del jardín, y hombres de paisano alrededor de la casa. Dos agentes conversaban junto al estanque de los nenúfares, y al pasar junto a estos Scott los miró. Era la primera vez que los veía abiertos. Era una preciosidad el colorido malva, blanco y rosado de los nenúfares. No hacía viento, y las aguas del estanque estaban ahora quietas. Había cientos de nenúfares.

Detrás, en Mayway Drive, había bastante gente, automóviles detenidos, cuyos ocupantes conversaban entre sí, haciendo cábalas sobre lo que podía estar ocurriendo en la quinta de los Davis para que hubieran acudido tantos policías...

Scott miró hacia la casa vecina, allá en el promontorio; no parecía que nadie de aquella casa tuviera interés por lo que pudiera ocurrirles a sus vecinos los Davis, pues seguía cerrada a cal y canto, y no se veía a nadie en ventanas, puertas o en el jardín...

El teniente Prentiss les estaba esperando en el pórtico, con un cigarrillo recién encendido colgando entre sus delgados labios. Todo él era delgado, seco, fibroso. Su rostro era estirado y como de cuero, sólido e inexpresivo. Pero sus ojos, grises, grandes, limpios, se fijaron con atención en la pareja que se apeó del coche. Se quedó así, mirándolos con el cigarrillo en los labios y las manos metidas en los bolsillos de su gabán.

Scott y Empire se detuvieron ante él.

—Soy Scott Maning, teniente. Ella es la doctora Empire de Kinley, psiquiatra.

—Encantado —asintió Prentiss—. ¿Es cierto que puede usted facilitarme información, señor Maning?

—Es cierto. Supongo que están aquí desde esta mañana, desde que los llamaron las dos criadas.

—Así es. Bueno, pasen al salón, estaremos mejor allí. No es que hoy haga tanto frío como ayer, pero en cuanto se haga de noche, lo que no tardará demasiado si siguen cerrándose esos nubarrones, la cosa va a cambiar. Detesto el frío.

—Pues debería usted vivir en otro clima —dijo Empire.

—Hace años que estoy pensando en pedir el traslado —Joe Prentiss frunció el ceño, recordó el aspecto de las habitaciones con manchurroneos de sangre, y movió la cabeza—. Bueno, tal vez haya llegado el momento de largarse de aquí quizá vaya a California. Aquello es otra cosa, ¿eh?

—Sí —sonrió Empire—, es otra cosa. Pero la nieve también tiene su encanto, ¿no le parece?

Joe Prentiss todavía echó un vistazo al encapotado cielo antes de entrar en la casa. Sí, señor, no tardaría mucho en cerrarse todo aquel cúmulo de negras nubes, y comenzaría a llover. La temperatura descendería, claro. Y eso que estaba en primavera. En invierno, claro, en lugar de llover habría nevado. Asco de clima.

* * *

Hacía ya rato que estaba lloviendo, y Candy Brooks empezaba a impacientarse, hasta el punto de que había acudido a la ventana para atisbar la llegada de Edgard, su marido. Incluso con aquel tiempo de frío y humedad, Candy se estremecía de placer cuando recordaba a su marido. Era una lástima que Ed tuviera que atender a sus negocios, pero realmente no podía quejarse de su luna de miel..., que todavía duraba, pues Ed se las iba arreglando para pasar las mañanas con ella, haciendo el amor hasta tarde. Oh, y en cuanto llegara, vuelta a empezar...

Sonriendo, la bella morena se pasó las manos por los senos, desde los que partió un estremecimiento de placer hacia todo el cuerpo. Su cuerpo sabroso, como decía Edgar, que amenazaba con comérselo todo...

—¡Oh, demontres! —exclamó graciosamente Candy—. ¡Ya deberías estar aquí, amorcito!

Vio pasar un coche, pero no era el de Ed. Las luces rojas desaparecieron hacia la parte de atrás de la casa. Debía ser alguien que iba a visitar a algún vecino... Recordó la visita del abogado Maning. Un tipo guapo y simpático como pocos. Debía tener las chicas a docenas. No entendía por qué Ed había quedado tan enfadado con el señor Maning, hasta el punto de asegurar que le iba a echar encima a su propio abogado pidiéndole una explicación. Pero, en fin, no pasaría nada, no llegaría la sangre al río.

«Si me quedo aquí como una tonta esperando a Ed el tiempo aún se me va a hacer, más largo. Será mejor que vaya a la cocina a hacer algo para distraerme».

Se apartó del ventanal y fue hacia la cocina, ajustándose un poco la bata, bajo la cual no llevaba nada más. A Ed le encantaba

eso, llegar a casa y encontrarla así, solo con la bata. Se detuvo antes de entrar en la cocina, recordando las caricias de su marido, sus reacciones. Ah, no, nada de eso, nada de ponerse a pensar, pues aumentaba su impaciencia. Lo mejor era dedicarse a algo en la cocina.

Entró, abrió las puertas de un armario, y se puso a mirar lo que había dentro. Le habría gustado saber preparar pasteles, pero todavía no estaba en condiciones de hacerlo. Pero sí podía preparar una cosa sencilla, algo inesperado y simpático que agradara a Ed y que...

La sensación fue creciendo, creciendo, creciendo, hasta alcanzar una intensidad imposible de desdeñar: la sensación de que había detrás de ella alguien que la estaba contemplando. Sentía la mirada como si fuera un contacto odioso y frío y duro y hostil...

Solo para convencerse de que todo eran figuraciones suyas, Candy se volvió hacia la puerta, que ahora estaba cerrada.

El sobresalto fue tal que ni siquiera pudo gritar, su grito quedó estrangulado en la garganta. Un latigazo de espanto recorrió su cuerpo mientras los desorbitados ojos quedaban fijos en los blancos del jorobado que estaba a menos de tres metros de ella.

Candy Brooks tuvo la sensación breve y súbita de que quedaba desconectada de la realidad. Por un segundo apenas, no tuvo noción de sí misma, ni de su entorno. Estaba en la cocina, cuya puerta de atrás de la casa aparecía normalmente cerrada. En la ventana que daba al jardín trasero repiqueteaba la lluvia, que también se convertía en miles de perlas sobre el coche estacionado muy cerca, como escondido... La puerta de la cocina que daba al interior de la casa también estaba cerrada. Era como estar dentro de una caja de resonancias pluviales donde todo lo demás hubiera quedado detenido, en suspensión.

—Eres muy hermosa —chirrió la voz del profesor Chesterton.

Candy tuvo la sensación de que un rayo descargaba sobre ella, estremeciéndola violentamente. Contemplaba fascinada los blancos ojos que nada podían expresar. ¿Podían verla, quizá?

—Felicitaremos a Ed por tu posesión —chirrió de nuevo la voz —, pero creo que debe compartirla con los amigos.

El jorobado emitió su risa gutural, baja, tenebrosa, y adelantó las manos hacia Candy. Esta retrocedió, pero enseguida su espalda

quedó pegada a la pared. Abrió y cerró varias veces la boca, pero no pudo pronunciar sonido alguno. El profesor Chesterton llegó ante ella, con las manos por delante, asió la bata por los bordes, y la abrió de un tirón, mostrando toda la espléndida desnudez de la muchacha.

—Lástima que tenga que arrancarte el corazón —chirrió su oxidada voz cavernosa.

Capítulo IX

EL teniente Prentiss terminó por mover la cabeza tras reflexionar sobre lo que acababa de oír, y miró con cierta incredulidad a Scott.

—No entiendo que un abogado se haya comportado de ese modo, francamente, señor Maning.

—Bueno, recuerde que nos amenazaron con matar, a Silvan Wallen si avisábamos a la policía —gruñó Scott.

—No lo he olvidado. Pero usted sabe mejor que nadie que no debió esperar para avisarnos. Su comportamiento ha sido absurdo, impropio de un abogado.

—Escuche —refunfuñó Scott—, en cuanto he visto que las cosas podían ponerse serias he venido aquí, ¿verdad? Deje de regañarme, no soy un niño.

—Está bien. Ya se las arreglará usted con el fiscal, en ese sentido. En cuanto a mí, tengo que agradecerle que aunque tarde haya decidido dar explicaciones. Quedan entendidas y anotadas —miró a uno de sus hombres que había manipulado el pequeño dictáfono a pilas donde había quedado grabada la explicación, y el hombre asintió—, pero dígame, señor Maning: ¿usted cree todo lo que el señor Wallen explicó a la doctora McKinley?

—Lo cierto es que ninguna de las personas que él dijo que había muerto aparecen por parte alguna, y que las que quedaron vivas quizá corran peligro..., si nos sirve de aviso la desaparición de los Davis y toda esa sangre.

—De modo que, según usted sería conveniente enviar protección a los demás, ¿no es así?

—No me parece mala idea —refunfuñó Scott.

—Usted conoce las direcciones de esas personas... ¿Será tan amable de anotármelas?

—Con gusto.

Scott comenzó a escribir las direcciones, mientras Prentiss se

acercaba al gran ventanal del salón y se quedaba mirando al exterior por entre los gruesos cortinajes. Claro: ya estaba lloviendo, y la noche se había adelantado, o cuánto menos la oscuridad. Una oscuridad húmeda. Al demonio. Seguro que se iba a largar a California, ya estaba harto de aquel clima. Pero no se marcharía sin resolver aquel asunto, no, señor, porque podía significarle un considerable prestigio que le serviría de palanca para pedir traslados y alguna que otra pequeña prebenda de satisfacción profesional.

Se volvió mientras encendía otro cigarrillo. Scott Maning ya había escrito las direcciones, y le miraba con cierta curiosidad. Las dos criadas de los Davis estaban de nuevo allí, en el salón, una juntó a la otra, como si temieran andar por la casa y, por supuesto, encerrarse en sus habitaciones respectivas. La pregunta era: ¿adónde había ido a parar Silvan Wallen, adonde habían ido a parar los Davis y su criado Henry Adams..., y qué significado exacto tenían aquellos manchurroneos de sangre? ¿Era una advertencia del tal profesor Chesterton para que no le incordiasen o terminaría de matar a sus presas, o significaban que estas ya estaban muertas? En cuanto al profesor Chesterton, muy bien, ni el abogado ni la doctora habían sabido encontrarlo, pero él lo encontraría, vaya si lo encontraría.

—De todos modos —dijo en voz alta—, la cosa no se presenta nada fácil.

—No, desde luego —dijo Scott.

—¿Seguía usted mis pensamientos, señor Maning?

—Creo que con bastante aproximación. Dadas las circunstancias no es nada demasiado difícil.

—Claro. Bueno, voy a encargarme de que esas personas que quedan vivas reciban protección lo más pronto posible, pero eso resultará un poco complicado, según me cuenta usted, aseguran no saber nada de todo esto y hasta se enfadaron un poco...

—No importa que se molesten: hay que protegerlos, teniente.

—¿A usted le parece que eso tiene sentido? Si realmente todo parte del profesor Chesterton, parece que él facilitó ese afrodisíaco a un grupo de amigos, a los que luego puede ir matando o haciendo desaparecer. Por si esto fuera poco, todos excepto Silvan Wallen niegan conocer a ese profesor Chesterton. Así que... ¿cuál miente,

cuál es el chiflado?

—De chiflados no entiendo —encogió los hombros Scott—, pero en cuanto a embusteros le aseguro que los he conocido a cientos, todos ellos muy buenos y a veces por motivos ridículamente insignificantes. Imagínese cuando se trate de negar haber participado en una orgía que salió mal y que ya costó la vida a seis personas si la gente se espabilará para mentir todo lo que haga falta.

—Sí, sí, es cierto. En realidad yo también he conocido mentirosos de campeonato, y no a cientos, sino a miles. En fin, nos ocuparemos de esa protección, buscaremos al doctor Jebediah Chesterton. En alguna parte ha de estar, ¿no? Movilizaremos los recursos policiales, y ya verá como lo encontramos. Mientras tanto, me gustaría saber qué piensan hacer ustedes.

—¿Nosotros?

—Algo harán, ¿no? —le miró irónicamente Prentiss.

—¿Qué sugiere usted que hagamos? —entornó los párpados Scott.

—Creo que una buena idea sería que se instalaran en su apartamento a ver si el profesor Chesterton vuelve a llamarlo. Y si nosotros hiciéramos un pequeño arreglo telefónico quizá pudiéramos localizar el lugar de sus llamadas.

—Ya, ya. O sea, que creen que es tonto.

—Algo habrá que hacer, señor Maning. Entre otras cosas, por ejemplo, ponerles protección a ustedes dos.

—De una cosa estoy seguro, teniente: si usted le tiende una trampa a Chesterton utilizándonos a nosotros, él no se nos acercará, ni tan siquiera nos llamará por teléfono. Tal vez sería más interesante para todos que nos dejara a nuestro aire a ver si Empire y yo solitos conseguimos averiguar algo si él nos llama... o nos visita.

—¿Eso es valor o inconsciencia, señor Maning?

—No me gusta que nadie me esté controlando —gruñó Scott.

—Haremos un trato: le dejaremos suelto esta noche mientras nosotros investigamos con nuestros medios y nos ocupamos de proteger a esas personas. A cambio de ello, usted y la doctora McKinley permanecerán en su apartamento... y me avisarán si ocurre algo, cualquier cosa; y, señor Maning, sin tomar ninguna

iniciativa. ¿Me he explicado?

—Por supuesto.

—¿Y?

—De acuerdo. ¿Podemos marcharnos ya?

—Les acompañaré a la puerta. ¿Saben que está lloviendo a lo bestia? Por fortuna tienen el coche delante mismo de la casa.

Como suele decirse, llovía torrencialmente cuando los tres aparecieron en el pórtico. Desde allí, casi sin darse cuenta, Scott Maning dirigió una mirada hacia la casa vecina de los Davis, pero no la vio; no vio absolutamente nada, tal era la densidad de la lluvia y la oscuridad. Claro que si hubiera estado encendida alguna luz de la casa vecina sí la habrían visto, como una pastilla dorada en la oscuridad...

—Curioso, ¿verdad? —dijo Prentiss.

Scott le miró lentamente.

—¿El qué? —susurró.

—El caso de la señora Hardin. Me refiero a la vecina de los Davis. Los demás viven bastante apartados, pero ella está ahí mismo, y no se ha interesado por nada, ni se ve luz en la casa. ¿La conoce usted, señor Maning?

—No.

—Es una anciana de carácter un tanto peculiar. Parece que suele ser sarcástica y hasta mal intencionada. Pero todo tiene un límite, ¿no está de acuerdo? Yo, aunque estuviese enfadado con mis vecinos, me interesaría por los acontecimientos de su casa. Y ya ve: ni una sola luz en la casa de Loretta Hardin.

—Quizá esa señora no está en casa. Podría estar de viaje.

—Podría ser —admitió Prentiss—. Pero las criadas de los Davis dicen que no lo creen, que casi nunca sale. ¿No es chocante?: una persona anciana que vive sola en una casa enorme, sobrándole espacio por todas partes, mientras algunas familias viven en un apartamento diminuto... Asco de vida, ¿eh?

—A veces.

—Sí, claro. A veces da gusto vivirla.

—Sobre todo en California —sonrió Empire.

—Hermoso lugar —suspiró Prentiss—. No olvide que hemos hecho un trato, señor Maning.

—Estaré en mi apartamento, descuide.

—Perfecto. ¿Y usted, doctora McKinley?

—Oh, también, también.

—¿En el apartamento de usted? —ladeó la cabeza Prentiss.

—No. En el de él. Son cosas que pasan, ¿comprende?

—Vaya que sí —sonrió de oreja a oreja Joe Prentiss—. Felicidades.

—Gracias —se echó a reír Empire, tomando de una mano a Scott y tirando de él hacia el coche.

* * *

Edgard Brooks detuvo el coche frente a la casa, casi tocando el porche. Llovía con tal intensidad que incluso así, teniendo que recorrer tan poco camino hasta la puerta, sabía que iba a quedar empapado. ¡Si al menos a Candy se le ocurriera salir a recibirlo con paraguas...!

Pero, evidentemente, no iba a suceder así. Candy no se había enterado de su llegada, debía estar en la cocina, es decir, en la parte de atrás de la casa.

Resignado, Brooks se preparó como para una salida de los cien metros lisos, abrió la portezuela, y se lanzó corriendo hacia el porche, impulsando la portezuela al cerrarse, y alcanzó el porche en tres ágiles saltos. De todos modos, había acertado: casi estaba empapado, solo por recorrer apenas media docena de metros.

—Maldita sea —farfulló, buscando las llaves en el bolsillo—. Voy a decidirme, tendré que instalar el garaje anexo a la casa, con comunicación interior. ¡Qué demonios, tengo dinero más que suficiente para eso!

Entró en casa, cerró, y se sacudió. Colgó el gabán en el armario del vestíbulo. La lluvia atronaba en todas partes, pero desde la cocina le llegó la música. Vagamente, pensó que era extraño que Candy tuviera puesta la radio, pues no era demasiado aficionada; pero, en fin, quizá la flamante señora Brooks estuviese empezando a adquirir nuevas costumbres.

Se dirigió hacia la cocina, abriendo la boca para llamar a su esposa, pero de pronto sonrió. Nada de gritar. Le iba a dar una sorpresa. ¡Le iba a dar un susto a Candy de los buenos! Luego se la comería a besos, claro, y se reirían los dos...

Llegó a la puerta de la cocina, que estaba cerrada. Ahora oía la música más fuerte. Empujó la puerta despacio, despacio, despacio, buscando con la mirada a Candy. La vio casi enseguida.

Estaba sobre la mesa del centro de la cocina, donde solían desayunar y cenar, para no desordenar las cosas de la sala.

Sí, Candy estaba sobre la mesa de la cocina.

¿O no era Candy?

Bueno, había un cuerpo humano, desnudo completamente, colocado sobre la mesa del centro de la cocina, eso sí. Y el rostro de aquel cuerpo humano estaba vuelto hacia la puerta, y los abiertos ojos vidriados parecían contemplar a Edgard Brooks. Por un lado de la boca de Candy se deslizaba todavía un espeso chorrito de sangre que, en aquel momento, se estiró en una gota que cayó sobre el charquito formado por otras muchas gotas anteriores. La gota no se oyó caer, porque se oía el rumor de la lluvia, y, sobre todo la música de la radio de la cocina.

El brazo derecho de Candy colgaba también por aquel lado. Un brazo blanco, precioso, que ahora parecía de nieve. La mano se abría en un gesto dulce, los finos dedos parecían descolgarse lánguidamente.

Edgard Brooks terminó de abrir la puerta, y se acercó a su esposa, como un autómatas. No sentía nada, porque no comprendía nada. En su mente flotaba la certeza de que no estaba viendo nada real, sino algo extraño, producto de una inimaginable fantasía, de un sueño tal vez. No tenía por qué asustarse, no pasaba nada.

Nada.

El cuerpo de Candy parecía desparramarse sobre la mesa, como una masa de harina sólida de bellas formas imitando un precioso cuerpo femenino. El pecho de Candy estaba abierto, mostrando un tremendo boquete. Las costillas habían sido apartadas, y se veía el hueco donde alguna vez había habido un corazón.

Brooks parpadeó. A Candy le faltaba el corazón.

Pero... ¿realmente aquel despojo humano era Candy, su preciosa Candy, su amadísima esposa, la dulce, deliciosa, ardiente, apasionada Candy?

—¿Candy? —llamó suavemente Ed Brooks.

Oyó un ruido tras él, y se volvió, despacio, impávido. Se quedó mirando al jorobado de los blancos ojos que avanzaba hacia él con

el cuchillo en alto. Edgard Brooks sonrió simpáticamente.

—¿Es usted amigo de Candy? —preguntó.

El profesor Chesterton, que parecía dispuesto a descargar la tremenda puñalada, se detuvo en su gesto. La punta del cuchillo quedó a pocos centímetros del pecho de Brooks, que ni siquiera parecía haber reparado en ello. Seguía sonriendo.

Capítulo X

—POR un momento —suspiró Empire— pensé que íbamos a encontrar tu apartamento como me encontré el mío.

—De modo que a ti también se te ha ocurrido... Bueno, por suerte no es así, y tenemos un sitio donde pasar la noche. Quiero decir, un sitio agradable. ¿O no te gusta mi apartamento?

—Sí, me gusta. No es relamido, pero es comfortable.

—Pero no hay periscopio en él.

—Telescopio, no periscopio. ¡Y ya está bien de recordarme que me dedicaba a espiarte! Lo que debemos hacer es quitarnos estas ropas mojadas y ponernos otras secas. ¡Qué barbaridad, solo por unos cuantos metros desde el coche hasta el portal, cómo nos hemos puesto!

—Es la desventaja de no tener estacionamiento subterráneo. ¿Quieres ducharte?

—¿Y tú?

—Yo no.

—Pues yo tampoco. ¡Mira cómo ha quedado mi abrigo de pieles!

—Lo pondré a secar frente a la placa del despacho, dame. Y quítate ya esas ropas.

—¿Qué me pongo?

—Arréglatelas como puedas con lo que encuentres en mi armario.

—¡Oh, no! —gimió Empire—... ¡Nada de ropas de hombre! Quiero que me digas dónde tienes el armario secreto en el que tienes ropas exóticas para tus numerosas amantes.

—¿Te pondrías ropa de amante exótica?

—Cuanto más exótica, atrevida y desvergonzada, mejor.

—Veamos primero qué tal cocinas, y si te portas bien quizá te deje utilizar uno de esos ropajes.

—Tengo algo que confesarte, Scott: cocino fatal.

—Pues la hemos fastidiado —gruñó Maning—, porque más o menos así cocino yo. Bueno, nos las arreglaremos como podamos.

Con el abrigo de Empire en las manos, se dirigió hacia el despacho, mientras la doctora se encaminaba al dormitorio. Allí la encontró Scott, completamente desnuda pero con los zapatos de tacón altos todavía puestos, y plantada ante el armario revolviendo ropas.

—Ay, Dios mío —se sentó Scott en un silloncito—. ¡El infarto!

—¿Qué te pasa? —se sobresaltó ella.

—Pero doctora..., ¿tú sabes cómo estás?!

—¡No seas tonto!

El abogado Maning se puso en pie, se acercó a la doctora McKinley, y la abrazó por la cintura, atrayendo su cálido cuerpo contra sus ropas todavía húmedas.

—Nena, estás...

—¡Qué frío! —le apartó ella—. ¿Quieres hacer el favor de quitarte la ropa?

—¡Con mucho gusto!

Scott Maning procedió a desvestirse a toda prisa, pero, mientras él se desnudaba Empire hacia lo contrario, se iba poniendo las prendas de ropa masculina que iba sacando rápidamente del armario. De modo que cuando Scott estuvo desnudo ella llevaba unos pantalones de él y un jersey de cuello alto que, como los pantalones, le venía grande por todas partes.

—Aquí hay algo que no encaja —masculló Scott.

Ella se acercó a él, se abrazó a su cuello, y le besó los labios..., pero escapó rápidamente al advertir la velocísima reacción de él, que intentó atraparla.

—Primero cenemos —rio Empire, con los ojos encendidos— y luego... ¡ya veremos!

* * *

—Muy bien —susurró Scott Maning junto a la orejita de Empire McKinley—. Ya hemos cenado, hemos tomado café, hemos charlado un poco sentados en el sofá, tenemos las ideas claras, se está haciendo tarde, me estoy poniendo negro acariciándote y mordiéndote las orejitas... ¿Qué es lo que hemos de ver?

—Lo que tú quieras —susurró también Empire.

—De acuerdo. Pero, vamos a tomárnoslo en serio, Empire.

—Me encantaría —cerró ella los ojos y ofreció los labios.

Scott Maning la abrazó, y tomó aquellos tiernos labios con los suyos. Estaban sentados en el sofá, ella con el jersey y los pantalones del él, Scott en bata. Todavía seguía lloviendo con fuerza, pero ellos ya no se enteraban de nada.

Empire suspiró fuertemente por la nariz, tomó una mano de Scott, y se la colocó sobre el pecho. Scott mejoró la situación, deslizándola hacia abajo, introduciéndola bajo el jersey, y regresando en busca de los senos de la doctora, tibios y turgentes. Ella volvió a suspirar fuertemente, y apartó la boca.

—Scott, has dicho que nos lo tomaríamos en serio.

—Tienes razón.

El abogado se puso en pie, la tomó en brazos, y se encaminó al dormitorio, mientras Empire le iba dando besitos en el cuello. La puso en pie junto a la cama, y, sin decir palabra, procedió a desnudarla. La belleza del cuerpo de Empire McKinley era impresionante, y Scott lo atrajo contra el suyo en cuanto, a su vez, se hubo desnudado.

El abrazo se prolongó mientras se besaban en la boca profundamente. Scott solo tuvo que empujar un poco, y ambos cayeron sobre la cama. Empire separó su boca, y rio sofocadamente, rojo el rostro.

—No seas bruto —reprendió—. Suave, suave...

Scott la besó en la garganta, se colocó entre sus muslos. Empire emitió un gemido..., y sonó la llamada a la puerta del apartamento.

Fue como si una descarga eléctrica recorriera los dos cuerpos, que acto seguido quedaron inmóviles.

—No hagamos caso —reaccionó Scott.

—Claro que no, cariño. —Se abrazó a su cuello.

Sonó de nuevo el timbre, acto seguido golpes fortísimos a la puerta, y a continuación una voz bronca de hombre:

—¡Señor Maning, soy Wallis, de la policía! ¡Abra, por favor!

—¡Maldita sea! —aulló Scott Maning.

—¡Oh, no! —gimió Empire, con voz ronca.

—¡Señor Maning, abra inmediatamente!

—¡Te voy a partir la cara! —vociferó Scott, recogiendo su bata y

lanzándose fuera del dormitorio.

Cuando abrió la puerta de su apartamento sus ojos lanzaban fuego, rayos y centellas. Frente a él, el hombre de la policía le miraba con expresión asustada y decidida.

—¡Te voy a partir la cara! —repitió Scott.

—Señor Maning, será mejor que venga conmigo —jadeó Wallis—. El teniente Prentiss me ha llamado por la radio al coche, y solicita su inmediata presencia en la casa de los Brooks.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó Scott.

—No lo sé, señor. Pero si conozco algo al teniente, lo que sea que haya ocurrido no es una cosa corriente, se lo aseguro. Si no le importa, señor Maning, yo iré en mi coche detrás del de usted, pues no sé exactamente dónde cae esa dirección.

—Está bien, pase. Voy a vestirme.

—Lo siento, señor Maning. Mis instrucciones eran estar en el coche frente a su casa, vigilando que no les ocurriese nada malo a usted y a la doctora McKinley.

—Ya. Y que no saliésemos a dar un paseo, ¿verdad?

—Un trato es un trato —sonrió a medias Wallis.

—Bueno, ya hablaré con el teniente más tarde. Salgo enseguida.

Entró en el dormitorio, donde Empire, todavía con una remota esperanza, seguía tendida en la cama, ahora de costado y apoyada sobre un codo. Se quedó mirando expectante a Scott, que masculló:

—Supongo que has oído.

—Sí. Pero no comprendo qué interés puede tener el teniente en que nosotros vayamos allá.

—No vamos nosotros, sino yo.

—Que te crees tú eso —farfulló Empire McKinley—. ¡Si me quedase sola en la cama me moriría de un ataque de rabia! ¡Maldita sea!

Scott se quedó mirándola asombrado, y de pronto soltó una carcajada. Se acercó a ella, la besó en un hombro, y murmuró:

—De acuerdo, iremos los dos. Y ojalá ese Wallis se haya equivocado y la cosa no sea tan grave como teme. Empire, nena, ¡estás preciosa!

—¡Para lo que me sirve!

—No te pongas histérica —la besó él de nuevo—: tendríamos que llamar a un psiquiatra.

Seguía lloviendo, aunque ahora más mansamente. Frente a la casa de los Brooks había tres coches policiales y uno particular. Un agente que esperaba en el porche se adelantó hacia Scott y Empire haciéndoles señas, indicándoles que dejaran el coche entre los otros, casi tocando el porche: Así lo hizo Scott, y enseguida salieron del coche él y Empire y saltaron al porche.

—El teniente le espera dentro, señor Maning, en la salita.

—Gracias.

En la salita, además del teniente, había dos policías más, y un hombre de paisano sentado en el sofá, pálido como un muerto, desorbitados los ojos cuya mirada se perdía, y con un vaso lleno de *Whisky* en la mano. Pareció que ni se enteraba de la llegada de Scott y Empire.

Prentiss lo señaló con un movimiento de barbilla, sin que se diera por aludido el hombre.

—Es el señor Forrester, el abogado de Brooks —murmuró—. Tal vez lo conozca usted, señor Maning.

—De oídas sí —asintió Scott, mirando preocupado a Forrester, que no reaccionaba.

—Bien. El señor Forrester vino aquí esta noche porque el señor Brooks había estado acosándole telefónicamente toda la tarde, para hablarle de un asunto. El señor Forrester estaba muy ocupado, no podía atenderle, y finalmente, su secretaria arregló la cita entre él y el señor Brooks esta noche, aquí mismo, como un favor personal. Parece que el señor Forrester y el señor Brooks eran buenos amigos.

—Ya supongo para qué quería Brooks a su abogado —murmuró Scott—. ¿Qué le pasa a Forrester?

—Bueno —Prentiss movió la cabeza—, digamos que hay cosas que resultan un poco difíciles de asimilar, señor Maning.

Este se pasó la lengua por los labios, y preguntó:

—¿Dónde están los Brooks?

—En la cocina. Y les aconsejo que acepten un buen consejo: no vayan a verlos.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sabría explicárselo.

—Escuche, usted nos ha hecho venir aquí —gruñó Scott

desabridamente—. ¡Supongo que será por algo!

—Así es. He decidido protegerles también a ustedes de un modo directo, señor Maning, no solo controlarlos, de lo cual ya debe saber usted que se encargaba Wallis.

—¿Qué quiere decir?

—Que están más seguros aquí con nosotros que solos en su apartamento. Al menos, esta noche están invitados por la policía. Mañana ya veremos.

—Eso es casi como si nos detuviera —exclamó Empire.

—Las demás personas de este asunto ya han sido invitadas a pasar la noche en el *Police Department*. Al señor Maning le hice venir aquí porque pensé que tal vez, sobre el terreno, querría hacer alguna aclaración o... ampliación sobre sus explicaciones anteriores. Señor Maning, si sabe algo más debe decírnoslo ahora, pues no podemos permitir que esto siga adelante.

—Le aseguro que le dije todo cuanto sabemos Empire y yo —dijo Scott.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí!

—Tal vez si viese cierta escena cambiaría de postura; señor Maning.

—Mi postura no puede ser otra, porque dije todo lo que sé.

—Pues no existe ningún doctor Jebediah Chesterton registrado en ningún hospital o clínica de la ciudad, ni con consultorio propio.

—Anda este —gruñó Scott—, jeso ya se lo dije yo! Maldita sea, ¿quiere decirme de una vez qué ha ocurrido?

—Tal vez sí soportaría verlo —dudó Prentiss—. ¿Lo soportaría?

—Lo que usted quiere es provocar mis explicaciones inéditas, pero está perdiendo el tiempo. De todos modos, creo que soportaría cualquier cosa.

—Y yo también —aseguró Empire.

Prentiss le dirigió una lenta mirada, y asintió.

—Psiquiatra, ¿eh? Bien, quizá nos pueda servir usted de ayuda, a fin de cuentas. De acuerdo, vengan conmigo.

Salieron de la salita y enfilaron el pasillo hacia la cocina, de la cual llegaba música.

—Está todo tal como lo encontró el señor Forrester —explicó Prentiss—, no hemos tocado nada todavía. Hemos hecho un montón

de fotografías, eso sí. Bueno, la música estaba sonando, y el señor Forrester, como no le abrían la puerta delantera rodeó la casa, probó la de la cocina, en la parte de atrás, y como la encontró abierta entró. Y se encontró con esto.

Joe Prentiss había abierto la puerta mientras terminaba de hablar, y Empire y Scott entraron a la vez. Se encontraron junto a la mesa en la que yacía el cadáver de Candy Brooks, y los dos palidecieron. Empire se llevó las manos a la boca, ahogando una exclamación de horror. Scott se dio cuenta de que del abierto tórax femenino faltaba el corazón, y cerró los ojos, mientras sentía como si el suelo desapareciese bajo sus pies.

Fueron unos segundos terribles, de los que ambos se recuperaron lentamente. Por fin, Empire emitió un gemido, y se volvió, para dejar de contemplar aquel horror. Lanzó un alarido, y Scott se volvió. También él vio entonces el otro horror: Edgard Brooks estaba sentado en una silla de la cocina quieto y sonriente, y tenía las manos formando cuenco extendidas ante él; en las manos tenía el corazón de su esposa.

—Por el amor de Dios —jadeó Scott Maning.

—Así lo encontró el señor Forrester, y así está desde que llegamos nosotros. Le presento al forense señor Dagherthy.

El hombre miró como alucinado al hombre que había junto a Ed Brooks, y movió la cabeza, siendo correspondido del mismo modo. Scott volvió a mirar a Prentiss, que señaló la fregadera: en esta, el abogado vio el cuchillo de cocina manchado de sangre, y comprendió.

—No puede ser cierto —susurró.

—¿El qué, señor Maning?

—Que Brooks hiciera esto con su mujer. Estaban..., estaban todavía en su luna de miel, y me consta que... Bueno, estaban locos el uno por el otro.

—Señor Maning —deslizó lentamente el policía—: ¿Diría usted que es posible que los señores Brooks tomaran algún... afrodisíaco especial y que las consecuencias de todo ello no fuesen precisamente sexuales, sino, como ocurrió con el señor Silvan Wallen, les diese por hacer... este tipo de cosas?

—¿El afrodisíaco del profesor Chesterton? —desdeñó Scott.

—¿Por qué no?

—Porque los Brooks no necesitaban afrodisíacos de ninguna clase: se las arreglaban perfectamente al natural.

—Pero... ¿desdeñaría usted la posibilidad de que esta tarde el señor Brooks hubiera visto al profesor Chesterton en la ciudad, en el centro, y hubiera recibido una dosis de ese afrodisíaco?

—Brooks no conocía a Chesterton.

—Eso es lo que le dijo a usted, señor Maning. Pudo mentirle, ¿no?

—Sí —masculló Scott—. ¡Maldita sea, pudo mentirme! ¡Pero me niego a creer que Brooks haya hecho esto con su mujer! Tuvo que ser alguien de fuera.

—¿Alguien que vino aquí, mató a la señora Brooks, y puso su corazón en manos de su marido?

—No me lo explicó de otra manera.

—¿Y el señor Brooks se limitó a tomar el corazón de su mujer y sentarse a la espera de Dios sabe qué? ¿Qué dice usted, doctora McKinley?

—Es evidente que está bajo los efectos de un trauma mental fortísimo —murmuró Empire—, pero tendría que examinarlo más a fondo. En cualquier caso, si él vio a su esposa así no me sorprendería nada que quedara en este estado.

—Y alguien le puso en las manos el corazón de su esposa.

—Pudo ser así. El actual estado del señor Brooks es... de vacío total.

—¿No podemos hacerle preguntas?

—Teniente, es como si este hombre no estuviera aquí. Por el momento, el señor Brooks está viviendo... otra vida, a base de recuerdos que anulan completamente las vivencias actuales. Esto, como mal menor, pues significaría que su cerebro sigue funcionando, pero me temo que el trauma ha tenido consecuencias más profundas, me temo que está dejando de estar vivo... sin morir.

—¿Qué cree usted que pasará si le quitamos de las manos el corazón de su esposa, para llevárnoslo al hospital y que lo atiendan?

—No creo que pase nada. No ve, no oye, no siente. No creo que pase absolutamente nada.

—De acuerdo. En ese caso, salgamos de aquí y dejemos que el

doctor Dagherthy haga su trabajo, y mis muchachos también. Tal vez encontremos alguna huella que nos sirva de algo... Y mientras nosotros trabajamos me permito insistir en invitarlos a pasar la noche en el Departamento.

—No sé —rezongó Scott, saliendo de la cocina—, la verdad es que no me gustaría volver a encontrarme con Fisker, Howells y Buchanan.

—Lo importante es encontrarse a salvo, como ellos, señor Maning. En el departamento tenemos algunos cuartos precisamente para este tipo de emergencias, y para los hombres de turno. Lo que sea que alguien esté tramando dudo mucho que se atreva a intentarlo en el *Police Department*. Piense en la doctora McKinley..., cuyo abrigo, por cierto, parece algo húmedo.

—Las demás ropas estaban más húmedas —dijo Empire—, y no iba a venir con ropa de Scott, así que me puse el abrigo.

—¿Quiere decir que debajo no lleva nada más?

—Nada más, teniente.

—Bueno, podemos prestarles un par de pijamas. ¿Qué dicen?

Empire miró a Scott, que estaba titubeando. Pero, recordando el estado en que había quedado Candy Brooks, el abogado terminó por soltar un gruñido.

—Está bien, pasaremos la noche en el Departamento.

Cinco minutos más tarde salían de la casa, acompañados del detective Wallis. Este se metió en su coche a toda prisa, escapando de la persistente lluvia, y Empire y Scott se metieron en el de este. Ahora les tocaría a ellos seguir al policía hacia el Departamento, donde se instalarían para pasar la noche.

Wallis comenzó a alejarse de la casa al volante de su coche. Detrás partió Scott con el suyo..., y más allá, a unos cincuenta metros, un coche que había permanecido estacionado y con todas las luces apagadas se puso de pronto en marcha y partió en pos del de Scott Maning.

Quince minutos más tarde, este automóvil se detenía a cierta distancia del de Scott Maning, que se había parado ante el *Police Department*. El conductor, protegido su rostro por el cuello de su gabán muy subido, y por la sombra del sombrero que casi le llegaba hasta las cejas, vio al detective Wallis reunirse con Scott Maning y Empire McKinley delante mismo de la entrada del Departamento, y

desaparecer los tres en el interior.

Tras unos segundos de reflexión, el conductor emitió una risita baja, gutural, siniestra. Puso las enguatadas manos sobre el volante, y lo apretó.

—No importa —chirrió la voz del profesor Chesterton—. No importa, abogado Maning: ¡ya te pillaré!

Capítulo XI

POR la mañana, el abogado Maning y la doctora McKinley salieron del *Police Department* y se dirigieron, en el coche del abogado nuevamente, hacia el consultorio de la doctora. Tras ellos, cómo no, partió un coche sin distintivo oficial pero ocupado por dos agentes de la policía asignados por el teniente Prentiss para el caso. No le había complacido nada a Prentiss la decisión de Empire de acudir aquella mañana a su consultorio a trabajar, aunque fuese lo mínimo, atendiendo posibles casos de urgencia ocasionados por crisis, pero no había tenido más remedio que aceptar.

Así pues, escoltados a discreta distancia, Empire y Scott circulaban ahora lentamente hacia el despacho de la primera.

—¿Y si el teniente viene al consultorio? —opuso todavía Empire.

—¿Qué demonios tendría que hacer Prentiss en tu consultorio?

—Bueno, pero quizá se le ocurra subir a alguno de los hombres que nos custodian.

—Pues les dices que estoy en el lavabo y ya está.

—¿Y si quiere verte?

—Empire, no compliques lo que quizá no sea nada complicado... Solo se trata de hacer una escapada aprovechando que se puede salir del edificio por otra puerta. Volveré lo más pronto posible..., y solo voy a Vancouver, Oregón.

—Un poco más arriba —murmuró Empire—: a Walnut Grove. ¿Qué harás si efectivamente encuentras allí al profesor Chesterton?

—No lo sé. Supongo que lo más acertado sería avisar al teniente Prentiss.

—Es que no entiendo por qué haces esto. Ya que hemos explicado todo a la policía, y saben tanto como nosotros e incluso más, ¿por qué no dejas que ellos hagan su trabajo?

—Les dejo que lo hagan..., pero yo también quiero hacer algo. Quiero encontrar a ese profesor Chesterton.

—¡Pero no entiendo por qué!

—Bueno, te lo voy a decir —susurró Scott Maning—: si ese sujeto ha tenido algo que ver con lo sucedido, si él ha hecho... todo eso, si él le hizo aquello a la señora Brooks..., me gustaría verle la cara, para cambiársela antes de ponerlo en manos de Prentiss.

—¡No puedes hacer de eso una cuestión personal!

—¿Por qué no? —la miró irritado Scott—. De todo este asunto ha surgido la cuestión personal entre nosotros, ¿no es cierto? Y bien que nos gusta, aunque eso no se haya comprobado todavía. ¡No te rías!

—¡No me río! —mintió descaradamente Empire.

—Ya. Mira, cariño, en este perro mundo hay personas de todas clases, y yo no voy a decir que algunas tendrían que ser eliminadas, pues se iba a armar una muy gorda. Pero, cuando alguien hace una cosa así a una chica como la señora Brooks hay que... reaccionar de modo ejemplar.

—¿Qué quieres decir?

—Si localizo al profesor Chesterton, y él es el causante de todo esto, se acordará de mí. ¡Te juro que se acordará de mí!

Detrás del coche de Scott, los agentes Orwells y Stacey que ocupaban el coche oficial sin distintivo se auguraban una mañana de lo más aburrido mientras sus compañeros atendían el apasionante caso.

Y detrás de este coche, iba otro, cuyo conductor apretaba con fuerza el volante con sus enguatadas manos.

Pero ni unos ni otro se iban a enterar de la jugada del abogado Maning, consistente en subir al consultorio de la doctora McKinley, salir por la puerta de servicio al montacargas, descender con este al sótano, pasar al estacionamiento subterráneo de todo el edificio, comunicado con el otro lado de la manzana en Ankey Street, y, tranquilamente, alejarse en busca de un lugar donde alquilar un coche para trasladarse con él a la clínica de reposo llamada Center Sun, en Walnut Grove, al otro lado del Columbia River y a muy poca distancia al Norte de Vancouver, Oregón.

* * *

La clínica Center Sun estaba en el centro de un gran terreno con

césped y abetos, y se llegaba a ella circulando por un sendero asfaltado. La habían pintado de un tono ocre muy suave, de modo que tenía un cierto parecido con la tierra. Scott Maning comprendió enseguida que no era un lugar barato precisamente.

Aunque la clínica se llamase Centro del Sol no estaba soleada en aquella mañana fría. Al menos había dejado de llover, pero había quedado el frío como adherido a los árboles y la hierba. Un cielo que parecía lleno de enormes algodones grises tenía el ánimo de Scott Maning no poco abatido. La verdad es que en un día así solo se podía tener ganas de estar en una cabaña ante el fuego, tomando café y escuchando música. O haciendo el amor, qué demontres, que es más sano que tomar café.

Ya muy cerca de la clínica vio algunas enfermeras, y, sin duda, algunos pacientes, pues no otra cosa podían ser las personas que paseaban apaciblemente por el parque de la clínica. Las enfermeras no llevaban uniforme blanco, sino de un tono verde muy suave. Chocante. Y también le pareció, chocante que todas las que vio fuesen muy bonitas.

Finalmente, Scott detuvo el coche frente al edificio ocre. Algunos abetos eran verdaderamente enormes, magníficos, y de un verde tan intenso que casi parecían negros. La lluvia del día anterior los había limpiado tanto que parecían dibujados.

En el vestíbulo había un servicio de recepción atendido por una encantadora muchacha de uniforme verde que recibió muy sonriente a Scott, el cual expuso su deseo de ver al director de la clínica.

—Querrá decir la directora —sonrió la muchacha—. Esta clínica está dirigida por la doctora Emma Sanderfer.

—Bueno —sonrió también Scott—, parece que las mujeres están de moda, pero además, personalmente, me gustan mucho. Y estoy seguro de que la doctora Sanderfer es muy bonita. ¿Qué tal si me anuncia?

—No puedo molestar a la directora hasta dentro de media hora, señor.

—Esperaré media hora. Y más si es necesario. Maning, Scott Maning, abogado. ¿Lo recordará?

—Por supuesto, señor Maning. Puede entretener su espera en la salita que encontrará en la segunda puerta a la izquierda del pasillo.

Yo misma le avisaré cuando la doctora Sanderfer pueda recibirlo.

—Gracias:

Cuarenta y dos minutos más tarde, la atenta encargada de la recepción se asomaba a la salita de espera.

—¿Señor Maning? La doctora Sanderfer le está esperando.

—Fantástico —sonrió Scott, dejando la revista científica que había estado leyendo.

La muchacha le acompañó hasta el ascensor, indicándole que debía subir al cuarto y último piso de la clínica: Así lo hizo Scott. Fue recibido por otra enfermera, que dijo ser la ayudante de la doctora Sanderfer, y que, finalmente, le introdujo en el despacho de esta, que se hallaba sentada tras la mesa de su despacho. A su espalda había un amplio ventanal por el que entraba esparciéndose una luz gris-blanca fría y desangelada. El día era horrible.

Scott Maning no se había equivocado respecto a la doctora Sanderfer. Tenía ya cumplidos los cuarenta años, pero era indiscutiblemente hermosa, de grandes ojos pardos, cabellos castaños, boca sonriente, mirada aguda, y con un cuerpo asombrosamente juvenil.

Y era muy atenta y amable, porque se puso en pie, tendiendo la mano con gesto cordial y franco.

—Señor Maning..., ¿cómo está?

—Estupendamente, gracias —estrechó Scott la mano suave y firme—. Le aseguro que no he venido para solicitar sus servicios profesionales, doctora.

—Le corresponderé diciendo que espero no necesitar nunca los suyos.

—Esa respuesta merecería ser esculpida en piedra. Le preguntaría cómo está usted, pero salta a la vista: está estupendamente.

Emma Sanderfer, que seguía sonriendo, movía lentamente los ojos como valorando centímetro a centímetro la mole física y la catadura mental de su visitante.

—¿No quiere sentarse, señor Maning?

—Sí; gracias; Y hasta le aceptaría un cigarrillo, pues se me han terminado los míos mientras esperaba ser recibido.

La doctora asintió, ofreció cigarrillos a Scott, y este le correspondió ofreciéndole la llamita de su encendedor. Se miraban

con cierta cautela, tal vez porque, dejando aparte la palabrería, cada uno de ellos había captado la verdadera categoría del otro. Y esto era lo que importaba, no las palabras que se las lleva el viento.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor Maning.

—He venido a interesarme por uno de sus expacientes, el señor Silvan Wallen. Bueno, tengo entendido que estuvo aquí una temporada.

—Es cierto. Un gran muchacho, muy inteligente y agradable.

—¿Sí?

Los bellos ojos de Emma Sanderfer se entornaron levemente.

—Así lo creo yo, señor Maning. ¿Tal vez usted tiene motivos para pensar lo contrario de ese muchacho?

—Entiendo que salió de aquí perfectamente... curado. ¿Se dice así?

—Recuperado —dijo suavemente la doctora—. Aunque esas cosas nunca se saben. En cualquier caso, el estado de Silvan Wallen no fue jamás preocupante para el personal de esta clínica. Nunca hubo problemas con él, nunca.

—¿Qué tenía exactamente?

—Como abogado, señor Maning, usted sabe sin duda a qué me refiero cuando hablo del secreto profesional.

—Oh, sí, entiendo. De acuerdo. Pero quizá pueda decirme si su estado cuando fue traído aquí era preocupante.

—El señor Wallen no fue traído aquí, sino que él mismo, voluntariamente, decidió pasar una temporada de reposo en la clínica. Y le aseguro que su estado no era preocupante en absoluto.

—Entonces... ¿por qué vino aquí?

—Descansar en un lugar como este algunas semanas le sentaría bien incluso a usted, que parece un hombre extremadamente equilibrado.

—Claro. En fin, que no tenía nada preocupante.

—Pequeñas tensiones de la vida «civilizada», nada más. Señor Maning, no puedo ni deseo seguir conversando sobre Silvan Wallen, ya le he dicho más de lo conveniente. ¿Desea alguna cosa más?

—Pues sí. ¿Trabaja aquí un tal doctor o profesor Chesterton, Jebediah Chesterton?

Cuando terminó de hablar, Scott ya sabía que la doctora Sanderfer conocía a Chesterton, por la exclamación que había

lanzado, tras la cual preguntó con vivo interés:

—¿Sabe usted algo de Chesterton, señor Maning?

—¿Yo? No, no. Precisamente venía a saber si lo conocen ustedes, y si podrían indicarme dónde encontrarlo.

—Oh... Vaya, creí que lo habían encontrado.

—¿Quiénes?

—La policía de Vancouver. Naturalmente, cuando Chesterton desapareció dimos parte de ello.

Scott sintió un escalofrío: si la policía de Vancouver tenía noticias de la existencia y personalidad del profesor Chesterton significaba que el teniente Prentiss las tenía ya también, o que sería cuestión de minutos, cómo máximo horas, que lo supiera. Y entonces, de nada habría servido ocultarle a Prentiss lo de la clínica Center Sun, porque acudiría inmediatamente.

—¿Qué quiere decir que desapareció? —preguntó, dispuesto a llegar hasta donde fuera posible.

—Bueno, desapareció, eso es todo.

—Pero... Bueno, una persona no desaparece así como así...

—Señor Maning, si usted está buscando al doctor Chesterton tendrá que recurrir a la policía. Nosotros ya hicimos todo lo que había que hacer, y no sabemos nada más: el doctor Chesterton se fue, desapareció. Punto. El resto háblelo con la policía, ¿de acuerdo?

—Sí, pero...

—Estoy realmente ocupada, señor Maning. No quiero ser descortés, ni desabrida; es que es verdad, tengo mucho trabajo. Y por mucho que hablásemos no podría decirle nada más.

Scott frunció el ceño, se puso en pie, y se acercó al ventanal, desde el que se veía magníficamente una gran parte del parque de la clínica. Habían paseos con blancos parterres, arbustos de flores que ya deberían haber brotado, un estanque...

Se quedó mirando el estanque. Seguro que había nenúfares en aquel estanque.

—¿Hay nenúfares en el estanque? —preguntó.

—Sí. Señor Maning, le ruego...

—Doctora Sanderfer, sé seguro que dos personas lo han pasado muy mal, y una de ellas ha muerto de un modo horrible debido a un asunto relacionado con un tal profesor Chesterton. Es muy

posible que hayan muerto seis, ocho, quizá diez personas más, y hay otras que están protegidas, pues se teme por sus vidas.

—Pero... ¿de qué está usted hablando?

—Esa es la cuestión —masculló Scott—: que no lo sé. Y se me ocurre que tal vez conversando con usted llegue a vislumbrar algún significado en las cosas que han ocurrido, que ya ocurrieron. Por ejemplo: ¿cómo era el profesor Chesterton?

—¿Se refiere a su aspecto físico?

—Podemos empezar por ahí —asintió Scott.

—Tengo algunas fotografías de grupo que tal vez te sirvan para conocerlo bien en ese aspecto —dijo Emma Sanderfer, poniéndose en pie.

Se acercó a un archivador, uno de cuyos cajones metálicos abrió. Sacó una carpeta, y de ellas algunas fotografías, que tendió a Scott.

—¿Estas fotos son algo... oficial de la clínica, doctora?

—Claro que no. Es cosa personal. Guardo aquí mis cosas personales pero relacionadas con la clínica. Estas fotos deben tenerlas otras muchas personas, sin embargo. Vea, este es Jeb Chesterton. Se ve bastante bien en esta foto.

—Sí... Usted está con él.

—Yo estoy en la foto, señor Maning, como las demás personas que puede ver usted.

—He querido decir que está junto a él.

—Junto a alguien tenía que estar.

—Sí.

Scott miraba la fotografía de Jebediah Chesterton: era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, de proporciones atléticas, bellas facciones enérgicas, frente amplia, mandíbula firme. Una hermosa y densa cabellera rubia ligeramente rizada le confería un encanto indiscutible. Y tenía una sonrisa simpática y cordial.

—No pretendo ser indiscreto —murmuró Scott—, pero supongo que el profesor Chesterton tiene... o tenía mucho éxito entre el personal de la clínica.

—Solía tenerlo, sí.

—¿Podría ser causa de su... desaparición? Bueno, pudo verse en algún compromiso un tanto peliagudo y decidir marcharse sin dejar dirección. ¿Su marcha no afectó de modo especial a alguna enfermera, o cualquier empleada en particular..., incluso, quizá,

alguna de las mujeres alojadas aquí entonces?

—Que yo sepa no. En realidad, a quien pareció afectar más la desaparición de Chesterton fue a Silvan Wallen, ahora que recuerdo.

—¿Sí? —exclamó Scott—. ¿Por qué?

—No sabría decirle con exactitud... Tal vez porque solían conversar con mucha frecuencia. Creo que Chesterton tenía mucha influencia sobre Wallen.

—¿Lo atendía profesionalmente?

—La mayor parte del tiempo, aunque procurábamos dar una variedad de compañía a los residentes. No es conveniente que se obsesionen con nada. De todos modos, Wallen parecía un poco... fascinado por la personalidad de Chesterton. Bien entendido que Silvan Wallen es una persona muy influenciable.

—Es decir, que si el profesor Chesterton sabía tratarlo bien podía hacer con él lo que quisiera.

—Bueno, yo no diría tanto, pero... algo así. Aunque la verdad es que Chesterton no se esforzaba en absoluto en ser simpático con Wallen de modo especial. Quizá al contrario, solía... motivarlo con demasiada frecuencia, para mi gusto.

—¿Motivarlo?

—Creo que se mostraba demasiado cáustico con el muchacho en demasiadas ocasiones, le provocaba reacciones de responsabilidad.

—¿Y eso dio malos resultados para Wallen?

—No, no. Al menos, si nos atenemos a las pruebas, no dio malos resultados, ya que después de desaparecer Chesterton pudimos decirle al joven Wallen que le considerábamos totalmente recuperado.

—Eso debió ser muy satisfactorio para todos.

—Por supuesto.

—¿No han vuelto a tener noticias de Chesterton en ningún sentido?

—En ningún sentido.

—Es curioso, porque Silvan Wallen, según parece, sí las ha tenido. Tengo entendido que el profesor Chesterton facilitó a Wallen y unos amigos de este cierto... poderoso afrodisíaco, no hace mucho, dos o tres días... ¿Está sorprendida, doctora?

Emma Sanderfer, que estaba boquiabierta, consiguió reaccionar.

—¿Sorprendida? —exclamó—. ¡Estoy estupefacta! ¡De modo que Chesterton ha reaparecido...!

—No exactamente —frunció de nuevo el ceño Scott—. El único que admite su existencia y presencia es Silvan Wallen; los amigos de este aseguran no conocer al profesor Chesterton, hasta el punto que hemos llegado a dudar de su existencia.

—Dios bendito... ¿qué está ocurriendo aquí? Además, ¡eso del afrodisiaco...! ¡Claro que no! Chesterton no estaba preparado para realizar nada semejante. ¡Qué despropósito!

Scott miró el resto de las fotografías, las devolvió todas a Emma Sanderfer, y regresó ante el ventanal. Hacía frío. De todos modos, la primavera vencería pronto las últimas inclemencias del invierno. Ya había bastantes flores. Y nenúfares. Se había pasado años sin ver nenúfares, y ahora, en dos días, los estaba viendo en abundancia. Bueno, así son las cosas.

Se volvió a mirar a Emma, que le contemplaba con interés más que evidente.

—¿Diría usted que pudo llegar a existir alguna clase de... antagonismo entre el profesor Chesterton y Wallen? Ya sabe, por eso de que Chesterton motivaba demasiado al muchacho.

—No lo creo, pero podría ser.

—¿En qué modo pareció afectar especialmente a Wallen la desaparición del profesor Chesterton?

—Estuvo muchos días preguntando por él. Parecía no aceptar la idea de que Chesterton se hubiera marchado... En realidad, estuvo preguntando por Chesterton hasta que se marchó, todos los días.

—Entonces se diría que le tenía afecto, no lo contrario, ¿no le parece?

Emma Sanderfer se pasó la lengua por los labios antes de murmurar:

—A decir verdad, señor Maning, yo más bien diría que el joven Wallen quería... asegurarse de que Chesterton seguía fuera de la clínica, de que no iba a volver en fecha cercana. Posiblemente influyera la causticidad de Chesterton. A veces se pasaba en sus motivaciones... Es curioso que usted haya mencionado los nenúfares.

—¿Por qué? —parpadeó Scott.

—Una de las cosas que oí a Chesterton decirle a Silvan Wallen

fue que los nenúfares parecían... bocas tiernas e hipócritas esperando abiertas durante todo el día para atrapar la comida, y que de noche se cerraban y la devoraban. Chesterton le preguntó a Wallen qué le parecía la definición.

—¿Y qué contestó Wallen?

—Dijo que los nenúfares eran flores, no bocas hambrientas y crueles. Chesterton se echó a reír, y le dijo que las cosas no son solamente lo que son, sino lo que uno quiera que sean, que bastaba desear que los nenúfares fuesen bocas hambrientas para que lo fuesen.

—Pero... ¿por qué decía esta clase de cosas? ¿Forman parte de la terapia de ustedes?

—Forman parte del muy peculiar modo de ser de Chesterton.

—¿Le importaría que me quedase una de esas fotografías? Quisiera mostrársela al teniente Prentiss. Se la devolveré, por supuesto.

—No hay problema. Señor Maning: ¿qué es lo que está pasando exactamente?

—Están pasando tantas cosas que ni yo mismo me aclaro. Pero quizá llegue a conseguirlo, más pronto o más tarde..., y con su ayuda.

—¿Con mi ayuda? Temo que no podré decirle más de lo que ya le he dicho.

—Nunca se sabe —enarcó el ceño Scott—. Mire, hay una cosa que me está rondando por la cabeza: ¿era malvado el doctor Chesterton?

—¿Malvado? —exclamó Emma Sanderfer—. Cielos, no. Era... petulante, quisquilloso, bastante pagado a sí mismo y de sus cualidades, pero yo no diría que era malvado.

—Bueno, aparte de lo que acaba de decir del profesor Chesterton, ¿cómo lo definiría usted? Me refiero a lo que ha dicho hace un momento respecto a su peculiar modo de ser.

—Caramba, señor Maning, ya le he dicho que era petulante, quisquilloso y engreído... ¿Eso no le parece una buena definición de una persona?

—¿Diría usted que era sádico? ¿Aunque solo sea un poquito sádico? Quiero decir que, en el caso concreto de Silvan Wallen..., ¿se podría admitir la posibilidad de que el profesor Chesterton se

divirtiera un poco diciendo cosas que podían fastidiar a Silvan Wallen? Como eso de los nenúfares, por ejemplo.

—Francamente, nunca se me ocurrió pensar nada parecido de Jed Chesterton, pero... ahora que lo enfocamos de ese modo quizá hubiera un poquito de sadismo en alguna de sus preguntas o manifestaciones. En cualquier caso, me inclino a creer que tenía sus buenos motivos para todo lo que hacía. En el caso de Wallen tal vez buscaba en los recovecos de su mente reacciones o conceptos inesperados.

—Entiendo. Digamos una terapia de choque.

—Podía considerarse así en ocasiones.

Scott quedó de nuevo pensativo unos segundos antes de preguntar:

—¿Diría usted que el joven Wallen se alegró de la marcha del profesor Chesterton?

—Me pareció que andaba un poco desconcertado, pero... sí, creo que se alegró.

—¿Y a qué achacó usted eso?

—En mi opinión Silvan Wallen es un muchacho demasiado sensible, y los métodos de Jeb Chesterton tenían que chocarle demasiado.

Scott asintió. Una vez más se volvió a mirar hacia el parque de la clínica Center Sun. Se le ocurrió que no sería mala idea irse también a California, como el teniente Prentiss. Aunque cuando en Oregón le daba por hacer sol la cosa era de maravilla...

—¿Se dejó alguna pertenencia el profesor Chesterton? —preguntó cómo hablando consigo mismo—. ¿Alguna prenda de vestir, un libro, una bata...?

—No, no se dejó nada.

—¿Absolutamente nada?

—Nada.

—¿Se marchó a pie, o llamó a un taxi, o tenía coche...?

—Si hubiera llamado a un taxi la policía habría terminado sabiéndolo, señor Maning. Se fue en su propio coche.

—¿Y cómo es posible que nadie le viera partir?

—Presumimos que se marchó de madrugada, entre las dos y las cuatro.

—Supongo que les pareció muy extraño.

—Desde luego.

—¿Y qué pensaron al respecto? ¿Por qué podía hacer el profesor Chesterton una cosa así?

—Ni antes ni ahora creo que nadie pueda darle una respuesta que resulte mínimamente satisfactoria.

Una vez más asintió Scott Maning. Seguía mirando el estanque.

—Supongo que tienen un jardinero en la clínica.

—Sí.

—¿Le molestaría a usted prestármelo, doctora Sanderfer?

Capítulo XII

EL jardinero era un hombre de unos cincuenta años, grueso, peludo, de ojos pequeños y gesto simpáticamente malicioso. Calzaba botas altas, y se abrigaba con un enorme chaquetón que casi parecía un abrigo.

De pie junto al estanque, Scott lo vio llegar, portando al hombro el limpiador de hojas del estanque, conforme le había pedido él a la doctora Sanderfer. El limpiador era una larga vara en cuyo extremo había un rastrillo con red, y el hombre lo portaba como si fuese un fusil al hombro. Llegó junto a Scott y movió la cabeza por todo saludo.

—Soy Glendon, el jardinero. La doctora Sanderfer me ha llamado al cobertizo de material para decirme que un tal señor Maning me esperaba aquí con este trasto —movió el limpiador.

—Así es, señor Glendon. Gracias por venir.

—Trabajo aquí —encogió los hombros el otro—. ¿De qué se trata?

—Me gustaría que rastrillase un poco el estanque.

—Las hojas suelen caer en otoño, señor Maning. Como puede ver, no hay hojas ahora. Es más, yo diría que el estanque está limpio.

—Lo que busco, si está ahí, estará en el fondo. ¿Cuánta profundidad tiene este estanque?

—Metro y medio, no más. ¿Qué busca usted? ¿Una cosa pequeña o más bien grande?

—Tan grande como usted y yo.

Glendon se quedó mirando inexpresivamente a Scott Maning. Por fin movió la cabeza.

—La verdad es que deberíamos limpiar el estanque más a menudo, pero es una lástima romper los nenúfares. También hay un poco de ova, claro, que se agrupa hacia el centro, y la vamos

dejando ahí, limitándonos a limpiar un poco cerca del borde... ¿De modo que grande como usted y como yo?

—Tal vez no haya nada. Pero me gustaría asegurarme.

—Bien... Bien, bien.

El cadáver fue encontrado tan solo cuatro minutos más tarde.

Glendon tuvo que tirar con fuerza de la vara, en cuyo extremo, el rastrillo parecía haberse hincado en algo tan fuerte que costaba desprenderlo. Y no se desprendió, sino que, simplemente, el rastrillo atrajo hacia la superficie y en dirección a Glendon aquella «cosa» que, de pronto, apareció flotando entre los nenúfares. En principio parecía un gran fardo de ropa, pero pronto se vio la forma de una cabeza humana en un extremo. El cuerpo estaba hinchado, y lo mismo la cabeza, que parecía de color gris sucio. Scott Maning pensó que parecía un enorme pez podrido, Los ojos del cadáver estaban abiertos, y parecían dos bolitas de cristal machacado, opaco, horripilante. Glendon remolcó el cadáver hasta la orilla del estanque, y entonces Maning vio la cuerda hinchada que le rodeaba la cintura.

Dirigió la mirada hacia la fachada en la cual estaba el ventanal de la doctora Sanderfer, y vio a esta tras los cristales. Le hizo una seña, y la doctora desapareció.

—¿Sabe una cosa? —murmuró el jardinero—: Me estaba volviendo loco preguntándome porqué se habían marchado todas las ranas del estanque.

—¿Lo conoce? —señaló Scott el cadáver con un gesto de cabeza.

—Que me emplumen si no es el doctor Chesterton. Está hinchado como un pan en agua... Lo que no entiendo es cómo permanecía en el fondo. Debería haber flotado, tan hinchado.

—Estaba lastrado con algo de peso atado a la cuerda que lleva en la cintura.

—¡Ah! Claro... Bueno, ¿qué hago? ¿Lo saco de ahí?

—No esperaremos a la policía. Es decir, la esperarán ustedes. Yo tengo que marcharme.

—La policía se enfadará.

—No. Un amigo mío les llamará desde Portland para darles las explicaciones necesarias, no se preocupe. Gracias por todo, señor Glendon.

Scott se encaminó hacia el edificio de la clínica. Estaba ya cerca

cuando Emma Sanderfer apareció apresuradamente, acompañada de dos mujeres y un hombre, todos con batas verdes, que se quedaron mirando con los ojos muy abiertos al abogado.

—Llamen a la policía —dijo Scott—. Y cuando se interesen por mí dígales que el teniente Prentiss, de Portland, les dará cuantas explicaciones precisen.

—Dios mío —gimió Emma—. ¿Es él? ¿Es Jeb Chesterton?

—Según el jardinero, sí. Y a mí no me cabe la menor duda.

—Pero... ¿qué significado tiene esto, señor Maning?

—Pues yo diría, doctora, que el profesor Chesterton terminó por convencer a Silvan Wallen que los nenúfares eran bocas hambrientas..., y el muchacho se dedicó a alimentarlas.

—¿Quiere decir... que fue Wallen quien metió a Chesterton... en el estanque?

—Naturalmente. Ha sido un placer conocerla, doctora. Hasta la vista. Oh, un último favor: ¿me permite llamar por teléfono desde la clínica?

* * *

Cuando el teniente Prentiss llegó a la quinta de los Davis en Mayway Drive, Scott Maning ya estaba esperando allí, junto al estanque, con las manos en el bolsillo del gabán y un cigarrillo en los labios, lo que ocasionó una hosca sonrisita en el policía. Muy bien, lo de siempre: el maldito aficionado había tenido más suerte que la propia policía. A apechugar.

Se apeó del coche, y sin hacer caso al personal que le acompañaba, tanto en su coche como en los otros dos y en la camioneta que cerraba la comitiva, se encaminó directo hacia Scott, que sacó una mano del bolsillo, le hizo un saludo, y aprovechó para retirar el cigarrillo de la boca.

—Viaja usted muy deprisa, señor Maning —llegó diciendo Prentiss.

—Solo estaba en Walnut Grove, ya le dije por teléfono.

—Sí. Me han llamado al coche por el radioteléfono, informándome de la llamada de mis colegas de Vancouver: el profesor Chesterton murió por rotura de cuello.

—Eso puede indicar que Silvan Wallen es un muchacho

sumamente fuerte, ¿no le parece?

Los hombres que habían llegado con Prentiss comenzaron a trabajar, sacando de la camioneta botas de agua largas y pértigas con ganchos. Prentiss tomó de un brazo a Scott, y lo apartó de allí.

—Si no recuerdo mal, señor Maning, a Silvan Wallen se lo llevaron dormido del apartamento de la doctora McKinley, que quedó lleno de salpicaduras de sangre. ¿Correcto?

—Sí.

—Bien, si Wallen es el causante de todo esto... ¿qué pasó con él, quién se lo llevó, dónde está ahora?

—No sé qué pasó con él, ni dónde está ahora. En cuanto a quién se lo llevó... ¿por qué no hemos de pensar que se fue por su propio pie tras extraerse sangre y salpicarla por todos lados después de hacer el loco destrozando las cosas?

—¿Cómo puede hacer todo eso una persona bajo los efectos de un sedante? ¿Estaba o no estaba dormido?

—Yo creo que no. O al menos, los efectos del sedante que le administró Empire eran mínimos para una persona como él, nerviosa en extremo y posiblemente preparada para soportar ese tipo de sedantes suaves, debido a su permanencia en la Center Sun. ¿Le parece imposible?

—No, ni mucho menos —gruñó Prentiss—. He conocido tipos que han soportado fuertes dosis de pentotal. Pero dígame: ¿a qué demonios fue Silvan Wallen al apartamento de la doctora McKinley después de hacer lo que usted asegura ahora que hizo, si luego pensaba marcharse?

—Eso no lo sé. Pero tendría sus motivos.

—Está bien. Hablemos ahora de las otras personas. Por ejemplo, de los Davis y su criado: ¿Silvan Wallen se los llevó de aquí?

—No, no se los llevó —rechazó Scott, señalando el estanque con la barbilla.

—Ya. ¿Y qué me dice de los Brooks? ¿Fue Wallen quien violó a la señora Brooks y luego le arrancó el corazón?

—Sí. Edgard no estaba en casa en ese momento, desde luego. Y cuando llegó se encontró a su esposa sobre la mesa de la cocina violada y... destripada. Tal vez vio el corazón allí, no sé, lo tomó en sus manos, y entró en estado de *shock*. Incluso es posible que Wallen llegara a ver esto.

—Por mi madre —jadeó Prentiss—. ¿Por qué haría ese muchacho una cosa así? ¿Por qué haría todo esto?

—No lo sé. Supongo que debe estar loco.

—Lo dieron de alta en la Center Sun, ¿no?

—Pudo perfectamente engañarlos.

—O sea, que ese muchacho mató al doctor Chesterton, lo metió en el estanque, y aquí no ha pasado nada, señores, nadie se enteró de nada.

—Eso debió ocurrir entre las dos y las cuatro de la madrugada, y entonces todavía era invierno; no creo que a esa hora, y posiblemente en el parque, hubiera nadie paseando por allí.

—Muy ocurrente. En fin, que según usted todo este follón lo ha organizado él solito, el joven Silvan Wallen.

—Sí.

—Y ahora vamos a encontrar un montón de cadáveres en ese estanque. ¿Solo porque encontró a Chesterton en el de la clínica?

—Presumo que Wallen se aficionó a dar de comer a los nenúfares hambrientos. Eso aparte, las ranas se fueron de este estanque, como del de la Center Sun.

—Entiendo. Tal vez usted equivocó la carrera, señor Maning. Debió ser policía, ¿no le parece?

—Tal como me iban las cosas es posible que me dedique a la investigación después de esto. Investigación privada, se entiende.

—Oh, no, por favor, ¡otro Perry Mason, no!

—Usted también es ocurrente —sonrió hoscamente Scott.

—Me defiendo. Veamos: ¿qué hizo Silvan Wallen con las cosas del profesor Chesterton? Sus ropas, sus libros, su coche... Todo eso. ¿Qué hizo?

—No tengo la menor idea.

—Pero si está seguro de que el muchacho lo recogió todo para que pareciera que Chesterton se había marchado, ¿no es así?

—Sí, eso creo.

—Bueno, mire, señor Maning, a mí me gustaría que usted se equivocara, y no por celos profesionales, o envidia, sino porque si está dando en el clavo vamos a encontrar varios cadáveres pudriéndose bajo los nenúfares, y eso me parece horrible. De modo que ojalá se equiv...

—Teniente —llamó uno de los hombres que se habían metido en

el estanque con las botas de agua altas y empuñando una pértiga con gancho.

Prentiss se volvió a mirarlo, estuvo así unos segundos, miró luego a Scott, y por fin se encaminó hacia el estanque, seguido por el abogado. Otro hombre estaba ayudando al primero a remolcar hacia el borde lo que había quedado prendido en el gancho, y que no era otra cosa que el cuerpo desnudo de una mujer, hinchado y de color agrisado. Era espeluznante.

Muy cerca del punto donde la mujer había sido «pescada» por el gancho el agua hizo un extraño gorgoteo, como un «blop», y por entre los nenúfares apareció otro rostro humano, y junto a este, inmediatamente, otro. Estaban muy juntos, casi tocándose. Uno de los policías vadeó hacia allí, examinó el hallazgo, y se volvió a mirar a Prentiss, que estaba lívido.

—Un hombre y una mujer —dijo el otro, con voz muy tensa, y tan pálido como Prentiss—. Están atados uno al otro por una cuerda en el cuello.

—Apuesto que esos dos son Walter Morton y su linda novia Anne Masterson —murmuró Scott Maning.

Prentiss le dirigió una torva mirada, y masculló:

—Seguid buscando. Según las cuentas del señor Maning debe haber ahí nueve cadáveres. ¿Correcto, señor Maning?

—Correcto —asintió Scott.

Pero no podía acertarlo todo, así que no insistió cuando los policías que trabajaban en el estanque aseguraron que ya no quedaba en este ni un solo cadáver. Habían encontrado siete en total: dos hombres y cinco mujeres. Uno de los hombres, seguro, que era el criado de los Davis, Henry Adams; el otro tenía que ser Walter Morton, sin la menor duda. Y tampoco cabían dudas respecto a la identidad de las cinco mujeres: Anne Masterson, Sheila Gannet, Norah Evans, Lilliam Kendall y Rachel Larson. Las mujeres estaban desnudas, y se veían con nitidez escalofrantes las heridas de cuchillo que abrían sus carnes en varios puntos.

El revuelo era tremendo. Habían sido llamadas varias ambulancias, en la avenida se había producido un embotellamiento debido a los vehículos que se habían detenido frente a la quinta al ver tanto movimiento policial. De dentro de la ciudad comenzaron a llegar periodistas y fotógrafos. El teniente Prentiss se había

serenado, pero no quería soltar prenda todavía. Scott Maning permanecía un poco alejado del estanque, solo, con las manos en los bolsillos, rumiando sobre la última conversación con Prentiss antes de que este tuviera que atender a los periodistas:

«De manera que después de todo es cierto que se organizó una orgía o algo parecido en la casa de los Davis —había dicho Scott—, y qué luego algo ocurrió que impulsó a Wallen a matar a esta gente y llenarlo todo de sangre».

«Nada de eso —había rechazado Prentiss—. Usted lo está adivinando todo, o deduciendo, de acuerdo, pero en esa casa no hubo salpicaduras de sangre o las habríamos visto o detectado por muy bien que las hubieran lavado».

«O sea, que esas seis personas no fueron muertas en la casa de los Davis».

«Puede estar seguro de que no».

«Entonces, ¿dónde? Explíqueme qué objeto tiene matar a seis personas lejos de aquí para luego traerlas al estanque. Aparte del fanatismo de alimentar a los nenúfares, es muy arriesgado, ¿no le parece? Transportar seis cadáveres, sacarlos del coche para meterlos en el estanque... Lo lógico es que las cosas ocurrieran en la casa de los Davis».

«Puede que sea lógico, pero estoy seguro de que no fue así. Y me apuesto lo que quiera en eso, Maning».

«Seguramente tiene razón, porque hay que considerar además la conducta de los Davis cuando vinimos Empire y yo... Me atrevo ahora a asegurar que en efecto ellos no sabían nada de reuniones, ni de orgías... Sin embargo, su casa parece el lugar ideal, apartada... y con estanque».

—Que no —había gruñido Prentiss—. Que no fue en esta casa, coño. Quizá los mató dentro del coche, o en una camioneta, o en cualquier sitio en el que los citó.

Esto era perfecto, estaba pensando en aquel momento Scott Maning. Sí, lo último dicho por Prentiss era perfecto: cualquier sitio en el que los citó. Muy bien, los citó engañándolos con cualquier explicación, los llevó al sitio, y los hizo pedazos a todos tras violar a las chicas; o quizá fue al revés, quizá primero las hizo pedazos y luego las violó.

Pero no en cualquier sitio.

No, no en cualquier sitio, ni mucho menos. Tenía que ser un sitio cómodo para Silvan Wallen, tranquilo, que no estuviera demasiado lejos del estanque, al que pudiera llegar sin riesgo de ser visto desde...

Scott Maning lanzó una exclamación, y, unos quince metros alejado de él, Joe Prentiss se volvió vivamente a mirarlo. Vio los ojos del abogado muy abiertos y con expresión alucinada. Prentiss parpadeó, y comenzó a acercarse al abogado, quien de pronto parpadeó también, pareció volver a la realidad, y buscó con la mirada. Lo que buscaba estaba allí mismo, ante él, apenas a media docena de pasos ahora: el teniente Prentiss. Se quedaron mirándose los dos, y luego, muy despacio, Scott Maning fue volviendo los ojos hacia la casa vecina, propiedad de la anciana e insociable señora Hardin. Prentiss también miró hacia allá, de nuevo pálido. Cuando, tras mirar la casa cerrada a cal y canto, el abogado y el policía volvieron a mirarse, como espantados de sus propios pensamientos, Prentiss jadeó:

—Dios... ¡Dios!

Capítulo XIII

PRIMERO encontraron a Loretta Hardin.

Estaba en el salón. Un salón que olía a rancio, a muebles tan antiguos como su propietaria. Todo era antiguo allí, todo recordaba tiempos pasados, todo daba a entender que la anciana señora Hardin había vivido más en el pasado que en el presente.

De dentro del salón pendía una gran araña, asimismo antigua, con brazos de latón y tulipas recargadas de dibujos azul oscuro. Era tétrica. De la gran araña pendía el cuerpo de la señora Hardin, pero formando una composición que de momento ni Prentiss ni Maning lo entendieron.

No tenía sentido.

La señora Prentiss estaba desnuda; colgada con los pies hacia abajo, lo que era aceptablemente lógico, pero, en cambio, tenía la cabeza orlada de blancos cabellos colgando de los pies.

No tenía sentido. O no lo tuvo hasta que asimilaron el cuadro que estaban viendo, es decir, que la cabeza de la señora Hardin había sido cortada, y atada por medio de los cabellos a sus pies, así que pendía de estos, casi tocando el suelo. Donde debía haber tenido la cabeza se veía el horripilante muñón negruzco de su cuello, del cual había brotado tanta sangre que ahora su cuerpo estaba manchado de grandes costras oscuras, y en el suelo se veía un charco que parecía de barro. Pero lo más grotesco y horripilante de todo eran las marchitas flores que emergían del boquete de su vientre, enorme boquete, y que más adelante el forense informaría que habían sido metidas en el abdomen de la anciana con búcaro incluido.

Sin saber tanto todavía, Maning y Prentiss tuvieron que salir corriendo de allí, aunque lo mismo daba vomitar en el salón que en el espacioso vestíbulo, donde lo hicieron con violencia terrible. Dos de los policías que habían entrado con ellos al salón les

acompañaron en tan desagradable trance de protesta fisiológica, y los demás se quedaron mirándolos entre impresionados y desconcertados.

Entre arcada y arcada, Prentiss pudo farfullar la orden de que no se le permitiese la entrada a ningún periodista, con o sin cámara fotográfica. Luego, más tranquilo, miró a Scott, que limpiaba las lágrimas con su pañuelo.

—Creo que es mejor para usted que no siga adelante con esto, Maning.

—Si no le importa, quiero ver lo que haya que ver —graznó Scott.

—Allá usted.

Volvieron al salón, donde, en efecto, todo estaba manchado profundamente de sangre, y no solo de la señora Hardin. Había manchurroneos por todas partes, y restos de vestidos de mujer, y mechones de cabellos. Uno de los agentes policiales de uniforme que también había entrado comenzó a vomitar allí mismo, y uno de sus compañeros le sacó a toda prisa. Nadie sabía dónde mirar para ahorrarse su dosis de horror, pero sí se mostraron de acuerdo en que lo que menos había que mirar era a la señora Hardin.

Prentiss, que se había procurado la debida orden judicial para entrar en la casa de Loretta Hardin, y que mientras la esperaba había almorzado en compañía de Maning, parecía realmente enfermo ahora, por lo que el joven sargento detective Sprenmayer, de gran cabeza cuadrada y sólida como un bloque de cemento, tomó interinamente el mando del grupo policial, y ordenó el registro sistemático de toda la casa. Cuando uno de los agentes que habían subido al primer piso bajó pálido como un muerto, Sprenmayer se quedó mirándole, esperó en vano una explicación, y acto seguido subió al primer piso. Había más agentes allí, todos ante la misma puerta abierta de una de las habitaciones.

Sprenmayer entró en esta habitación. Lo primero que vio fue los oscuros cortinajes que cubrían completamente las ventanas. Luego, las camas, y en cada una de estas algo que remotamente, en principio, le sugirió un cuerpo humano. No muy convencido, se acercó, se colocó entre las dos camas, y comenzó a mirar a derecha e izquierda, de Carolina Davis a Barry Davis y viceversa, hasta convencerse de que, en efecto, eran dos cuerpos humanos.

Cuando finalmente, asimiló cómo habían quedado uno y otro, Sprenmayer palideció ligeramente, y dijo:

—Caray... ¡Caray!

—Jodido cabeza cúbica —farfulló uno de sus compañeros—, ¡tiene menos sensibilidad que un peine!

* * *

A las cuatro de la tarde los ánimos se habían serenado bastante, y las cosas iban por sus cauces habituales y conforme a las actividades policiales. Habían llegado dos forenses, más ambulancias, fotógrafos. En Mayway Drive la circulación, por lo demás casi siempre escasa, había sido tupida.

En una salita tétrica, pero discretamente ubicada en la planta baja de la casa, el teniente Prentiss, el sargento Sprenmayer, el abogado Maning y dos detectives de grupo de Prentiss, se habían reunido para atar todos los cabos y pergeñar ya el informe que debería rendir el teniente.

—En resumen —decía Prentiss—, de todas las personas de la lista que Wallen facilitó a la doctora McKinley solamente quedan vivas tres, que son Jefferson Howels, Albert Fisker y Dan Buchanan, y eso probablemente porque aceptaron pasar la noche en el Departamento.

—Sí, se han salvado tres de la lista —murmuró Scott—, pero han muerto tres personas que no estaban en ella: la señora Brooks, la señora Hardin y el criado de los Davis, Henry Adams... Y no olvidemos al profesor Chesterton.

—Bueno —frunció el ceño Sprenmayer—, ¿es que vamos a hacer de esto una cuestión programada? Quiero decir: ese muchacho, ¿está dispuesto a matar a todas las personas de la lista que él mismo dictó a la doctora McKinley?

—Podría ser —dijo Prentiss—. Pero eso no implica que se prive de destrozar a cualquier otra persona que le moleste, como Henry Adams o a la señora Hardin.

—O la señora Brooks —murmuró el detective Wallis.

—Con la señora Brooks además se divirtió. Ese chico es un maníaco sexual.

—Si realmente violó a cinco muchachas hace falta ser un muy

maníaco —gruñó Prentiss—. Ese muchacho ha de tener un motivo u otro para comportarse con tanta saña y crueldad.

—Pregunto una cosa —alzó un dedote Sprenmayer—: ¿vamos a organizar la cosa partiendo de la base que ese chico querrá liquidar a los tres que le quedan de la lista?

—Yo creo que algo intentará en ese sentido —dijo Maning.

—Pues lo va a tener difícil para llegar hasta los tres que le quedan —aseguró Prentiss—. Lo que no entiendo es que él mismo facilitara la lista a la doctora McKinley, y qué se proponía al ir al apartamento de ella. Conforme, era su psiquiatra, pero si quería confiarse a ella y pedirle ayuda, ¿por qué se marchó?

—Usted insiste en que todo esto no lo ha hecho Wallen, ¿verdad? —le miró Scott Maning mosqueado—. ¿Qué me dice del profesor Chesterton? ¿Tampoco fue Wallen quien le rompió el cuello y lo metió en el estanque con los nenúfares?

—Tal vez sí hizo eso —asintió Prentiss—, pero lo otro no acaba de encajar, según mi punto de vista. Es como si hubiera dos personas involucradas en esto.

—¿Dos? Bueno, una supongo que es Wallen, ¿no? ¿Cuál es la otra?

—Coño, Maning, eso no lo sé —masculló Prentiss—. Pero todavía tengo otra pregunta. De acuerdo, supongamos que le había cogido odio a Chesterton por su modo de tratarlo en la clínica, factible, admisible, está bien. Pero... ¿y a los demás, a los de la lista, todos amigos de él, según ellos mismos admitían? ¿Por qué hacerles eso a sus amigos? Las cosas siempre se hacen por algo, ¿no es cierto? ¿Qué demonios, hasta un loco tiene sus motivos! ¿Cuáles podían o pueden ser los de Silvan Wallen?

—A esa pregunta quizá podrán contestar Buchanan, Howells y Fisker.

—Pues se la haremos. Y si yo fuese usted, Maning, llamaría por teléfono a la doctora McKinley y le diría que tuviera mucho cuidado.

—Es lo que estaba pensando —murmuró Scott—, porque realmente..., ¿qué se proponía Wallen al recurrir a ella? Sí, la voy a llamar a su consultorio. Y si empezamos a ir a hablar con los amigos de Wallen quizá sería buena idea que Empire se reuniese con nosotros en el Departamento.

—De acuerdo. Haga esa llamada mientras nosotros terminamos de poner orden ahí fuera.

Scott Maning descolgó el teléfono de la salita, y marcó el número del consultorio de la doctora McKinley en Burnside Street.

La respuesta que tuvo fue la señal de comunicando.

* * *

Si Scott Maning hubiera llamado a Empire McKinley tan solo tres segundos antes habría recibido respuesta. Pero, tres segundos antes había llamado otra persona, así que cuando Empire atendió inmediatamente la llamada, precisamente pensando que era Scott quien llamaba, la línea quedó ocupada. Solo tres segundos fueron la causa de que Empire McKinley adquiriese unas vivencias que jamás olvidaría.

—¿Sí? —atendió con alegre impaciencia la llamada.

—¿...?

Empire quedó un instante como aturdida. En seguida, exclamó:

—¡Señor Wallen! ¿Es usted? ¿Dónde está?

—...

—¿No puede decírmelo? ¿Por qué?

—¿...?

—Bien, puedo ir yo si lo desea, desde luego. Pero comprenda que eso es imposible si no me dice dónde está.

—¿...?

—Por supuesto que iría. ¿Está usted bien?

—...

—No se preocupe, todo se arreglará. Hemos estado muy preocupados por usted, los estamos buscando... ¿Qué?

—...

—Oh, bueno, sí, el señor Maning... Es un abogado, al que recurrí antes de avisar a la policía, para que estuviera usted respaldado.

—...

—No... No, no se equivoca, él no está conmigo. Subió aquí, pero luego se marchó. Quería hacer unas cosas, y salió por la parte de atrás del edificio. Bueno, Usted no sabe cómo están las cosas, claro. Se las explicaría, pero opino más práctico que nos viésemos.

—...

—Bueno, puedo hacer lo mismo que el señor Maning: salir sin que nadie me vea. Pero, señor Wallen, ¿de qué tiene usted miedo, o de quién? ¡No será de mí!

—Me alegra oír eso. Bueno, si me dice dónde está.

—¡...!

—¡Claro que no pienso traicionarlo! Vamos, señor Wallen, vamos... ¿Señor Wallen? Por favor, no llore... Tranquilícese, soy su amiga, usted lo sabe perfectamente... ¡Por favor, deje de llorar!

—Está bien, cálmese. Veamos, está usted solo ahí, no dispone de coche, y no se atreve a regresar a pie. Ahora lo importante es que usted se sienta seguro, así que iré a buscarlo.

—¡...!

—Que sí, yo sola, se lo prometo. Y alquilaré un coche, para que no me identifiquen por el mío. Dígame dónde está.

—...

—Sí... Sí, sí. Espere un momento —Empire colocó ante ella un bloc, y comenzó a trazar rayas conforme a las indicaciones de Silvan Wallen—. Sí conozco esa ruta. Bueno, eso está bajando por 99 hasta Six Corners, ¿no es así?

—...

—Sí, es cierto, pero yo prefiero bajar la 99 y luego regresar hacia el Norte unas pocas millas. El camino quizá sea más largo, pero llegaré mucho antes.

—...

—De acuerdo. El primer cruce hacia atrás... No, no se preocupe, lo encontraré. No creo que haya más de diez millas hasta ahí, de modo que llegaré muy pronto. Sé de un rent-a-car donde me conocen bien, y seguramente me prestarán el coche sin más explicaciones.

—¿...?

—Lo más pronto posible. Usted no se mueva de ahí, señor Wallen. ¿De acuerdo? ¿Cuento con ello?

—...

—Hasta ahora, entonces.

Empire colgó el teléfono unos segundos pensativa, y luego miró el teléfono. No tenía ni idea dónde podía localizar a Scott, y además estaba enfadada con este porque no la había llamado en todo el día

desde que partiera hacia Walnut Grove. Le pareció imposible que estuviera todavía en la Center Sun, así que no valía la pena llamar a la clínica. ¿En su apartamento? No, porque si Scott hubiera terminado sus gestiones habría pasado a recogerla al consultorio, no se habría ido directo a su apartamento. Y eran las cuatro y... siete minutos de la tarde. Seguramente Scott pasaría a recogerla hacia las cinco, que era cuando se suponía que ella cerraría el consultorio.

«No puedo perder casi una hora esperándolo mientras Wallen me está esperando a mí. Parecía muy nervioso, y si me retraso o algo le inquieta durante la espera quizá decida esconderse... ¡Estaba asustado!».

Tan solo tres minutos más tarde la doctora McKinley abandonaba apresuradamente el consultorio.

Y ni siquiera medio minuto más tarde el teléfono volvió a sonar sobre la mesa del despachito.

* * *

—Ahora no contesta —farfulló Scott Maning—: ¡Pues sí que estamos bien!

—Quizá haya marcado mal —sugirió Prentiss.

—Sé hacer cosas más difíciles que marcar un número de teléfono, Prentiss.

—Todos nos equivocamos —encogió los hombros el policía.

Scott no tuvo más remedio que admitir esto, de modo que volvió a marcar el número. El teléfono llamó, pero no hubo respuesta. Estuvo oyendo el repiqueteo del timbre más de un minuto. Incluso Prentiss, esperando ya con cierta impaciencia junto a él, oía la llamada monótona, insistente.

—Cuando usted quiera podemos marcharnos —dijo Prentiss—. Casi será más rápido pasar por el consultorio de la doctora que estar llamando con nulos resultados: Puede que tenga el teléfono estropeado.

—Antes comunicaba.

—Pues por eso: ahora comunica, ahora llama y nadie contesta... Debe estar estropeado. Podemos pasar por allí camino del Departamento.

—De acuerdo. ¿Deja a Sprenmayer al cuidado de esto?

—Mientras nosotros conversamos con Buchanan y los otros dos, sí. Wallis nos acompañará: le cae bien usted y la doctora.

Scott soltó un gruñido, colgó el auricular, en el que se había seguido oyendo la llamada, y se dirigió hacia la puerta. Poco después, él. Prentiss, y el detective Wallis emprendían el camino al centro de la ciudad. Tan solo quince minutos más tarde Wallis detenía el coche cerca del que ocupaban sus dos compañeros encargados de custodiar a Scott y Empire. Los dos detectives que ya habían sido informados de que Scott les había dado esquinazo, le miraron hoscamente mientras Prentiss se acercaba a ellos.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No, ninguna, teniente.

—¿Habéis vigilado la salida de atrás?

—¿Para qué, si el señor Maning ya se había marchado? Y si la doctora se quedó es que le espera, ¿no?

Joe Prentiss miró a uno y a otro, pareció a punto de decir algo, y se volvió hacia Scott, recién salido este del coche.

—Le esperamos, Maning.

Scott asintió, entró en el edificio, y subió al piso donde Empire tenía su consultorio. La primera sorpresa se la llevó al encontrar la puerta abierta. La empujó, entró, y llamó a Empire, sin recibir respuesta. No había nadie en la sala de espera, no estaba la ayudante de Empire, no había nadie en el apartamento donde la doctora había instalado su consultorio. Con repeluznos de frío en la nuca, Scott Maning llegó por fin al despachito situado al fondo del apartamento, donde, por supuesto, tampoco estaba Empire McKinley.

En seguida vio la nota sobre la mesa, y se apresuró a leerla:

«Te he dejado la puerta abierta para que pudieras entrar y esperarme aquí. Wallen me ha llamado, y voy a recogerlo con un coche. Te llamaré cuando pueda. Te quiero.

»Empire».

Capítulo XIV

DE pie en la acera, el teniente Prentiss vio aparecer en la calle a un Scott Maning pálido que le hizo respingar. Tiró el cigarrillo al suelo, y se le acercó rápidamente.

—¿Qué ocurre? —exclamó, temiendo cualquier barbaridad.

Scott le tendió la nota. El policía la leyó, y palideció a su vez.

—Dios... ¿Esto es todo? ¿No ha dejado indicaciones sobre el lugar de la cita con Wallen?

—He visto unas rayas en un bloc que podían ser caminos o carreteras —musitó Scott—. Prentiss, tenemos que hacer algo... ¡Lo que sea, pero no podemos quedarnos esperando una llamada que quizá no se produzca!

—Tranquilícese. Vamos a subir nosotros a echar un vistazo arriba. Tranquilo, Maning, ¿de acuerdo?

Subieron al consultorio ellos dos y el detective Wallis. Los dos policías se dieron una vuelta por el consultorio, y terminaron en el despachito. Scott estaba sentado tras la mesa, estudiando la hoja de bloc que contenía garabatos trazados por Empire mientras recibía las indicaciones telefónicas de Silvan Wallen. Prentiss se colocó a su lado, y tras echar un vistazo murmuró:

—Parece una ruta por carretera, en efecto. Tal vez podríamos sacar algo en claro de esto.

—¿Sí? ¿Cómo? ¡Yo no entiendo nada!

—Yo tampoco. Pero quizá los de la Patrulla de Caminos le encuentren algún significado. Enviaremos a Leslie con esa hoja, Wallis y Barnes subirían aquí a esperar: esa posible llamada, y usted y yo iremos al Departamento.

—Y mientras tanto... ¿qué pasará con Empire?

Prentiss se pasó la lengua por los labios.

—No podemos hacer otra cosa, Maning. Ella ni siquiera conduce su coche, así que no podemos pedir que la busquen. Venga, vamos a

hablar con Buchanan y los otros dos; quizá lo que nos digan de Wallen sirva para tranquilizarlo a usted.

—Lo dudo. Pero vamos allá, si realmente no se puede hacer otra cosa.

—Estamos haciendo lo que se puede. No se preocupe: ya verá como no le ocurrirá nada a la doctora McKinley.

Scott miró hoscamente, y no replicó. Las intenciones de Prentiss eran buenas, qué duda cabía, pero lo cierto era que si no ocurría un milagro Empire McKinley se iba a encontrar en manos de un loco..., o quizá algo peor que un loco.

* * *

Empire McKinley detuvo el coche en el lugar convenido telefónicamente con Silvan Wallen, y paró el motor. La tarde era gris, y seguramente volvería a llover no tardando mucho. El lugar era solitario, más de lo que ella había podido esperar incluso pensando en los temores de Wallen.

Efectivamente, había circulado por la 99W, y el cruce de Six Corners había girado a la derecha, como emprendiendo el regreso. Pero enseguida había girado a la izquierda, a la derecha de nuevo apenas una milla más adelante, y había llegado así al triple cruce de la carretera secundaria que, formaba un trazo muy peculiar. Desde este cruce había enfilado el sendero, de nuevo hacia el Norte, y enseguida llegó al final del mismo. Muy cerca del lugar donde se había detenido discurría el Twalatin River, afluente del Willannette, al que se unía muy cerca de Oregon City...

Comenzó a arrepentirse de haber acudido sola. Alrededor de ella había altos abetos, y una explanada en dirección al Twalatin. Todo tenía un color sombrío. La carretera había quedado más atrás de lo que ella había entendido por las explicaciones de Wallen, y no había cabina telefónica alguna desde la que hubiera podido llamar. No, las cosas no eran como ella había entendido, como las había imaginado: el cruce de carreteras secundarias, la cabina telefónica, el sendero que terminaba muy cerca de la carretera... No, no eran así.

Y, en definitiva, Wallen no aparecía.

Empire tocó repetidamente el claxon, pensando que si Wallen no

aparecía antes de un minuto emprendería el regreso al cruce de carreteras para esperarle allí, en lugar de quedar apartada.

Y todavía estaba expandiéndose el sonido del claxon cuando Empire oyó abrirse la portezuela derecha. Volvió la cabeza, respingando, porque el hombre estaba ya entrando en el coche y sentándose junto a ella, mirándola. Empire McKinley respingó y palideció, y sus ojos fijos en los ojos blancos del jorobado, se desorbitaron. La doctora se atragantó cuando el gran cuchillo centelleó sombríamente camino de su garganta, en la cual quedó apoyado por la punta. Se quedó inmóvil, lívida de miedo, fijos sus ojos en los del jorobado horrendo, que sonrió mostrando sus mellas y sus dientes carcomidos.

—Por fin nos vemos, doctora McKinley —chirrió la oxidada voz—. ¡Tenía muchas ganas de verla! Hace tiempo que estoy enamorado de usted, pero mi maldita timidez siempre me impedía decírselo. Es por eso que odio al abogado Maning, y por eso lo descuartizaré cuando llegue el momento.

Empire quiso decir algo, pero de su boca brotó solamente algo parecido a un maullido. En el techo del coche comenzaron a sonar las primeras gotas de lluvia, espaciadas. Las tinieblas comenzaron a espesarse.

—¿Qué le pasa? —rio agudamente el jorobado—. ¿Está asustada? No debe temer nada de mí... a menos que no me ame. Pero usted me ama, ¿verdad? ¿No es cierto que me ama?

Empire tragó saliva y asintió con la cabeza. El jorobado volvió a reír.

—Dejaremos el coche aquí, y ya vendré luego a retirarlo para esconderlo con el otro. Ahora vamos a ir a pie. No intente escapar de mí, porque no lo conseguiría. Solo conseguiría hacerme enfadar.

—¿Quién..., quién es usted? —consiguió reaccionar Empire.

—Debería saberlo, querida.

—¿El profesor Chesterton?

—Soy la imagen más expresiva del profesor Chesterton Soy más que el profesor Chesterton. Soy... la esencia de la apariencia del profesor Chesterton. Salgamos del coche, iremos a pie a mi residencia de perfeccionamiento. Se lo advierto: no intente escapar.

Retiró el cuchillo completamente, y salió del coche. Empire lo hizo a su vez. El jorobado se reunió con ella, caminando

pesadamente, encorvado como vencido por el peso de la joroba. Pero lo que más impresionada tenía a Empire era los ojos, blancos como la leche, sin pupilas; eran dos simples globos blancos, vacíos e inexpresivos. ¿Cómo podía ver Chesterton con ellos?

Se estremeció cuando él la tomó de un brazo. Le pareció que un frío denso le atravesaba la piel de la manga del abrigo y se clavaba en su carne. La lluvia caía sobre las cabezas de ambos, espesándose rápidamente, creando un rumor de nostalgia entre los abetos. Empire McKinley tuvo la sensación de que todo era sombrío, tétrico. La idea de soltar su brazo de un tirón y echar a correr pasó por su mente, por supuesto. Pero, calzada con zapatos de tacón alto, cargada con el abrigo de pieles, y lloviendo, no conseguiría escapar de Chesterton, estaba segura de ello. Él la alcanzaría, y entonces estaría enfadado por su intento de fuga. ¿No era mejor mantenerlo calmado, hacerle creer que sentía aprecio por él?

Se encontró de pronto ante la entrada de una gruta cruzada por tablones en los que indicaba la prohibición de entrar y su advertencia del peligro que ello podía acarrear.

—No haga caso —rio Chesterton—. ¡Yo sé que podemos estar perfectamente ahí dentro!

La hizo pasar bajo uno de los tablones, y penetraron en la gruta. Había allí una cerca móvil de alambre de espino, en la que un cartel advertía nuevamente que había peligro y que estaba prohibido pasar. Chesterton volvió a reír, apartó la valla, hizo señas a Empire para que pasara, y la colocó de nuevo en su sitio. El rumor de la lluvia se oía ahora más dulce, como algo lejano y delicioso.

Chesterton volvió a tomarla de un brazo, y tiró de ella hacia la oscuridad. Empire se encontró caminando como si fuese ciega. Se detuvieron. Oyó unos roces. Luego, un sonido metálico. Una linterna lanzó un chorro de luz hacia adelante, y luego hacia el rostro de Empire, que alzó un brazo para protegerse los ojos.

—Mi habitación está más al fondo —dijo Chesterton—. Iremos allá, y seremos muy felices.

Empire contuvo su nuevo sobresalto. Se estaba diciendo a sí misma que debía comportarse con serenidad, que debía más que nunca actuar como una doctora en psiquiatría. Debía tener mucho cuidado, mucho tacto con aquel raro engendro de desquiciado cerebro. Si actuaba con serenidad y con astucia quizá podría

dominarlo.

—¡He dicho que seremos muy felices! —gritó irritado Chesterton.

Empire gritó sobresaltada.

—Sí, si —exclamó—. ¡Seremos muy felices!

Chesterton se echó a reír agudamente, y mostró el cuchillo en su diestra.

—Y si no te portas bien te abriré en canal y te haré comer tus propias entrañas, ¿entiendes?

—Sí... Sí, entiendo.

La luz señaló el camino, y Empire reanudó la marcha. Descendieron a otro nivel por una rampa, y luego regresaron. Allá dentro había una humedad terrible, y un silencio sencillamente espantoso.

—Mira —dijo de pronto Chesterton—, uno de mis cobayas.

La luz de la linterna cayó sobre algo que Empire no identificó de momento. Tardó cinco segundos en ver que era el cuerpo de una mujer, prácticamente desnudo y como roto, grotescamente retorcido. La cabeza estaba girada hacia atrás como si el cuello fuese de goma. Ni siquiera hedía ya, era como un montón de cartón con reminiscencias de formas humanas.

Empire sentía un temblor de debilidad en las rodillas, y el miedo parecía unas fauces crueles que estuvieran mordiendo su estómago, que además estaba frío, como metido en hielo.

—Y allí tienes otra —oyó la chirriante voz.

La luz se desplazó y vio otro cuerpo humano, también de mujer. Una pierna de esta casi había sido arrancada de cuajo. Empire sintió el amargo asco de las náuseas. Cerró los ojos cuando la cabeza comenzó a darle vueltas.

—Tengo más —explicó muy servicialmente Chesterton—. ¡Por lo menos estuve practicando con diez o doce de ellas antes de decidirme a hacerlo de verdad!

Empire no se movía. Fue empujada, y siguió caminando con los ojos cerrados, escuchando a Chesterton explicarse cómo había ido llevando allí a sus cobayas, algunas de ellas muertas. La sensación de pesadilla, de irrealidad, se iba haciendo más y más intensa en el ánimo de Empire McKinley, que ya no quería abrir los ojos y seguía caminando bajo la guía de la mano de Chesterton.

Hasta que de pronto se dio cuenta de que se habían detenido, y que Chesterton ya no hablaba.

Abrió lentamente los ojos. La luz era ahora de un quinqué, y parecía empapar las húmedas paredes, de simple tierra. A un lado vio lo que pareció un jergón, y junto a este algunas maletas, libros, ropas esparcidas...

—Tiéndete en el jergón —chirrió la voz de Chesterton—. Antes de nada haremos el amor un par de veces. Besémonos. Chesterton ya no portaba la linterna. Abrazó a Empire, y su boca carcomida buscó la de ella, que instintivamente ladeó la cabeza, mientras todo su cuerpo se estremecía; la única reacción que pudo controlar fue la de gritar. La boca de Chesterton cayó sobre su cuello, y allá besó y mordió. Empire gritó ahora, e intentó apartarlo empujando con ambas manos. Chesterton rio, y volvió a besarla y morderla en el cuello.

—Está bien —farfulló acto seguido—, si no quieres que nos besemos vamos a pasar rápidamente al asunto. ¡Desnúdate! ¡Quiero verte completamente desnuda! Si cuando yo regrese aquí no estás desnuda te cortaré un pecho y se lo echaré a las ratas... Hay ratas aquí abajo, ¿sabes?, de modo que si te separas de mí te atacarán y te devorarán. A mí me temen, pero si te encuentran sola por ahí se te echan encima a cientos, y te comerán entera, solo dejarán los huesos; mondos y lirondos, como si tu esqueleto fuese de plástico recién salido de la fábrica... ¡Je, je, je! ¡Desnúdate!

El jorobado se alejó, desapareciendo por una de las varias salidas del recinto circular donde se habían detenido. Empire se acercó al montón de ropa y maletas, y enseguida encontró documentos a nombre de Jebediah Chesterton. En uno de los documentos aparecía una fotografía de Chesterton; un Chesterton que, ciertamente, no se parecía en nada al jorobado, pues era hermoso, rubio, quizá de belleza un tanto fría y altiva... Pero era un hombre hermoso sin duda, de mirada inteligente. ¿Cómo se había convertido aquel hombre en el horrendo jorobado?

Recordó de pronto que este iba a volver, y su amenaza de cortarle un pecho si no la encontraba desnuda. Respingó, se quitó el abrigo de pieles y el resto de la ropa. Se sentó en el jergón, desnuda, sintiendo la humedad como un helado contacto en su carne. Sabía que si se negaba a entregarse al jorobado este la haría

pedazos. Estaba horrorizada y al mismo tiempo como insensibilizada. Se trataba de sexo, eso era todo...

Oyó los pasos, y miró hacia allá. La sorpresa la impulsó a ponerse de pie de un salto.

—¡Señor Wallen! —exclamó.

El joven y apuesto Silvan Wallen se acercó rápidamente ella, y se quedó mirándola con expresión anhelante.

—¿Está usted bien, doctora? —se interesó.

—Oh, Dios mío... ¡Creí que estaba usted muerto, que ese hombre lo había matado, después de obligarle a citarme en el sendero! Por lo que más quiera, señor Wallen, ¡sáqueme de aquí!

Las manos de Empire tiraban de la ropa de Wallen, que puso sus manos en los hombros de Empire y la atrajo suavemente.

—Pobrecita mía —murmuró; y de pronto se echó a reír—, ¡qué tonta eres!

Empire alzó vivamente la mirada hacia los hermosos ojos de Silvan Wallen.

—¿Qué... qué... dice?

—¡Eres tonta, Empire McKinley! Podría seguir la comedia contigo, pero ¿para qué? ¿No has comprendido todavía que el profesor Chesterton está a mis órdenes, que hace cuanto yo deseo? ¡Qué tonta eres!

—Señor Wallen, no..., no comprendo...

—Siéntate, tonta, siéntate. Mira, ¿ves esas ropas, esos libros, todas esas maletas y demás cosas? Pues son del profesor Chesterton, y se las trajo aquí cuando se puso a mi servicio. Yo le dije lo que tenía que hacer, y él lo hizo. ¿No te parece servicial el profesor Chesterton?

—Ese... ese hombre horrible no es... el profesor Chesterton...

—¡Qué sabrás tú! No sabes nada de nada. Como lo de la droga para tranquilizarme. ¿No sabías, tonta, más que tonta, que aprendí a controlar los efectos en pocos minutos? Y cuando me recuperé completamente y vi que me habías dejado solo me enfadé muchísimo, así que como no tenía allí a nadie a quien lastimar, me hice sangre yo mismo y la esparcí con la rabia de siempre a mi alrededor. ¡No era la primera vez que lo hacía! ¿Vas a decir que estoy loco?

—No —respingó Empire—. ¡No, no!

—Menos mal. Porque nada de loco, ¿sabes? Tímido, eso sí. Una timidez que finalmente se convirtió en odio. ¿Lo entiendes?

—No... Yo... lo siento, pe... pero no..., no lo entiendo.

Wallen se sentó junto a Empire, y le pasó con gesto amistoso un brazo por los desnudos hombros.

—A ti también empecé a odiarte, porque antes te había amado. Pero no me atrevía a decírtelo, porque sabía que me rechazarías. Lo que no sabía es que tuvieras relaciones con Maning, y eso que te espiaba...

—No tenía... relaciones con él. Fui a buscarlo para...

—Ya, ya. ¡No me vengas con cuentos! Pero bueno, ¿qué más da? Ya había decidido utilizarte. Se me ocurrió ir a contarle a la policía lo que había hecho, pero era una idiotez, pues entonces me habrían detenido, y no habría podido matar a los que quedaban. Era mejor ir a mi psiquiatra, ponerme en sus cariñosas manos. ¿No era lógico que un pobre loco que había hecho aquello fuese a contárselo a su psiquiatra? Y ciertamente, era lo mejor, porque así, cuando después de contárselo todo me hubiera escapado y hubiera matado a los demás del grupo, la policía ya sabría que yo era un desquiciado, y me habrían enviado a una... clínica de salud. ¿No es gracioso?

Se echó a reír, observado de soslayo por Empire, que se encogía bajo su brazo.

—¡Y eso era lo que yo quería, ir a otra clínica de salud mental, porque se aprenden grandes cosas allí! ¿Sabías esto?

—No sé... a qué se refiere —alentó apenas Empire.

—Sí, mujer. En todos esos sitios siempre hay alguien como el profesor Chesterton, alguien que te levanta el ánimo, alguien que te hace comprender, por fin, lo hermoso que es satisfacer los propios anhelos. Por ejemplo, yo sentía deseos de matar, y me avergonzaba de ello. ¿Te das cuenta qué cosa tan absurda y ridícula? ¡Avergonzarme por sentir deseos de matar! Por suerte yo he superado esa fase de mi personalidad. Ahora —la mano de Wallen acarició el hombro de Empire— ya no me avergüenzo, y disfruto enormemente. ¿Alguna vez has gozado del grandioso placer de matar?

Capítulo XV

EMPIRE McKinley miraba los ojos de Silvan Wallen, y sentía cada vez más horror ante lo que veía en ellos. Veía simplemente inteligencia, goce, alegría, diversión. Nada de locura. Deseó estar equivocada y que Wallen fuese un pobre loco, pero no quería engañarse a sí misma. Aquel hombre era peor que un loco, porque sabía perfectamente lo que decía y hacía, y gozaba intensamente con ello.

—Dios mío —gimió.

—Y cuando hubiera salido de la siguiente clínica tras matar a ese grupo de personas, habría vuelto a las andadas, después de aprender algo allá dentro. Al menos —se echó a reír Wallen—, uno aprende a hacerse el loco, ¿comprendes?

—Usted..., usted no está loco.

—¡Claro que no! Ya te he dicho que mi mal es la timidez. Verás cómo fue gestándose todo... como es natural, a mí me gustan las mujeres, así que las deseo, siempre las he deseado. Pero... no me atrevía a decírselo. Veía a mis amigos y amigas relacionándose entre ellos, ya sabes lo que quiero decir. Yo sabía, por ejemplo, que Anne Masterson se acostaba con su novio, Walter Morton. Normal y lógico. Tanto como lo que hacían los demás: Rachel se acostaba con Barry, Caroline con Ed, Norah con Dan, Jeff con Lillian. Y luego, pues se cambiaban las parejas, cuando les parecía. Siempre andaban así unos con otros, dale que dale, o buscando amistades de cama fuera del grupo, claro... ¡Siempre andaban dándole al sexo! Y como yo no me atrevía a decirles nada a las chicas empezaron a decir que yo era homosexual... ¿Qué te parece, doctora?

—No sé. ¿Lo era?

—¡Claro que no! No es que eso tenga importancia, pero no lo era, de ninguna manera. Es que no me atrevía a llevarme a una chica a la cama. ¡Vamos, no me atrevía ni a insinuárselo! Y de esa

pasión que se iba frustrando, nació el odio. Comencé a odiar lo que más deseaba. Y el odio engendró el deseo de matar. Me asusté, así que decidí tomarme una temporada de meditación y reposo, y me instalé en la Center Sun. Allí conocí al profesor Chesterton, y, poco a poco, me fui sincerando con él. Fue el único al que le dije la verdad de mis emociones, porque contigo, doctora, no he dicho nunca la verdad. En realidad yo no necesito ningún psiquiatra, pero cuando salí de la Center Sun dispuesto a todo me dije que debía buscarme un psiquiatra, para cubrir el expediente, como vulgarmente se dice; un hombre que ha estado en una clínica de reposo se busca un psiquiatra al salir. Normal, ¿no te parece? Así que fui a tu consultorio, y... en cuanto te vi te deseé. Y me dije: a esta sí que la voy a tener, pero a su tiempo, cuando haya hecho todo lo que me he propuesto hacer. Y hasta quizá la utilice en mis proyectos. Pero apareció ese Maning, y las cosas se torcieron un poco. Solo un poco, porque ya los he matado a casi todos, y te tengo a ti aquí... ¿Qué te pareció lo de Ed?

—¿Lo de quién? —susurró Empire.

—¡Lo de Ed Brooks! ¡Pues no va y se casa, el muy cretino...! Pero bueno, él sabría sus cosas. Seguro que seguiría con las demás chicas, y que no le importaría que su mujer lo hiciera con otros. Era muy hermosa la mujer de Ed, la estuve espiando antes de que se casaran y se fueran de luna de miel... Era muy guapa, y yo la tuve. Como tuve a las demás. Y todo ello, gracias al profesor Chesterton. Él me dijo que cuando uno desea hacer algo debe hacerlo, y punto. Le recordé que lo que yo quería era matar a las personas a las que había estado deseando sin conseguirlas, y me dijo: ¡pues mátalas!

—No es verdad —jadeó Empire—. ¡Un médico no puede decir esas cosas!

—¡Tú qué sabes, tonta! Además, Chesterton era un sádico... ¡Cómo se reía de mí cuando le decía que no podía matar, ni hacer nada! Se reía mucho de mí, me zahería cuando estábamos solos, me hacía... descripciones estremecedoras de las cosas. ¡Incluso llegó a decir que los nenúfares eran grandes bocas hambrientas! Le dije que no, que eran flores, y todavía se rio más de mí. Se reía tanto de mí, que un día me cansé, y le rompí el cuello y lo llevé a que lo comieran los nenúfares.

—Pero... si el profesor Chesterton está aquí...

—Ah, es cierto, está aquí. Pero no te preocupes, yo te protegeré de él, pobre tonta. Pero no eres una persona desagradable, eso no. Es que hay personas muy desagradables. Por ejemplo, la señora Hardin, la vecina de los Davis: es antipática, gruñona, hostil... Un día me dije: cualquier día te mataré, vieja asquerosa. Y pensando en matarla fue cuando empezó a ocurrírseme la idea de la orgía. ¿Quieres un cigarrillo?

—No... Gracias, no. Escuche, señor Wallen, quizá...

—Tranquila, y nada de intentar convencerme. Sé muy bien lo que estoy haciendo, y lo que quiero hacer. Te estaba hablando de la orgía... Bueno, lo primero que tenía que hacer era asegurarme de que después de matar a Chesterton era capaz de matar a alguien más, aunque no me estuviese incordiando en aquel momento, aunque no tuviera motivos directos para odiarle. Así que me dediqué a recoger chicas por la carretera, las traía aquí, y las mataba. En realidad enseguida me di cuenta de lo divertido que era, de lo mucho que me gustaba, de lo fácil que era... A algunas las poseía antes, a otras después, según mi humor. En fin, que ya iba teniendo todas las chicas que quería. Pero las que yo quería tener de verdad eran las de siempre, las de mi grupo, las que se habían reído de mí y habían dicho que yo era homosexual y mientras tanto se iban acostando con unos y con otros. Así que un día... ¡Yo sí deseo fumar!

Silvan Wallen encendió un cigarrillo, expelió el humo con gesto de evidente placer y miró sonriente a la aferradísima Empire McKinley.

—Así que un día me fui por la noche a la casa de la señora Hardin, cuando ya lo tenía todo bien pensado, y la maté. La hubiese poseído, pero era vieja y más bien fea, y me dio asco. Así que le metí en el vientre un florero, para embellecerla. Y como seguía siendo fea, le corté la cabeza. Era una nueva experiencia... ¿Qué te pasa ahora?

Empire se había llevado las manos a la boca, sintiendo el amargor que la había inundado, procedente del estómago. Por supuesto que no podía hablar, que toda ella estaba revuelta, trastornada, pero Wallen, tras mirarla unos segundos sorprendido, continuó como si tal cosa.

—Dos días después de lo de la vieja, llevé a las chicas y al hijo

de puta de Walter a su casa, secretamente, y les dije que disponía de una droga afrodisíaca que era el no va más según me habían dicho, y que había que probarla. Estaban sorprendidos, no podían creer que eso se lo propusiera yo. Pero aceptaron, claro, si bien Walter me advirtió que ya no quería que Anne lo hiciera con nadie más que con él. Yo les dije que sí a todo, me los llevé a la casa de la vieja cerda, y les di el afrodisíaco. Pensé: ¿qué pasaría si esto fuese una droga que le volviera loco a uno? Esta era la idea, ¿comprendes?: hacer las cosas como si estuviera loco, loco de verdad. ¡Me parecía tan divertido! En la Center Sun había conocido a un par de sujetos que sí estaban un poco majaretas, no como yo, que había ido allí solo a serenarme... Bueno, debiste verme entonces, doctora, haciendo y pensando las cosas como si fuera un pobre loco... ¡Nunca me había divertido tanto! ¿Te lo imaginas? Todos estaban dormidos por el narcótico, que no era otra cosa lo que les había dado, y yo iba haciendo lo que, quería. ¿Alguna vez te has encontrado en una situación como esa? Fíjate bien: podía hacer lo que quisiera, y nadie protestaba, nadie... Acuchillaba a Walter, y él tan tranquilo, dormidito como un ángel; penetraba a Anne rabiosamente, y nada, ni ella ni Walter protestaban, los dos calladitos, tan complacientes... ¡Aquello fue colosal! Las tuve a todas, las acuchillé a todas como quise... La sangre brotaba como de un surtidor caliente, ¡fssss!, y eso me hizo tanta gracia que luego salpiqué las paredes, todo... ¡Qué gran idea, la sangre humana como motivo decorativo! ¿No estás de acuerdo?

Por supuesto, Empire no contestó, pero no parecía que el silencio pudiera molestar a Wallen, que terminó el cigarrillo y encendió otro con la punta del primero.

—¿Y lo de los nenúfares? —rio de pronto—. No creas que los llevé a la casa de la vieja cerda porque sí, por casualidad. No, nada de eso. Los llevé allá precisamente porque cerca había nenúfares, en el estanque de los Davis, que yo sabía que no estarían aquella tarde, como sabía que el estirado Henry se apresuraría a encerrarse en su cuarto a ver televisión. ¡Qué bien planeado lo tenía todo, doctora! Sí, lo de los nenúfares fue graciosísimo... ¿Te imaginas unos nenúfares hambrientos, como decía Chesterton? A mí siempre me habían parecido unas flores bonitas, tiernas, amables. Las flores acuáticas siempre me parecieron tiernas, no sé por qué. Pero me

hizo mucha gracia eso de los nenúfares hambrientos, así que ya tenía decidido seguir alimentándolos, pobrecillos, como había hecho con los de la Center Sun proporcionándoles las carnazas de Chesterton... Imagínate: después de todo el follón que organicé en la casa de la bruja Hardin matando y haciendo el amor, tuve que ir sacando en un saco de plástico los cadáveres, y pasarlos del jardín de la bruja al estanque de los Davis. ¡Y siempre vigilando que nadie me viera! ¡Demonios, fue emocionantísimo, te lo juro! De modo que mis pobres nenúfares hambrientos ya tenían algo para comer. ¿A ti qué nenúfares te gustaría que te comieran, doctora? ¿Tienes algún sitio especial, que te guste más que otros, algún estanque que por su forma o situación te atraiga especialmente?

—¿Me va a llevar... a un estanque...? —consiguió sobreponerse Empire.

—¡Claro! ¿Es que no te dan pena los pobres nenúfares? ¡Bien tienen que comer digo yo! ¿Y qué mejor comida que chicas hermosas? Sí, le estoy muy, muy agradecido al profesor Chesterton, porque me puso en el camino del goce de mi propia vida.

—Señor Wallen, no puedo... creer que disfrute matando, que..., que me esté diciendo la verdad, que no está loco...

—¿Por qué no has de creerlo? Mira, cariño, en el mundo hay apetitos de todas clases. ¿Por qué mis apetitos te parecen menos aceptables? Hay quien goza bailando, o pintando, e incluso trabajando... ¿Por qué no puedo yo gozar matando y haciendo el amor? ¡O al revés, claro! —se echó a reír.

—¡Dios mío, esto es una pesadilla! —gimió Empire.

—Claro que no, chatita. Bueno, me voy a tomar un trago y vuelvo enseguida. Se me ha secado la boca de tanto hablar. Ya vuelvo, guapa, prepárate. Y piensa cuál es tu estanque favorito, tus nenúfares preferidos.

Se puso en pie, riendo y caminó alegremente hacia una de las salidas.

El silencio que siguió a su marcha le pareció a Empire totalmente irreal. Todo era irreal. ¿Podía admitirse que hubiera en el mundo aunque solo fuese una persona como Silvan Wallen? ¿Qué clase de ser era Wallen? Matar como pasatiempo divertido... ¿Podía ser cierta una cosa así? ¿Había hecho todo lo que acababa de explicar, pensaba seguir haciéndolo? Poco a poco, tranquilizándose,

serenamente, Empire McKinley fue llegando a obtener una respuesta a sus propias preguntas: todo era verdad, y Wallen existía, estaba allí..., y ella iba a ir a parar a la boca de los nenúfares hambrientos si no reaccionaba.

Tenía que escapar. Y ahora era el momento. ¿Ratas? ¡Las ratas le daban menos miedo que aquel hombre que...!

Lanzó una exclamación al ver aparecer de nuevo al jorobado, que se acercó trotando. Furiosa consigo misma por haber perdido tanto tiempo en vacilaciones y disquisiciones, Empire se puso en pie, y echó a correr hacia una de las salidas. Chesterton lanzó una risotada, y partió tras ella, sin dejar de reír.

Fue una persecución breve y sencilla. Muy pronto, en la oscuridad, Empire tropezó, y cayó al suelo. En seguida, cuando aún no se había incorporado, el jorobado cayó sobre ella, riendo, y se abrazó frenéticamente a su cuerpo hermoso y ahora frío y tembloroso.

—¡Aquí mismo! —gritó gozosamente—. ¿Quieres que te lo haga aquí mismo?

Empire gritaba y golpeaba con los puños y las rodillas, pero de pronto recibió un tremendo golpe en el estómago que casi le privó del aliento y del sentido. Vagamente, creyó volar, y luego viajar por el aire con sacudidas bruscas. Después vio el resplandor de la luz, y cuando vino a darse cuenta caía sobre el jergón lanzada allí por Chesterton, que gritó:

—¡A ti quiero verte bien mientras lo hacemos! ¡Ponte bien! ¡Te digo que te pongas bien, y ya sabes lo que quiero decir! ¿No? ¡Pues ahora verás!

Se abalanzó sobre ella, que intentó permanecer encogida y con las piernas cruzadas y fuertemente apretadas, pero las manos del jorobado eran fortísimas, grandes. Asieron los muslos, los separaron con un salvaje tirón que llevó ramalazos de espantoso dolor al cuerpo de Empire, y en un instante se colocó entre ellos, aplastando a la doctora con su peso.

Empire McKinley ya no pudo más: comenzó a gritar histéricamente con todas sus fuerzas, mientras golpeaba al jorobado, que jadeaba y reía e insistía en sus propósitos sexuales. El forcejeo era terrible para Empire, pero divertidísimo y fácil para el jorobado, que, de pronto, golpeó a la doctora con un puño en el

costado, y en el instante en que ella se relajó consiguió por fin el contacto deseado, brutalmente.

—Y ahora —jadeó— no te muevas, tontita, porque quiero que veas las realidades de la vida. Una de ellas soy yo, la otra lo mucho que vas a disfrutar en mi compañía. Y tengo más realidades para ti... Veamos: ¿quieres que matemos al profesor Chesterton de una vez por todas? La verdad es que me gusta ser Chesterton, pero... ¿quieres que lo matemos? ¡Pues vamos a matarlo!

De pronto escupió la podrida dentadura, que cayó sobre el rostro de Empire, la cual reanudó sus gritos. Entre grito y grito, prensada bajo el peso y el ultraje del jorobado, vio cómo este se arrancaba un ojo utilizando una mano, y luego la cabellera, y luego el otro ojo... La sorpresa la hizo enmudecer y quedar totalmente inmóvil.

—¿Qué? —rio Silvan Wallen—. ¡No me digas que no te lo habías imaginado! ¡Soy la representación perfecta de Chesterton! Pero no por fuera, sino por dentro. ¡Lo que me he divertido con el profesor Chesterton! Chesterton por aquí, Chesterton por allá, ¡y mientras tanto Chesterton sirviendo de menú a los nenúfares! ¿No tiene gracia? Y ahora, basta de charla, ¡vamos a hacer el amor antes de que te mate a cuchilladas!

Arremetió ya activamente contra ella, y, en el momento en que Empire sentía girar su cabeza y una barrena de frío parecía perforar su cuerpo en todas partes y direcciones, oyó el grito, la voz conocida:

—¡WALLEN!

En el inicio del disfrute del espléndido cuerpo femenino vencido, Silvan Wallen se interrumpió bruscamente, y se puso en pie de un salto, mirando con expresión iracunda hacia donde había sonado la voz. Su gesto se tornó tormentoso al ver al abogado Maning. Había más hombres allí, pero él solo vio a Scott Maning y el odio que había ido tan rápidamente incubando contra el abogado subió a su mente como un globo caliente que de pronto estallase. Allí estaba Maning, lo odiaba, deseaba matarlo.

Así pues, sin más complicaciones, el alimentador de nenúfares sacó el cuchillo de entre las ropas del jorobado, y arremetió con una resolución inaudita contra Scott Maning, como si todo fuese a ser sencillo, como si matar a Maning fuese el objetivo de su vida y la cosa más normal del mundo.

—¡Deténgase! —gritó Prentiss, apuntándole con su revólver—. ¡Deténgase o disparo!

En realidad, el asesino ni le oyó. Seguía cargando contra Maning, y eso era todo.

Joe Prentiss apretó el gatillo de su revólver una vez, dos, tres...

En las grutas resonó el largo alarido de dolor y rabia.

Luego, solo se oyeron los sollozos violentos y entrecortados de Empire McKinley. Scott corrió hacia el jergón, y se sentó junto a la muchacha, cubriéndola con el abrigo de pieles. Ella le miraba y gritaba aterrorizada, hasta que se convenció de que era su voz, de que era él, y entonces estalló en un tremendo alarido que terminó en un llanto copioso.

Scott Maning, palidísimo, la atrajo hacia su pecho, abrazándola suavemente y acariciándole la cabeza.

—Tranquila... —dijo con voz crispada, casi temblorosa—. Tranquila, mi amor, tranquila, todo está bien. No ha pasado nada, nada...

* * *

—Estoy bien —dijo Empire—. De verdad, Scott, estoy bien.

—Pues me alegro mucho, pero de aquí vamos directos al hospital, y permanecerás allá en observación cuarenta y ocho horas.

—¡Pero si estoy bien! —protestó la doctora.

—Que te calles, maldita sea mi estampa.

Empire McKinley se resignó. Estaba en la camilla de una de las ambulancias que habían llegado hacía unos minutos, y en verdad se sentía bien aunque un tanto crispada. Sí, sería mejor pasar un par de días en el hospital. Miró a Scott, sentado junto a ella, esperando partir de un momento a otro hacia el hospital.

—Todavía no me has dicho cómo pudisteis encontrarme.

—Los de la Patrulla de Caminos identificaron tus dibujos en el bloc como el cruce de Six Corners, y luego, sobre todo, las curvas ascendentes en dirección al Twalatin River. Al llegar al cruce triple ya no sabíamos qué hacer, pero Prentiss dijo que si Wallen te había citado allí tenía que ser más hacia arriba, siguiendo el sendero, buscando un lugar solitario. Seguimos el sendero y vimos un coche de alquiler, que supusimos era el tuyo. Luego, vimos en la tierra

mojada las pisadas tuyas y de un hombre, y las seguimos hasta la entrada de la gruta, así que finalmente...

—Scott —murmuró Empire—: No me hizo nada. Bueno, solo... solo, me... Quiero decir que solo fue... un contacto... sin importancia que...

—Vamos, no seas boba... —gruñó el abogado Maning—. ¡Qué demonios me importan a mí ahora esas cosas! Te amo, y lo demás son tonterías.

—¿Y..., y tus... amigas, tus chicas visitantes?

—Pues es verdad —reflexionó Scott Maning—. ¡Algo tendré que inventarme para librarme de ellas!

Este es el final

PRECISAMENTE estaba Scott Maning terminando de recoger las últimas cosas de su apartamento cuando sonó la llamada a la puerta. La abrió, un poco distraído; y enseguida sonrió.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué tal, cariños míos?

De las tres guapas muchachas que había ante la puerta, una se puso las manos en la cintura y exclamó:

—¡Pero bueno...! ¿Se puede saber por qué ya no nos llamas, abogadito?

—Pasad —entraron las tres, contoneándose y lanzándole miradas maliciosas; el escote de una de ellas era increíble; olían a perfume desde veinte millas—. ¡Estáis para comeros!

—¡Anda, anda, bocazas! —protestó la pelirroja—. ¡Siempre con palabritas, pero a la hora de la verdad nada de nada! ¡Y encima sin llamarnos desde hace siglos! ¡Y las demás chicas también están enfadadas contigo! ¿Qué pasa? ¿Es que ya no quieres escribir ese libro sobre el puterío elegante de la ciudad?

—¡Ssst! ¡Que te van a oír los vecinos...! Aunque bueno, ¿a mi qué me importa ya? ¡Me cambio de apartamento!

—¿Sí? ¿Adónde vas primor? ¿Te visitamos allí para seguir contándote las anécdotas puteriles para tu *best-seller* que se titula...? ¡Nunca recuerdo el título!

—Se titulará «Chicas alegres y simpáticas».

—Oye, nada de eso, ¡ese no fue el título que dijiste! —protestó la morena—. ¡Dijiste que se titularía «Putilibro»! ¡Y por eso te hemos estado aseverando...!

—Asesorando —masculló Scott—, no aseverando. Aseverar es otra cosa.

—Bueno, pues eso. ¿Escribirás el libro o no?

—Claro que lo terminaré, pero dentro de unas semanas. Ahora tengo otras cosas que hacer. Veréis, es que voy a casarme, y mi...,

mi novia me está esperando en el apartamento que vamos a comprar para vivir los dos, claro... O sea, que se me está haciendo tarde. Ya os diré dónde podemos vernos cuando regrese de la luna de miel. ¿De acuerdo?

—Atiza —sonrió la pelirroja—. ¡Pues no va el abogadito y se nos casa! ¡O sea, que el tipo funciona, pero con nosotras nada de nada...!

—¡Ssst! —volvió llevarse un dedo a los labios Scott Maning—. ¡Cómo se te ocurra decir eso te estrangulo, Thelma! Seguramente conoceréis dentro de unas semanas a mi mujer, y si ella dice que soy un golfo y que me he divertido horrores con vosotras, pues... como si fuese cierto. *Okay*?

—¡Pues sí que nos has salido fantasma, oye! ¡A ver si esa pobre chica se va a creer que eres un fenómeno!

—Un poco fenómeno sí que lo es —intervino la rubia—, porque lleva semanas y semanas con las putas más guapas del condado a su disposición y el tío como si nada. ¡Cosas raras de la vida!

—Esto... Bueno, os convidaría a tomar algo, de veras, pero ya os digo, ella me está esperando... Me perdonáis. ¿Verdad?

—Te enviaremos un ramo de flores, chatín.

—¡No! —palideció Scott Maning—. ¡Nada de flores! Y maldita sea. ¡Largaros de una vez!

* * *

—¿Eres tu Scott? —llegó la voz del fondo del espacioso apartamento.

—Mujer, claro —replicó Maning, cerrando la puerta—. ¿Acaso tiene llave alguien más? ¿Dónde estás?

—En el dormitorio.

Scott dejó las cosas en el recibidor, y se adentró en el apartamento vacío, de resonancias todavía desconocidas. Cuando entró en el dormitorio se quedó mirando a Empire McKinley, que estaba de pie junto a la cama y llevaba puesto el abrigo de pieles.

—Pues te has retrasado —dijo ceñudamente Empire.

—El tráfico... Ya sabes que... ¡Demonios! ¿De dónde ha salido esta cama?

—Pedí que la trajeran cuando antes. ¿Tienes ya los pasajes?

—Claro. Mañana por la tarde tomaremos el avión que... ¿Y para qué has querido que trajeran la cama sola? ¡Qué tontería!

Empire se quitó el abrigo de pieles, y preguntó:

—¿Tú qué crees?

FIN